1846. X

MEMORIAS DE UN MÉDICO.

Novela de

Alejandro Dumas.

PRIMERA PARTE.

TOMO II.

CÁDIZ.
Imprenta de la casa de Misericordia á cargo de Mier.
1846.

XIII.

Felipe de Taverney.

EN nada se parecia á su hermana Felipe de Taverney señor de Casa-Roja, y era este sin embargo tan gallardo en cuanto á hombre como hermosa era ella en cuanto á mujer.

En efecto, ojos de una espresion dulce y altiva, un corte de cara perfecto, admirables manos, un pié de mujer y el talle mas bien formado del mundo, le hacian un apuesto caballero.

A la manera que todos los espíritus distinguidos que se encuentran mortificados en la vida, tal como la hace para ellos la sociedad, Felipe estaba triste sin ser sombrío, y tal vez á esta misma tristeza debia su dulzura, porque sin esta tristeza accidental, hu-

biera sido naturalmente imperioso, soberbio y poco comunicativo. La necesidad de vivir con todos los pobres, sus iguales de hechos, como con todos los ricos, sus iguales de derecho, dulcificaba una naturaleza que el cielo habia creado ruda, dominadora y susceptible; siempre hay algo de desdén en la mansedumbre del leon.

Acababa apenas Felipe de abrazar á su padre, cuando Andrea libre por aquel fausto suceso de su entorpecimiento magnético, vino, como ya hemos dicho á arrojarse al cuello de su hermano.

Esta accion fué acompañada de sollozos que revelaban toda la importancia que daba á esta reunion el corazon de la casta niña.

Tomó Felipe la mano de Andrea y la de su padre, y á ambos les condujo al salon donde se encontraron solos.

—Sois incrédulo, padre mio, y tú hermana, estás sorprendida, dijo, despues de haberlos hecho sentar á los dos á su lado. Sin embargo, nada es mas cierto; dentro muy breves instantes, la delfina se hallará en nuestra pobre morada.

—Pues es preciso impedirlo á toda costa; esclamo el baron, ¡la delfina en mi casa! si aconteciese semejante cosa quedariamos deshonrados para siempre. Si viene la delfina á buscar en esta casa un retazo de la nobleza de Francia, la compadezco. ¿Pero por qué casualidad, dime, ha escogido precisamente mi casa?

—Oh! es toda una historia, padre mio.

—Una historia! repitió Andrea, pues vamos á ver, cuéntala.

El baron torció los labios como hombre que duda de que el árbitro soberano del hombre y de las cosas se haya dignado dirijir los ojos hácia él y mezclarse en sus asuntos.

Viendo Andrea que Felipe estaba contento, no dudaba de nada y le estrechaba la mano para darle gracias por la nueva que traia y por la felicidad que al parecer esperimentaba murmurando:

—Hermano mio! mi querido hermano!

—Hermano mio! mi querido hermano! repitió el baron, pardiez! mi hija se muestra al parecer satisfecha de lo que nos sucede.

—¿Pero, padre mio, no veis que Felipe está contento?

—Porque Felipe es un entusiasta; pero, yo que afortunada ó infortunadamente peso las cosas, dijo Taverney dirigiendo una mirada triste á los muebles de su salon, maldito el motivo que en todo esto veo para alegrarse.

—Cuando os cuente lo que me ha pasado, lo que voy á hacer, juzgaréis de distinto modo, padre mio.

—Cuéntalo pues, dijo refunfuñando el baron.

—Sí, sí cuéntalo, añadió Andrea.

—Estaba, como no habreis olvidado, de guarnicion en Strasburgo, ciudad por la cual hizo su entrada la reina.

—Por ventura se sabe algo en esta cueva? dijo Taverney.

—Habla, pues, querido hermano: decias que por Strasburgo habia entrado la reyna....

Sí, esperabamos desde por la mañana en el glasis, llovia á mares y nuestros uniformes estaban hechos una sopa. No se sabia á punto fijo la hora positiva en que debia llegar la delfina, y por lo mismo se le ocurrió á mi gefe enviarme de esplorador, para que saliera al encuentro del cortejo. Anduve una legua poco mas ó menos; de repente, al volver un camino, me hallé frente á frente con los primeros soldados de la escolta. Hablé con ellos algunas palabras; venia delante S. A. R., que asomó la cabeza por la portezuela y preguntó quien era yo. Creo que me llamaron, pero como tenia prisa por llevar una respuesta fija al que me habia enviado, habia ya partido al galope. La fatiga producida por un planton de seis horas habia desaparecido como por encanto.

—Y la delfina? preguntó Andrea.

—Es jóven como tú, y bella como un angel, contestó Felipe.

—Dime Felipe... dijo el baron vecilando.

—Qué? padre mio.

—Dime, la delfina no se asemeja á cierta persona que tú conoces?

—Qué yo conozco?

—Sí.

—Imposible es que nadie se asemeje á la delfina, esclamó el jóven con entusiasmo.

--Recuérdalo bien.

Felipe reflexionó un instante.

--No, dijo.

--No? ¿á nadie que tú conoces se parece? ¿ni á

Nicolasa, por ejemplo?

--Oh! por mi vida, es estraño! esclamó Felipe sorprendido. Sí, Nicolasa, en efecto, tiene alguna semejanza con la ilustre viajera; pero está tan distante de ella, tan inferior á ella..... y á proposito ¿como sabeis eso padre mio?

--Lo sé por habermelo dicho un hechicero.

—Por un hechicero! dijo Felipe admirado.

—Sí, el cual me ha predicho tambien tu llegada.

—Es acaso nuestro huésped? preguntó tímidamente Andrea.

—Es ese hombre que estaba á vuestro lado cuando yo llegué, y se retiró discretamente al aproximarme?

—El mismo; pero acaba, Felipe, acaba tn relacion.

—Acaso seria mejor hacer algunos preparativos, dijo Andrea.

Pero el baron la asió de una mano deteniéndola.

—Cuantos mas preparativos hagamos, mas ridiculos aparecerémos, dijo. Prosigue, Felipe; prosigue.

—Voy á hacerlo, padre mio Volví, pues, á Strasburgo á dar cuenta del resultado de mi mision, y advertir al gobernador señor de Stainville que sin pérdida de tiempo se presentó. Al llegar el gobernador al glásis empezo á aparecer la réjia comitiva, y nosotros corrimos á la puerta de Rehl. Yo estaba al lado del gobernador.

—De Stainville! dijo el baron; aguarda, aguarda.. yo he conocido á un Stainville.

—Cuñado del ministro, del señor de Choiseul,

—Eso es; continúa, continúa, dijo el baron.

--La delfina, que es jóven, gusta siu duda de las fisonomias jóvenes, pues escuchó muy distraida los cumplimientos del gobernador, y fijando los ojos en mí que me habia quedado atrás por respeto, preguntó:

_No es ese jóven el que ha salido á mi encuentro?

--Sí, señora, contestó el señor de Stainville.

--Acercaos, me dijo.

Yo me acerqué.

--Cómo os llamais? preguntó la delfina con voz encantadora.

--El caballero de Taverney Casa-Roja, contesté balbuceando.

--Apuntad ese nombre, querida, dijo la delfina, dirigiéndose á una dama vieja, que segun supe despues era la condesa de Langershausen, su aya, y que escribió efectivamente mi nombre en su libro de memoria.

En seguida, volviéndose hácia mi, dijo:

--Ah, señor, en qué estado os ha puesto este horroroso tiempo! Siento en verdad haber sido la causa de las molestias que habeis sufrido.

--Qué buena es la delfina, y qué palabras tan dulces! esclamó Andrea juntando las manos.

--Asi las he retenido todas en la memoria, dijo Felipe, con la entonacion y gesto que las acompañaban.

--Muy bien, muy bien! dijo el baron con una sonrisa singular, en la que podia leerse á la vez la fatuidad paternal y la mala opinion que tenia de las mujeres, y aun de las reinas. Bien, continuad, Felipe.

--Qué conrestaste? preguntó Andrea.

--Nada contesté; hice una profunda reverencia, y la delfina pasó.

--Cómo! ¿es posible que no contestases nada? esclamó el baron.

--Me faltaba la voz, padre mio. Toda mi vida se habia retirado á mi corazon, que sentia latir con violencia.

--No me sucedió á mi eso cuando, teniendo poco mas ó menos la misma edad que tú, fuí presentado á la princesa Leczinska.

--Porque teneis mucho mas espiritu que yo, contestó Felipe inclinándose.

Andrea le estrechó la mano.

--Aproveché la partida de S. A., continuó Felipe, para volver á mi alojamiento y mudarme de ropa, pues lo que es la que llevaba puesta estaba tan sumamente mojada y manchada de lodo que era imposible distinguir ni aun de que color era.

--Pobre hermano! murmuró Andrea.

--Entretanto, continuó Filipe, la delfina habia llegado al palacio de la ciudad y recibia las felicitaciones de sus habitantes. Concluídas estas vinieron á avisarla que estaba servida la comida, y se sentó á la mesa.

Uno de mis amigos, el mayor del rejimiento, el mismo que me habia enviado á recibir á S. A., me ha asegurado que la princesa miró muchas veces á su alrededor, como buscando á alguien entre las filas de oficiales que asistian á su comida.

--No veo, dijo S. A, despues de una investigacion semejante, renovada inútilmente por dos ó tres veces, no veo al jóven oficial que salió á recibirme esta mañana. ¿Acaso no le han dicho que deseaba darle las gracias?

Entonces abanzando el mayor hácia la delfina, dijo:

--Señora, el oficial de Taverney, por quien pide V. A. ha ido á mudarse de traje para presentarse como corresponde ante V. A.

Un instante despues entré en la sala, y apenas habian transcurrido cinco minutos cuando me vió la delfina, y haciendo una seña para que me aproximara, me dijo:

--¿Tendrias alguna repugnancia en seguirme á Paris?

--Oh, señora! esclamé, todo lo contrario, seria para mí una felicidad; pero estoy de guarnicion en Strasburgo y...

--Y qué?.,.

--Quiero decir, señora, que solo mi deseo me pertenece.

--De quién dependeis?

--Del gobernador militar.

--Bueno.... entonces yo arreglaré eso con él.

Hízome una seña con la mano y me retiré.

Mas tarde acercóse al gobernador, y le dijo:

--Señor gobernador, tengo un capricho que satisfacer.

--Indíqueme V. A. ese capricho y será una órden para mí.

--He hecho mal en decir un capricho que satisfa-

cer; debiera haber dicho un voto que cumplir.

--No por eso será menos sagrado para mí vuestro mandato.... Hablad, señora.

--Pues bien, debeis saber he hecho voto de agregar á mi servicio al primer francés, cualquiera que fuese, que encontrase al poner el pié en el territorio de Francia, y hacer su felicidad y la de su familia, si es que está en poder de los principes hacer la felicidad de alguien.

--Los principes son los representantes de Dios sobre la tierra. Y ¿se dignará V. A. decirme cual ha sido el sugeto á quien ha cabido la inestimable dicha de ser el primero en encontrar V. A.?

—El señor de Teverney Casa-Roja, el jóven oficial que vino á avisaros mi llegada.

—Señora, vamos á estar todos celosos del señor de Taverney, dijo el gobernador; pero no turbaremos la felicidad que le está reservada; una consigna le retiene, pero alzaremos esa consigna; un compromiso le liga, pero romperemos ese compromiso, y partirá al mismo tiempo que V. A. R.

En efecto, el mismo dia en que S. A, dejaba á Strasburgo, recibí la órden de montar á caballo y acompañarla. Desde entonces ni un solo instante me he alejado del estribo de su coche.

--Ola! Ola! esclamó el baron con su misma sonrisa; eso seria singular, pero no imposible.

--¿El qué, padre mio? dijo cordialmente el jóven.

--Oh! yo me entiendo, dijo el baron, yo me entiendo.

--Pero, querido hermano, dijo Andrea, no concibo aun con lo que has dicho como ha podido pasar por la imaginacion de la delfina el capricho de venir á Taverney.

--Oye pues: ayer sobre las once poco mas ó menos llegamos á Nancy, y al atravesar la ciudad á la luz de las antorchas, me llamó la delfina y me dijo:

--Señor de Taverney haced que la escolta vaya mas aprisa.

Hice seña que la delfina deseaba que apretasen el paso.

--Quiero marchar mañana muy temprano, añadió la delfina.

--Desea V. A. hacer mañana la jornada larga? pregunté.

--No: pero deseo detenerme en el camino.

A tales palabras turbó mi corazon cierto presentimiento.

--En el camino? repetí.

--Sí, dijo S. A. R.

Guardé silencio.

--¿No adivinais donde quiero detenerme? preguntó sonriendo.

--No señora.

--Quiero detenerme en Taverney.

--¿Podria saber, esclamé, el motivo de tan señalada honra?

--Quiero ver á vuestro padre y á vuestra hermana.

--Mi padre! mi hermana!...¿cómo sabe V. A.R..?

--Me he informado, dijo, y he sabido que habitaban á doscientos pasos del camino que seguimos. Daréis por consiguiente la órden de parar en Taverney.

Un sudor frio bañó mi frente, y me apresuré á decir á S. A. R. con un temor que comprendeis demasiado bien.

--Señora, la casa de mi padre no es digna de recibir á tan gran princesa como vos.

--Por qué? preguntó S. A. R.

--Somo pobres, señora.

--Tanto mejor, dijo: eso hará que sea la acogida mas cordial y sencilla. Por pobre que sea la morada de Taverney, bien supongo que habrá en ella una taza de leche para una amiga que desea olvidar por un instante que es archiduquesa de Austria y delfina de Francia.

--Oh! señora, respondí únicamente haciendo una reverencia, porque el respeto y la turbacion me impedian añadir una palabra mas.

Yo esperaba que S. A. R. olvidaria este proyecto ó que olvidaria su capricho con la distraccion del camino, pero nada de esto: cuando mudamos de caballerias en Puente-Mousson, me preguntó S. A. si nos aproximábamos á Taverney, y yo me ví obligado á contestar que solo estabamos á tres leguas de distancia.

--Torpe! murmuró el baron.

--Hubiérase dicho que adivinaba la delfina mi turbacion y por lo mismo como si contestase á mi secreto pensamiento, añadió:

--Nada temais, mi estancia no será larga; pero puesto que me amenazais con un recibimiento que me hará sufrir, quedaremos en paz, pues yo tambien os he hecho sufrir, á mi entrada en Strasburgo.« ¿Cómo resistir á tan encantadoras palabras? decidme padre mio.

--Oh! era imposible, dijo Andrea, y S. A. R., tan buena segun parece, se contentará con mis flores y con una taza de leche, como ella ha dicho.

--Sí, pero no se contentará con mis sillones, que le romperán los huesos, ni con mis artesonados, que le entristecerán la vista. No dejará de estar bien gobernada la Francia por una mujer que tiene semejantes caprichos. Diabio! he aquí la aurora de un singular reinado!

--Oh! padre mio, ¿podeis decir semejantes cosas de una princesa que nos colma de honores?

--Que me deshonra mas bien, esclamó el viejo. ¿Quien piensa en este momento en los Taverney? Nadie. El nombre de la familia duerme bajo las ruinas de la Casa-Roja, y yo esperaba que no saldria de ellas sino de cierta manera y cuando llegara el momento oportuno, ¡pero necio de mí! hice mal en esperar; un capricho de niño vá á resucitarlo empañado, empolvado, mezquino y miserable, y las gacetas que estan al acecho de todo lo que es ridículo, para sacar de él el escándalo de que viven, van á consignar en sus sucias páginas la visita de una gran princesa al zaquizamí de Taverney. Caspita! tengo una idea!

--El baron pronunció estas palabras de una ma-

nera que hizo temblar á los dos jóvenes.

--Que quereis decir, padre mio? preguntó Felipe.

--Digo, añadió al baron, que uno sabe su historia, y que si el duque de Mediana incendió su palacio para abrasar á una reina, bien puedo yo quemar una casucha para dispensarme de recibir á una delfina; dejad llegar la princesa.

Los dos jóvenes no habian oido mas que las dos últimas palabras y se miraron con inquietud.

--Dejadla llegar, repitió Taverney.

--No puede tardar, señor, respondió Felipe. He tomado el atajo por los bosques de Pierreffite para adelantarme algunos minutos á la comitiva; pero no puede estar ya lejos.

--En ese caso, no hay que perder tiempo, dijo el baron.

Y ágil como si hubiera tenido veinte años, salió del salon, corrió á la cocina, cogió del hogar un tizon encendido, y corriendo á las troges llenas de paja seca, mielgas y abichuelas, lo aproximaba ya á los montones y hazes que allí habia, cuando se apareció de repente Bálsamo por detras de él y le cojió el brazo.

--Qué vais á hacer? dijo arrancando el tizon de manos del anciano; la archiduquesa de Austria no es un condestable de Borbon, cuya presencia deshonre una casa hasta el punto que sea preciso quemarla antes que dejarla poner un pié en ella.

El viejo se detuvo pálido, trémulo y no riendo sino como de costumbre. Preciso le fué reunir todas

sus fuerzas para adoptar en provecho de su honor, á lo menos segun lo entendia, una resolucion que hacia de una mediania todavia soportable, una miseria completa.

--Id, señor, id, continuó Bálsamo; no teneis tiempo sino para quitaros esta bata y vestiros de manera conveniente. Cuando conocí en la residencia de Philipsburgo al baron de Taverney, era gran cruz de San Luis. No sé que haya uniforme que no sea rico y elegante bajo semejante condecoracion.

--Pero, señor, replico Taverney, la delfina va á ver lo que yo no queria mostrar ni aun á vos mismo, que soy desgraciado,

--Tranquilizaos, baron, se la ocupará de manera que no observe si vuestra casa es nueva ó vieja, pobre ó rica. Sed hospitalario, señor, es vuestro deber como caballero. ¿Qué harán los enemigos de S. A. R., y los tiene en crecido número, si los amigos queman sus castillos para no recibirla bajo su techo? No anticipemos los males, señor; cada cosa tendrá su turno.

El señor de Taverney obedeció con esa resignacion de que ya habia dado prueba en una ocasion y fué á incorporarse con sus hijos, que inquietos por su ausencia, le buscaban por todas partes.

Por lo que hace á Bálsamo, se retiró silenciosamente como para acabar una obra conmenaada.

XIV.

Maria-Antonieta-Josefa-archiduquesa de Austria.

BÁLSAMO tenia razon, no debia perderse tiempo pues que un gran ruido de coches, caballos y voces resonaban en el camino, ordinariamente tan pacífico y silencioso, que conducia del camino á la casa del baron de Taverney.

Viéronse entonces tres coches, uno de los cuales recargado de dorados y bajos relieves, no estaba, á pesar de su magnificencia, menos empolvado ó menos enlodado que los demas, pararse cerca de la gran puerta que tenia abierta Gilberto, cuyos ojos dilatados y temblor febril indicaban la viva emocion que sentia al ver tanta grandeza.

Veinte caballeros, todos jóvenes y brillantes, vinieron á colocarse junto al coche principal, y bajó de él sostenida por un hombre vestido de negro que llevaba debajo del uniforme el gran cordon de la legion de honor, una jóven de quince á diez y seis años, peinada sin polvos, pero con una sencillez que no impedia á su cabellera levantarse un palmo por encima de su frente.

Maria-Antonieta, pues era la misma, habia sido precedida en Francia por una reputacion de hermosura que no siempre llevaban á esta nacion las princesas destinadas ó compartir el trono de nuestros reyes. Muy dificil era formarse una idea á cerca de sus ojos que, sin ser precisamente hermosos, tomaban á su antojo todas las espresiones, y sobre todo, las tan opuestas de la dulzura y del desden; su nariz era bien hecha, su labio superior muy lindo, pero el inferior, aristocrática herencia de diez y siete Césares, demasiado grueso y saliente, y algunas veces caido, parecia no cuadrar dignamente á aquel lindo rostro sino cuando este lindo rostro espresaba la cólera ó la indignacion. Su tez era admirablemente fina y hasta se podia ver circular la sangre bajo el delicado tejido de su piel; su pecho, su cuello y sus hombros eran soberanamente hermosos, y sus manos régias. Tenia dos modos de andar muy diferentes; el uno que ella tomaba, era firme, noble y algo apresurado; y el otro al cual se abandonaba, muelle cuneado, y, por decirlo así, acariciador. Jamás mujer alguna ha hecho una cortesia con mas gracia. Jamás una reina ha saludado

con mas ciencia, pues plegando la cabeza una sola vez para diez personas, dirigia, en esta sola y única inclinacion, á cada una de ellas la que le correspondia.

Tenia Maria-Antonieta el dia de que hablamos su mirada de muger, su sonrisa de muger, y aun de muger dichosa; estaba decidida, si era posible, á no ser delfina siquiera por un dia. La calma mas dulce reinaba en su rostro, y la bondad mas encantadora animaba sus ojos. Llevaba un vestido de seda blanco, y sus desnudos y torneados brazos sostenian una manteleta de riquísimo encage.

Apenas puso el pié en tierra se volvió para ayudar á bajar del coche á una de sus damas de honor, algo agoviada por los años; rehusando en seguida el brazo que el hombre vestido de negro le ofrecia se adelantó, libre, aspirando el aire y dirigiendo la vista á su alrededor, como si quisiera aprovechar hasta en sus menores detalles la rara libertad que ella se daba.

—Oh! esclamó, ¡qué hermoso sitio, qué hermosos árboles y qué linda casa! ¡Cuán feliz debe de ser el que disfrute de este aire bajo estos árboles que tan apacible sombra ofrecen.

Llegó, miéntras esto decia la delfina, Felipe de Taverney seguido de Andrea, que con sus largos cabellos rizados y un vestido de seda pardo rojizo daba el brazo al baron, vestido con un hermoso uniforme de terciopelo azul, restos de su antiguo esplendor. Inútil es decir que, segun la recomendacion de Bál-

samo, el baron no habia olvidado su gran cordon de San Luis.

Detúvose la delfina así que vió las dos personas que venian hácia ella.

Agrupóse alrededor de la jóven princesa toda su comitiva, compuesta de oficiales que tenian á sus caballos por la brida, cortesanos con sombrero en mano agarrados del brazo y hablándose unos á otros en voz apenas perceptible para ellos mismos.

Felipe de Taverney se acercó á la delfina, y llena el alma de emocion é impregnada la voz de una melancólica nobleza:

—Señora, esclamó, si me lo permite V. A. R. me cabrá el honor de presentarle al señor baron de Taverney, mi padre, y á la señorita Clara Andrea de Taverney, mi hermana.

El baron se inclinó profundamente y como hombre que debe saludar á las reinas; Andrea desplegó toda la gracia de su timidez elegante, toda la política lisonjera de un respeto sincero.

Miraba á ambos jóvenes María-Antonieta y recordando lo que le dijera Felipe sobre la pobreza de su padre, adivinaba lo mucho que debian sufrir.

—Señora, dijo el baron con voz llena de dignidad, V. A. R. hace demasiado honor al castillo de Tavarney; tan humilde morada no es digna de recibir á tanta nobleza y hermosura.

—Sé que estoy en casa de un antiguo soldado de Francia; respondió la delfina, y mi madre la emperatriz María Teresa, que ha hecho mucho tiempo la

guerra, me ha dicho que en vuestro pais, los mas ricos de gloria son casi siempre los mas pobres de dinero.

Y con una gracia inefable presentó su hermosa mano á Andrea, que dobló una rodilla para besarla.

El baron entretanto, que continuaba acosado por su idea dominante, se asustaba al pensar en aquella multidud de personajes que iban á llenar los salones de su casa que hasta carecian de sillas donde sentarse.

—Pronto la delfina le sacó de su apuro.

—Señores, dijo volviéndose hácia las personas que componian su escolta, no debeis sufrir las fatigas de mis caprichos, ni gozar del privilegio de una delfina; os suplico, pues, qne me espereis aquí en este sitio mismo donde estaré de vuelta antes que transcurra media hora. Acompañadme, mi buena Langershausen, dijo en aleman á aquella dama á quien habia ayudado á bajar del coche. —Seguidnos, señor, dijo al caballero vestido de negro.

Este, que bajo su sencillo uniforme ofrecia una elegancia notable, era un hombre de treinta años, de hermoso rostro, y de modales finos. Hízose á un lado para dejar pasar á la princesa.

Maria-Antonieta llamó á Andrea á su lado, é hizo seña á Felipe para que se acercarse á su hermana.

Por lo que toca al baron, se colocó cerca del personaje, sin duda muy eminente y noble, puesto que

la delfina concedíale el honor de acompañarla.

—Conque sois un Taverney Casa-Roja? dijo este al baron, dando capirotazos con una impertinencia aristocrática á su magnifica pechera de encaje ingles.

—Es necesario que conteste señor ó monseñor? preguntó el baron con una impertinencia que por cierto no dejaba atras á la del caballero vestido de negro.

—Decid simplemente principe, contestó este, ó eminencia, si os parece mejor.

—Pues bien: sí eminentísimo señor, soy un Taverney Casa-Roja, dijo el baron sin abandonar enteramente el tono burlesco que pocas veces perdia.

El caballero eminentísimo que tenia el tacto de los grandes señores, fácilmente se apercibió de que tenia que habérselas con algo mas que un hidalgo de aldea.

—Esta casa es vuestra residencia de verano? preguntó.

—De verano y de invierno, respondió el baron, que deseaba concluir con las preguntas desagradables, pero que acompañaba cada una de sus respuestas con un gran saludo.

En cuanto á Felipe, se volvia de vez en cuando hácia el lado de su padre con inquietud. La casa parecia en efecto aproximarse amenazadora é irónica para mostrar implacablemente su pobreza.

Ya el baron estendia con resignacion su mano hácia el desierto umbral de la casa, cuando volviéndose á él la delfina, le dijo:

—Dispensadme, caballero, si no entro en vuestra

casa, porque es tanto lo que me agradan estas sombras, que pasaria aquí toda mi vida. Estoy algo cansada de salas: de quince dias á esta parte no han hecho mas que recibirme en salones mas ó menos suntuosos, y yo amo el aire, la sombra y el perfume de las flores.

Despues dirigiéndose á Andrea, añadió:

—Señorita, dispondreis que me traigan aquí, debajo de estos hermosos árboles, una taza de leche, ¿no es verdad?

—Pero, señora, dijo el baron poniéndose pálido, ¿cómo quiere V. A: que nos atrevamos á ofrecerla y presentarla un tan pobre refrigerio?

—Prefiero eso y huevos frescos; baron, pues recuerdo muy bien que en huevos frescos y leche consistian todos mis festines en Scheenbrunn.

De repente apareció delante un cenador de jazmines, cuya sombra hacia algunos instantes que parecia envidiar la delfina. Adelantóse el viejo La-Brie, radiante de alegria y de orgullo, con librea magnifica y llevando colgada del brazo una servilleta.

—S. A. R. está servida, dijo con una mezcla indefinible de sinceridad y respeto.

—Oh! ¿estoy por ventura en casa de algun encantador, esclamó la princesa riendo?

Y corrió mas bien que marchó hácia el pintoresco cenador.

Inquieto el baron olvidó la etiqueta, y se separó del caballero vestido de negro para correr tras los pasos de la delfina.

Felipe y Andrea se miraban con cierta mezcla de admiracion y ansiedad, en la que esta dominaba visiblemente.

Al llegar la delfina bajo los arcos de verdura lanzó un grito de sorpresa: el baron, que detrás de ella llegaba, lanzó un suspiro de satisfaccion, y Andrea dejó caer sus manos con un aire que significaba:

—¿Qué quiere decir esto, Dios mio?

La jóven delfina vió á hurtadillas toda aquella pantomima: tenia un talento capaz de comprender aquellos misterios, si su corazon no los hubiera hecho ya adivinar.

Debajo de las enredaderas de clematidas, aromatizados jazmines y floridas madreselvas, cuyos nudosos tallos brotaban mil espesos ramales, habian colocado una mesa ovalada, tan resplandeciente por el brillo del mantel de damasco que la cubria, como por la vajilla de cincelada plata que encima de este aparecia.

Diez cubiertos esperaban á otros tantos convidados.

Un refrigerio delicado, pero de una composicion estraña, habia atraido desde luego las miradas de la delfina.

Se componia aquel refrigerio de frutas exóticas bañadas de azúcar, dulces de todos paises, bizcochos de Alepo, naranjas de Malta, limones y sidras de portentoso tamaño, distribuido todo esto simétricamente en anchas y hermosísimas copas. En fin los vinos mas esquisitos por su sabor y mas ricos y nobles por su origen, brillaban con todos los matices del rubí y del

topacio en cuatro admirables redomas talladas y grabadas en Persia.

La leche que habia pedido la delfina llenaba una jarra de plata.

La delfina miró á su alrededor, y no vió entre sus huéspedes sino rostros pálidos y azorados mientras que las personas de la escolta admiraban y se regocijaban sin comprender nada, pero tambien sin tratar de comprender.

—Me esperabais pues? preguntó la delfina al baron de Taverney.

—Yo, señora? dijo este con voz trémula.

—Sin duda; porque no se hacen en diez minutos semejantes preparativos, y apenas hace ese tiempo que estoy en vuestra casa.

Y acabó su frase mirando á La-Brie, lo cual queria decir.

—Sobre todo cuando no hay mas que un criado.

—Señora, respondió el baron, efectivamente esperaba á V. A. R, ó mas bien estaba avisado de su llegada.

La delfina se volvió hácia Felipe, y le preguntó:

—Habiais escrito?

—No, señora.

—Nadie sabia que iba yo á detenerme en vuestra casa, baron, y aun estoy por decir que ni yo misma, puesto que ocultaba mi deseo para no causar aquí el embarazo que causo; no recuerdo haber hablado de esto como no sea ayer noche á vuestro hijo, que no hace todavia una hora se hallaba á mi-

lado, y solo ha podido adelantarse unos cuantos minutos.

—Entonces, será alguna hada la que os ha revelado mi proyecto; acaso la madrina de vuestra hija, añadió la delfina sonriendo y mirando á Andrea.

—Señora, dijo el baron ofreciendo una silla á la princesa, no es hada la persona que me ha anunciado la felicidad que iba á tener mi casa; es...

—Es? repitió la princesa, viendo que el baron vacilaba.

—Un hechicero.

—Un hechicero? Como es eso?

—No lo sé, porque no me mezclo en cosa de mágia; pero en fin, él ha sido, señora, á quien debo la dicha de recibir de una manera algo digna á V. A. R. dijo el baron.

—En este caso no podemos tocar nada, dijo la delfina, puesto que este refrigerio que tenemos delante es obra de la hechiceria, y vuestra eminencia se ha dado demasiada prisa, añadió volviéndose hácia el caballero vestido de negro, de abrir ese pastel de Strasburgo, del que seguramente no debemos comer ni un solo pedazo. Y vos, mi querida amiga, dijo á su aya, desconfiad de ese vino de Chipre y haced lo que yo.

Al decir esto la delfina cogió una redoma redonda como un globo, y de cuello pequeño, echó una buena porcion en una ancha copa de oro.

—Y en efecto, dijo Andrea con una especie de terror, S. A. tiene tal vez razon.

Felipe temblaba de sorpresa, é ignorando todo lo que habia pasado la víspera, miraba alternativamente á su padre y á su hermana, tratando de adivinar en sus miradas lo que ellos mismos no acertaban á comprender.

—Esto es contrarío á los dogmas, dijo la delfina; y el cardenal va á pecar.

—Señora, dijo el prelado, somos demasiado mundanos nosotros los príncipes...de la iglesia, para creer en la cólera celeste tratándose de vituallas, y demasiado humanos para quemar á honrados hechiceros que nos alimentan con buenas cosas.

—No os burleis, monseñor, dijo el baron. Juro á vuestra eminencia que el autor de todo esto es un hechicero, muy hechicero que me predijo hará una hora la llegada de S. A. y la de mi hijo.

—Una hora? preguntó la delfina.

—Sí, todo lo mas.

—¿Y en el espacio de una hora habeis tenido tiempo para disponer esa mesa, poner en contribucion á las cuatro partes del mundo para reunir esas frutas y hacer venir los vinos de Tokey, de Constanza, de Chipre y de Málaga? En ese caso, señor, sois mas hechicero que vuestro hechicero.

—No, señora, es él y nadie mas que él.

—Cómo! nadie mas que él?

—Sí, que ha hecho salir de la tierra esa mesa completamente servida, tal como está.

—Hablais formalmente? preguntó la princesa.

—A fé de caballero, respondió el baron.

—Bah! esclamó el cardenal en tono grave y abandonando su silla, creia que os chanceabais.

—No, señor, no me chanceo.

—¿Teneis en vuestra casa á un hechicero, á un verdadero hechicero?

—A un verdadero hechicero!... Y no estrañaré que el oro de esta vajilla sea obra suya.

—Conocerá la piedra filosofal! esclamó el cardenal brillando en sus ojos la codicia.

—Oh! ¡qué bien viene esto al señor cardenal, dijo la princesa, puesto qne ha buscado durante toda su vida la piedra filosofal, y no la ha hallado!

—Confieso á V. A., contestó la eminencia mundana, que no encuentro nada mas interesante que las cosas sobrenaturales, nada mas curioso que las cosas imposibles.

—Ah! he dado en el sitio vulnerable, á lo que parece, dijo la delfina; todo hombre grande tiene sus misterios, sobre todo cuando es diplómata. Os prevengo, señor cardenal, que tambien yo soy muy fuerte en la hechiceria, adivino á veces cosas, sino imposibles y sobrenaturales, á lo menos.....increibles.

Esto era sin duda un enigma comprensible solamente para el cardenal, pues se mostró visiblemente turbado. Verdad es que la mirada tan dulce de la delfina se habia encendido al hablarle, con uno de esos ralámpagos que anunciaban en ella una tempestad interior.

Sin embargo brilló solo el relampago; la tempestad no estalló. La delfina se contuvo y añadió

—Ea, señor de Taverney, para completar la fiesta, mostradnos á vuestro hechicero. Dónde está? ¿En qué redoma lo habeis metido?

—Señora, respondió el baron, él es mas bien quien podria meterme á mí y mi casa en una redoma.

—Picais mi curiosidad de veras, dijo María-Antonieta: ea, señor, quiero verle.

El tono con que habian sido pronunciadas estas palabras áunque sin perder ese encanto que María-Antonieta sabia darles, no admitian réplica. El baron, que habia permanecido de pié con su hija y su hijo para servir á la delfina, lo comprendia perfectameute. Hizo una seña á La-Brie que, en vez de servir, contemplaba los ilustres convidados y parecia pagarse con esta sola vista sus veinte años de salarios atrasados.

Este levantó la cabeza.

—Id á avisar al señor baron José Bálsamo, dijo Taverney, que S. A. R. la señora delfina desea verle.

La-Brie partió.

—José Bálsamo! dijo la delfina, qué nombre tan singular!

—José Bálsamo! repitió el cardenal discurriendo; me parece que conozco ese nombre.

Trascurrieron cinco minutos sin que nadie pensase romper el silencio. De repente se estremeció Andrea, pues escuchó mucho antes de que pudieran percibirlo los demás oidos un paso que avanzaba haciendo crujir las hojas bajo sus piés.

Separáronse las ramas, y apareció José Bálsamo precisamente delante de Maria-Antonieta.

XV.

Hechicería.

Inclinóse Bálsamo con la mayor humildad, pero casi al mismo tiempo, alzando su cabeza llena de inteligencia y de espresion; fijó, aunque con respeto, su mirada en la delfina, y aguardó en silencio que esta le preguntase.

—Si sois vos de quien acaba de hablarme el señor de Taverney, dijo Maria Antonieta, acercaos; deseo ver por cierto como está formado un hechicero.

Bálsamo dió un paso mas y se inclinó por segunda vez.

—¿Teneis por oficio el augurar? dijo la delfina mirando á Bálsamo con una curiosidad mayor acaso

de la que hubiera querido concederle, y bebiendo la leche á pequeños sorbos.

—Yo no tengo semejante oficio, dijo Bálsamo, pero auguro.

—Nos han educado en una fé ilustrada, dijo la delfina, y los únicos misterios á que damos fé son los de la relijion cátolica.

—Son venerables sin duda, dijo Bálsamo con un recogimiento profundo, pero ahí está el señor cardenal de Rohan que dirá á V. A., á pesar de ser principe de la iglesia, que no son esos los únicos misterios que merecen respeto.

Estremecióse el cardenal; á nadie habia dicho su nombre, nadie lo habia pronunciado, y sin embargo, el estranjero le conocia.

Maria-Antonieta no reparó, al parecer, en esta circunstancia, y continuó:

—Confesaréis á lo menos que son los únicos que no están sujetos á controversia.

—Señora, contestó Bálsamo con el mismo respeto, pero con la misma firmeza, al lado de la fé está la certidumdre.

—Hablais algo oscuramente, señor hechicero; yo soy buena francesa de corazon, pero no de cabeza, y por lo mismo no comprendo muy bien las sutilezas de la lengua: verdad es que me han dicho que el señor de Bievre me enseñaria todo eso; pero entretanto me veo obligada á suplicaros que seais menos enigmático, si quereis que os entienda mejor.

—Y yo, dijo Bálsamo meneando la cabeza con

melancólica sonrisa, pediré á V. A. permiso para continuar siendo oscuro, porque mucho sentiria tener que revelar á una princesa tan ilustre un porvenir que acaso no estaria en manera alguna acorde con sus esperanzas.

—Oh! oh! esto es mas grave, dijo Maria-Antonieta quereis sin duda picar mi curiosidad, esperando que os obligue á que me digais mi buena ventura.

--Líbreme Dios de que á ello se me obligase, dijo friamente Bálsamo.

--De veras? contestó la delfina riendo; ¿de veras os pondria esto en un gran compromiso?

Pero ningun cortesano acompañó en su risa á la delfina, porque todos sentian la influencia del hombre estraño que en aquel momento era el centro de la atencion general.

--Vamos, confesad francamente, dijo la delfina.

Bálsamo se inclinó sin contestar.

--¿Sois vos quien ha vaticinado mi llegada al señor de Taverney? replicó Maria-Antonieta con un ligero movimiento de impaciencia.

--Sí, señora, yo mismo.

--Y cómo ha sido, baron? preguntó la delfina que comenzaba á esperimentar la necesidad de oir mezclarse otra voz en el estraño diálogo que acaso sentia haber provocado, pero que una vez empezado no era su ánimo abandonar.

--Oh, Dios mio! señora, dijo el baron, de la manera mas sencilla, mirando en un vaso de agua.

--Es eso cierto? preguntó la delfina dirigiéndose á Bálsamo.

--Sí, señora, respondió este.

--Entonces un vaso de agua es vuestro libro mágico? No podemos menos de confesar que es inocente; ¡ojalá vuestras palabras puedan ser tan claras!

El cardenal se sonrió.

El baron se aproximó y dijo:

--La señora delfina nada necesita aprender del señor de Bievre.

--Oh! mi querido huésped, dijo la delfina con aire de buen humor, no me aduleis ó aduladme mejor: lo que he dicho no merece semejantes elojios; pero volvamos al adivino.

Y dichas estas palabras volvió Maria-Antonieta la cabeza del lado de Bálsamo, hácia el cual un poder irresistible parecia atraerla á pesar suyo, del mismo modo que muchisimas veces se siente uno arrastrado hácia un sitio donde nos espera alguna desgracia.

--Si habeis leido el porvenir del baron de Taverney en un vaso de agua, dijo, ¿no podriais leer el mio en una redoma?

--Fácil seria, señora, dijo Bálsamo.

--Y entonces ¿por qué os negais á decirmelo ahora mismo?

--Porque el porvenir es incierto, señora, y si yo viese en él alguna nube...

Bálsamo se detuvo.

--Qué? preguntó la delfina.

--Esperimentaria, como ya he tenido el honor de deciros, el pesar de entristecer á V. A. R.

--¿Me conociais ya ó me veis por la primera vez?

--He tenido el honor de ver á V. A. R. siendo todavia muy niña en su pais natal, al lado de vuestra augusta madre.

--Habeis visto á mi madre?

--Me ha cabido ese honor; es una reina augusta y poderosa.

—Emperatriz quereis decir, caballero.

—He querido decir reina por su corazon y por su talento, y sin embargo...

—¿Reticencias, señor, cuando se habla de mi madre? dijo la delfina con desden.

—Los corazones mas grandes tienen sus debilidades, señora, sobre todo cuando creen que se trata de la felicidad de sus hijos.

—Estoy bien persuadida que la historia, dijo María-Antonieta, no consignará en sus páginas una sola debilidad de Maria Teresa.

—Porque la historia no sabrá lo que solo sabemos la emperatriz Maria Teresa, V. A. R. y yo.

—¿Tenemos un secreto los tres, caballero? dijo la delfina con irónica sonrisa.

—Nosotros tres, señora, contestó tranquilamente Bálsamo: sí, nosotros tres.

—¿Podremos saber cual es ese secreto, señor mio?

—Si lo digo, dejará de serlo.

—No importa, hablad.

—Lo desea V. A.?

—Lo exijo.

Bálsamo se inclinó.

—Hay en el palacio de Schoenbrun, dijo, un ga-

binete al cual llaman el gabinete de Sajonia, á causa de los magníficos vasos de porcelana que encierra.

—Sí, dijo la delfina, y qué mas?

—Ese gabinete forma parte de la habitacion particular de S. M. la emperatriz Maria Teresa.

—Sí.

—Uno de sus principales adornos es un magnifico escritorio que se conserva como una alhaja por ser un regalo que hizo el rey Luis XV al emperador Francisco I.

—Hasta ahora todo lo que decis es cierto, señor, pero todo el mundo puede saber lo que decis.

—Suplico á V. A. que tenga un poco de paciencia. Un dia, eran las siete de la mañana, la emperatriz no se habia levantado todavia; entró V. A. en ese gabinete por una puerta que le era particular, porque entre las augustas hijas de S. M. la emperatriz, V. A. era la preferida.

—Y qué mas?

—V. A. se aproximó al escritorio. V. A. debe acordarse de esto, porque no han transcurrido mas que cinco años desde entonces.

—Proseguid.

—V. A. se aproximó al escritorio, sobre el cual habia una carta abierta escrita la víspera por la emperatriz.

—Y qué?

—V. A. leyó esta carta.

Un lijero tinte de rubor encendió las mejillas de la delfina.

—Y despues de haberla leido, sin duda debió quedar V. A. poco satisfecha de algunas espresiones, pues tomó la pluma y con sus propia mano....

La delfina parecia esperar con ansiedad. Bálsamo continuó:

—V. A. tachó tres palabras.

—Y cuáles eran esas tres palabras? esclamó vivamente la delfina.

—Las primeras de la carta.

—No os pregunto el sitio en que se hallaban, sino cual era su significacion.

—Un testimonio de afecto demasiado grande, sin duda, á la persona á quien la carta iba dirigida; de aqui esa debilidad de que os decia que en una circunstancia por lo menos habia podido ser acusada vuestra augusta madre.

—Luego os acordaréis de esas tres palabras?

—Me acuerdo de ellas.

—Podriais decirmelas?

—Perfectamente.

—Decidlas pues.

—En voz alta!

—En voz alta.

—*Mi querida amiga.*

Maria-Antonieta se mordió los labios y palideció.

—Ahora, dijo Bálsamo, ¿quiere V. A. R. que le diga á quién iba dirigida la carta?

—No, pero quiero que me lo escribais.

Sacó Bálsamo de su bolsillo un librito de memorias con broche de oro, escribió en una de sus ho-

jas algunas palabras con un lapicero del mismo metal, rasgó la hoja de papel, é inclinándose humildemente la presentó á la delfina.

Cojió Maria-Antonieta la hoja de papel, la desplegó y leyó.

La carta iba dirigida á la querida del rey Luis XV; *á la señora marquesa de Pompadour.*

La delfina fijó una mirada de asombro en aquel hombre, de palabras tan claras, de voz tan pura y tan poco alterada, que aun saludandola respetuosamente parecia dominarla.

—Todo eso es cierto, señor, dijo la delfina, y aunque ignoro por qué medio habeis sorprendido todos esos pormenores, como no sé mentir, lo repito en voz alta: Todo es cierto.

—Entonces, dijo Bálsamo, permítame V. A. que me retire, y se dé por satisfecha con esta prueba inocente de mi ciencia.

—No por cierto, replicó ofendida la delfina, por lo mismo que sois tan sabio deseo con mas ansia oir la prediccion de mi Porvenir. Hasta ahora no me habeis hablado sino de lo pasado, y lo que yo os pido y demando es el porvenir.

Pronunció estas pocas palabras la princesa con una agitacion febril, que en vano intentaba ocultar á los circunstantes.

—Estoy pronto, dijo Bálsamo, y sin embargo, vuelvo á suplicar á V. A. R. que no me obligue á ello.

—No acostumbro á decir las cosas dos veces; lo exijo, y yá recordaréis, caballero, que os lo he dicho otra vez.

—Dejadme á lo menos consultar al oráculo, señora dijo Bálsamo en tono suplicante, y así sabré si puedo revelar la prediccion á V. A.

—Buena ó mala, quiero oirla, lo entendeis? replicó ya enojada Maria-Antonieta. Si es buena, no creeré en ella, porque la tendré por una lisonja, y si es mala la consideraré como un aviso; pero os prometo que, cualquiera que sea, os quedaré sumamente agradecida. Podemos empezar.

La princesa pronunció estas últimas palabras en un tono que no admitia ni réplica ni tardanza.

Cogió Bálsamo la redoma redonda de cuello corto y estrecho, y la colocó sobre una copa de oro.

Alumbrada de este modo, el agua reflejó una luz rojiza que mezclada con el nácar de sus paredes y con el diamante del centro, ofrecieron al parecer alguna significacion á las miradas atentas del adivino.

Reinaba el mas sepulcral silencio.

Bálsamo elevó á la altura de sus ojos la redoma de cristal, y despues de haberla examinado por un instante con atencion, volvió á ponerla sobre la mesa meneando la cabeza.

—Y qué? preguntó la delfina.

—Debo guardar silencio, dijo Bálsamo.

Tomó el rostro de la princesa una espresion que significaba visiblemente:

—No tengais cuidado, ya sé yo como se hace hablar á los que se obstinan en guardar silencio.

—Pues qué nada teneis que decirme? añadió en voz alta.

—Hay cosas que no deben decirse jamás á los príncipes, señora, replicó Bálsamo en un tono que indicaba que estaba resnelto á resistir, aun á las órdenes de la delfina.

—Sobre todo, replicó esta, cuando estas cosas se traducen por la palabra *nada.*

—No es eso lo que me detiene, señora; todo lo contrario.

Sonrióse desdeñosamente la delfina.

Bálsamo parecia turbado; el cardenal principió á reirse en sus barbas, y el baron se aproximó riendo tambien.

—Vamos, vamos, dijo este, mirad á mi hechicero ya gastado: no ha durado mucho tiempo. Ahora solo nos falta ver convertir todas esas tazas de oro en pámpanos como lo de aquel cuento oriental.

—Hubiera preferido, replicó la princesa, sencillos pámpanos á todo este aparato que ha dispuesto para lograr venir á mi presencia.

—Señora, contestó Bálsamo palideciendo, dignaos recordar que no he sido yo quien semejante honor ha solicitado.

—Pero no era por cierto dificil adivinar que yo habia de querer veros.

Perdonadle, señora, dijo Andrea en voz baja; ha creido hacer un bien.

—Y yo os digo que ha hecho mal; replicó la princesa de una manera que no pudieran oirla sino Andrea y Bálsamo. Nadie se levanta humillando á un anciano; y una delfina de Francia puede muy bien

beber en el vaso de cobre de un hidalgo, pero no en la copa de oro de un charlatan.

Irguió Bálsamo su cabeza, temblando como si una vívora le hubiese mordido.

—Señora, dijo con voz trémula, estoy dispuesto á daros á conocer vuestro destino, ya que vuestra obcecacion os impele á saberlo.

Bálsamo pronunció estas palabras en un tono firme y tan amenazador á la vez, que cuántas personas se hallaban presentes sintieron correr un frio glacial por sus venas.

La jóven archiduquesa se puso pálida.

—*Gibh sin Kein gehœr, meine Tohter* (1), dijo en aleman la vieja aya á Maria-Antonieta.

—*Lass sie hœren, sic hat iswsen wollen, und so soll sie wissen* (2) contesto Bálsamo en la misma lengua.

Estas palabras pronunciadas en un idioma estranje ro, y que solo algunas personas comprendieron, aumentaron mas lo misterioso de la escena.

—Vamos, dijo la delfina resistiéndose á los esfuerzos de su anciana tutora, dejadle que hable. Si yo le digera ahora que callase, creeria que tengo miedo.

Bálsamo oyó estas palabras, y entreabrió sus labios una sonrisa sombría pero furtiva.

—Ni mas, ni menos que lo que yo habia dicho, murmuró: un valor fanfaron.

---

(1) No le escucheis, hija mia.

(2) Dejadla que escuche, y puesto que ha querido saber, sabrá.

--Hablad, dijo la delfina: hablad y sin dilacion.

--V. A. R. está pues empeñada en que yo hable!

_No tengo por costumbre repetir dos veces lo que he mandado una.

--Entonces hablaré...lo diré, pero á vos sola, señora, dijo Bálsamo.

--Sea, dijo la delfina. Le batiré en sus últimos atrincheramientos. Retiraos.

Y á una imperiosa señal de la princesa, retiráronse todos.

_Es este el medio qne mas facil os ha parecido para obtener una audiencia secreta? dijo María-Antonieta á Bálsamo.

--No trateis de irritarme, señora, contestó el estranjero; yo no soy mas que un instrumento de que Dios se sirve para ilustraros. Insultad á la fortuna, ella os lo pagará porque sabe muy bien vengarse. Yo traslado solamente sus caprichos. No descargueis, pues, vuestra cólera sobre mí, ni me hagais responsable de desgracias de que no soy mas que siniestro heraldo.

--Luego son desgracias las que teneis que anunciarme? dijo la delfina desarmada por el respeto y la aparente humildad de Bálsamo.

--Sí, señora, desgracias muy grandes:

--Manifestadmelas todas sin olvidar una sola.

--Pocuraré hacerlo así.

--Y bien?

--Preguntadme.

-- En primer lugar, ¿vivirá feliz mi familia?

--Cuál? La que dejais ó la que os espera?

--Oh! mi verdadera familia, mi madre María Teresa, mi hermano José, mi hermana Carolina.

--Vuestras desgracias no alcanzarán á ellos.

--Luego esas desgracias caerán esclusivamente sobre mí.

--Sobre vos y sobre vuestra familia.

--Podeis orientarme sobre esas desgracias?

--No puedo.

--La familia real se compone de tres principes?

--Sí.

--El duque de Berry, el conde de Provenza, y el conde de Artois.

--Los mismos.

--Cuál será la suerte de stos tres príncipes?

—Reinarán todos tres.

--Quereis decir entonces que no tendré hijos?

--Los tendreis.

--Pero no serán varones?

--Tambien habrá varones entre los hijos que tendreis.

--Luego tendré el dolor de verlos morir?

--Sentiréis que el uno muera, y sentiréis que el otro viva.

--Me amará mi esposo?

—Os amará.

—Mucho?

—Demasiado!

—Qué desdichas pueden entonces sobrevenir si cuento con el amor de mi marido, y el apoyo de mi familia?

—El uno y la otra os faltarán.

—Me quedará el amor y apoyo del pueblo?

—El amor y apoyo del pueblo!.... el pueblo es ahora un occéano en calma..... ¡ay del occéano cuando le castiga el látigo de la tempestad!

--Haciendo el bien impediré que se levante la tempestad, y si se levanta, me levantaré con ella.

--Cuanto mas se eleva la ola, mayor es el abismo que abre.

--Me quedará Dios.

--Dios no defiende las cabezas que él mismo ha condenado.

--Qué estais diciendo! no seré reina?

--Todo lo contrario, y pluguiera el cielo que no lo fuerais.

La princesa se sonrió desdeñosamente.

--Escuchad, señora, replicó Bálsamo, y acordaos.

--Escucho contestó la delfina.

--Habeis notado, continuó el profeta, el tapiz de la primera cámara donde habeis dormido al entrar en Francia?

--Sí, contestó temblando la delfina.

--Qué representaba aquel tapiz?

--La dogollacion de los inocentes.

V. R. A. no podrá menos de confesarme que las terribles figuras de los verdugos de aquellos niños han quedado impresas indeleblemente en su memoria?

--Lo confieso, señor.

--Bueno; y mientras la tempestad, no habeis notado nada?

--El rayo ha roto á mi izquierda un árbol que al caer por poco destroza mi carruaje.

--Esos son presagios, dijo Bálsamo con voz sombría.

--Y presagios funestos?

--Me parece dificil interpretarlos de otro modo.

--La delfina dejó caer la cabeza sobre su pecho, y levantándola transcurrido un breve instante de recogimiento ysilencio; añadió:

--Cómo morirá mi marido?

--Sin cabeza.

--Cómo morirá el conde de Provenza?

--Sin piernas.

--Cómo morirá el conde de Artois?

--Sin córte.

--Y yo?

--Bálsamo meneó la cabeza....

--Hablad... dijo la delfina, hablad pues.

--No tengo ya nada que decir.

--Pues yo quiero que hableis! esclamó Maria-Antonieta temblando como el azogue.

--Por piedad, señora...

--Oh! hablad! dijo la delfina.

--Jamás, señora, jamás.

--Hablad, caballero, esclamó Maria-Antonieta irguiendo amenazadora su cabeza; hablad, si no quereis que diga que todo eso no es mas que una comedia ridícula. Y os advierto que no se juega así con una hija de María Teresa, con una mujer... que tiene en sus manos la vida de treinta millones de hombres.

Bálsamo callo.

--Vamos, es que nada mas sabeis, dijo la princesa encojiéndose de hombros con desprecio, ó es que se han agotado ya los recursos de vuestra imaginacion.

—Os digo, señora, que lo sé todo, replicó Bálsamo; y puesto que lo mandais...

--Lo mando.

--Cojió Bálsamo la redoma, colocóla sobre la copa de oro de que ya hemos hablado y enseguida la depositó bajo una especie de dosel de follage que figuraba una sombría gruta. Luego, cojiendo por la mano á la archiduquesa la condujo hasta dejarla debajo del negro dosel de verdura.

--Estais dispuesta? dijo á la princesa á quien esta accion vehemente habia casi aterrado.

--Sí.

--Entonces, arrodillaos señora, arrodillaos, y os pondreis en actitud de pedir á Dios que os evite el terrible desenlace que vais á ver.

Obedeció maquinalmente la delfida y se dejó caer de hinojos.

Bálsamo tocó con su varita el globo de cristal, en medio del cual se dibujó sin duda, alguna figura sombría y terrible.

La delfina intentó levantarse, vaciló por un instante, volvió á caer, lanzó un grito terrible y se desmayó.

Acudió el baron á este grito y halló á la princesa sin conocimiento y tendida en el suelo.

Al cabo de algunos instantes volvió en sí y pa-

só las manos por su frente, como hace una persoua que intenta reunir sus recuerdos.

En seguida esclamó con un acento de indefinible terror.

--La redoma!

El baron se la presentó. El agua estaba limpia y sin una mancha.

Bálsamo habia desaparecido.

XVI.

Sigúrasele á el baron de Taverney vislumbrar un poco el porvenir.

El que primero reparó en el desmayo de la princesa, fué como ya hemos mencionado, el viejo Taverney, que estando en acecho y mas inquieto que otro alguno por la conversacion que entre S. A. y el hechicero iba á tener lugar, precipitóse en el cenador en cuanto oyó el grito de la delfina y vió que Bálsamo salia precipitadamente.

La primera palabra de la delfina habia sido para que le enseñasen la redoma, y la segunda para que no se hiciera ningun mal al hechicero. Todavía era tiempo de cumplir este encargo: Felipe de Ta-

verney corria ya tras sus huellas como un leon irritado, cuando le detuvo la voz de la delfina.

Entonces su dama de honor se aproximó á ella y le preguntó en aleman; á todas sus preguntas no contestó, sin embargo, otra cosa sino que Bálsamo no la habia faltado al respeto; y que fatigada, como era muy probable, por el viaje y la tempestad de la víspera habia sido sorprendida por un acceso de fiebre nerviosa.

Tales contestaciones fueron trasladadas al señor de Rohan, que esperaba esplicaciones, pero sin atreverse á pedirlas.

En la corte se contentaron con media respuesta; la de la delfina á nadie satisfizo, pero pareció satisfacer á todo el mundo.

Aproximóse á ella Felipe y le dijo:

--Señora, solo por obedecer las órdenes de V. A. vengo con no poco sentimiento á recordarle que ya ha transcurrido la media hora que pensaba V. A. detenerse aquí, y que están dispuestos los caballos.

--Bien, caballero, dijo la princesa con un gesto encantado de enfermiza indeferencia; pero vuelvo á mi primer propósito. Estoy incapaz de partir en este momento...Si durmiera algunas horas me parece que estas pocas horas de descanso darian fuerza y vigor á mis abatidos miembros.

El baron se puso pálido, y Andrea miró á su padre con inquietud.

--¿Sabe V. A. cuán indigna es de ella la cama que puedo ofrecerle? murmuró el baron de Taverney.

--Oh! os asceguro, baron, respondió la delfina con el tono de una mujer que vá á caer desmayada, que será escelente si logro descansar.

Andrea desapareció al punto á fin de dar sus órdenes para que preparasen á S. A. R. la cámara que le estaba destinada. Acaso no era esta la mayor ni la mas adornada; pero hay siempre en la cámara de una doncella aristócrata, como lo era Andrea, aunque sea pobre, como Andrea lo era, cierta coqueteria que alegra la vista de otra mujer.

A porfía se empeñaron todos en rodear á la princesa; pero esta, sonriendo melancólicamente, hizo una seña con la mano; como si no tuviera fuerzas para hablar, dando á entender que queria estar sola.

Todos entonces se retiraron por segunda vez.

María-Antonieta siguió á todo el mundo con la vista hasta que desaparecieron el último faldon de uniforme y la última cola de vestido; en seguida dejo caer su cabeza pálida sobre su hermosa mano en meditabunda actitud.

En efecto, solo horribles presagios eran los que la acompañaban á Francia. Aquella cámara donde se habia detenido en Strasburgo, la primera en que puso el pié en aquel pais donde debia ser reina, y cuya colgadura era un tapiz que representaba la degollacion de los Inocentes; aquella tempestad que habia destrozado la víspera un árbol cerca de su coche, y en fin aquellas predicciones hechas por un hombre tan estraordinario, predicciones seguidas de la misteriosa aparicion cuyo secreto á nadie queria la princesa revelar!

Al cabo de diez minutos, poco mas ó menos, volvió Andrea para anunciar á S. A. que tenia dispuesta la habitacion que se le habia destinado. No sé que la prohibicion de la delfina alcanzase á ella, y Andrea pudo penetrar en el cenador.

Durante algunos momentos permaneció de pié ante la princesa, sin atreverse á hablar por no distraer á S. A. R. de la profunda meditacion en que parecia sumergida.

María-Antonieta en fin alzó la cabeza é hizo á Andrea una seña con la mano, acompañándola de una melancólica sonrisa.

--La cámara de S. A. está preparada, dijo esta: únicamente suplicamos....

La delfiina no dejó acabar á la jóven.

--Gracias, señorita, os suplico que llameis á la condesa Langershausen, y servidnos de guia.

Andrea obedeció, y la anciana dama de honor avanzó apresurada.

--Dame el brazo mi buena Brígida, dijo la delfina en aleman: porque á la verdad no me siento con fuerzas para andar sola.

La condesa obedeció, y Andrea hizo un movimiento para seguirla.

--¿Entendeis el aleman, señorita? preguntó María-Antonieta.

--Sí, señora, respondió en aleman, y aun le hablo un poco.

--Admirablemente! esclamó la delfina con alegría, Oh! ¡qué bien se conforma esto con mis proyectos!

Andrea no se atrevió á preguntar á su augusta huéspeda cuales eran esos proyectos, á pesar de que no era corto ni poco el deseo que de conocerlos tenia.

Apoyada la delfina en el brazo de la señora Langershavsen adelantóse unos pasos y oyó al salir del cenador que la voz del señor de Rohan decia:

--Cómo! señor de Stainville, ¿quereis hablar á S. A. R á pesar de la consigna?

--Es necesario, respondió con voz firme el gobernador, y estoy seguro que S. A. me perdonará.

--En verdad, caballero, no se si debo...

--Dejad pasar á nuestro gobernador, se ıor de Rohan, dijo la delfina presentándose en medio de la entrada del pabellon como bajo un arco de verdura; venid señor de Stainville.

Inclináronse todos en presencia del mandato de Maria-Antonieta y se hicieron á un lado para dejar pasar al cuñado del ministro omnipotente que gobernaba entonces la Francia.

De Stainville miró á su alrededor como para reclamar el secreto. Comprendió la delfina que el gobernador tenia que decirle alguna cosa en particular; pero antes que ella hubiese indicado el deseo de estar sola, todos se retiraron.

--Un despacho de Versalles: señora dijo á media voz de Stainville presentando á la delfina una carta que hasta entonces había tenido oculta bajo su sombrero bordado.

La delfina la cogió y leyó el sobre que decia: "al señor baron de Stainville, gobernador de Strasburgo."

--La carta no es para mí sino para vos, caballero, dijo; abridla y leédmela, si es que contiene alguna cosa que pueda interesarme.

--La carta está en efecto dirigida á mí, señora; pero mirad en esta punta, la señal convenida con mi hermano de Choiseul, indicando que la carta es para V. A. sola.

--Ah! es verdad, una cruz; no la habia visto: dadmela.

La princesa abrió la carta y leyó las siguientes lineas:

«La presentacion de la señora Dubarry está de«cidida, si encuentra una madrina. Esperamos que «no encontrará, pero no obstante el medio mas seguro «de evitar esta presentacion seria apresurar el viaje «de S. A. R. la delfina, pues una vez en Versalles la «princesa, nadie se atreverá ya á proponer semejante «desatino.»

--Muy bien! dijo la delfina, no solamente sin dejar traslucir la menor emocion, sino tambien sin que aquella lectura hubiese parecido inspirarle el mas pequeño interés.

--V. A. R. vá á descansar? preguntó Andrea tímidamente.

--No, gracias, dijo la archiduquesa; el aire libre me ha reanimado; mirad cuáu fuerte estoy y cuán ágil.

Y en efecto, sin apoyarse en el brazo de la condesa, dió algunos pasos con la misma rapidez y la misma fuerza que si nada hubiera sucedido.

--Mis caballos, dijo; voy á marchar.

El señor de Rohan miró estupefacto á de Stainville como para preguntarle el motivo de aquella repentina mudanza.

--El delfin se impacienta, respondió el gobernador al oido del cardenal.

Habia sido deslizada la mentira con tanta destreza, que el de Rohan la tomó por una discrecion y se contentó con ella.

Por lo que hace á Andrea, su padre la habia habituado á respetar todo capricho de cabeza coronada, y así no se admiró de aquella contradiccion de Maria-Antonieta: volviéndose, pues, á ella, y no viendo en su rostro mas que la espresion de una inefable dulzura:

--Gracias, señorita, dijo; vuestra hospitalidad me ha enternecido vivamente.

En seguida dirigiéndose al baron:

--Caballero, dijo, sabed que al marchar de Viena prometí hacer la fortuna del primer francés que encontrase al llegar á las fronteras de Francia. Este francés ha sido vuestro hijo.... Pero no se dirá que me contento con esto, y que su hermana... ¿Cómo se llama vuestra hija, caballero?

--Andrea, señora.

--Pues bien, ¿me he de olvidar de vuestra querida hija Andrea?

--Oh! señora!... esclamó la jóven.

--Quiero nombrarla camarista; supongo que os hallais en estado de hacer vuestras pruebas? continuó

la delfina volviéndose hácia Taverney.

--Oh! señora, esclamó el baron cuyos sueños realizaba aquella sola palabra; no tenemos cuidado por ese lado, pues tenemos mas nobleza que riqueza... sin embargo... tan alta fortuna...

--Tan alta fortuna es justicia. El hermano defenderá al rey en los ejércitos; y la hermana servirá á la delfina en su casa; el padre dará al hijo consejos de lealtad, y á la hija consejos de virtud... entonces tendré unos servidores dignos, ¿no es verdad, caballero? continuó la princesa dirigiéndose al jóven que no pudo hacer mas que arrodillarse, por que la emocion que esperimentaba en aquel momento hizo espirar la voz en sus labios.

--Pero... murmuró el baron recobrando el primero de todos la facultad de reflexionar.

--Sí, comprendo, dijo la delfina, teneis que hacer algunos preparativos, no es verdad?

--En efecto, señora, contestó Taverney.

--Admito eso; sin embargo, esos preparativos no pueden ser muy largos.

Una triste sonrisa que se deslizó por los labios de Felipe y de Andrea, al mismo tiempo que amargamente se dibujaba en los del baron, la detuvo en esa via que tan cruel era para el amor propio de los Taverney.

—Y considero que no lo serán en efecto, si he de juzgar de ellos por vuestro deseo de complacerme, añadió la delfina. Por otra parte, mirad, os dejaré aquí uno de mis coches para que os conduzca. Venid, señor gobernador venid en mi ayuda.

El gobernador se aproximó.

--Dejo un coche al señor de Taverney, que me llevo á Paris con la señorita Andrea, dijo la delfina; nombrad una persona que acompañe este coche y lo haga reconocer como mio.

--Al punto vais á ser obedecida, señora, respondió el baron ds Stainville; acercaos, señor de Beausire.

Un jóven de veinte y cuatro á veinte y cinco años de gallarda apostura, de ojos vivos y penetrantes, salió de las filas de la escolta y se adelantó sombrero en mano.

--Guardaréis un coche para el señor de Taverney, dijo el gobernador, y lo acompañaréis.

--Procurad que nos alcanze pronto, dijo la delfina; os autorizo para que dobleis los tiros si es necesario.

El baron y sus hijos se deshacian en demostraciones de agradecimiento.

--Esta marcha repentina no os causará mucha pena, verdad? preguntó la delfina.

¿Cómo si es para complader á V. A.? respondió el baron.

--Adios! adios! dijo la delfina con dulce sonrisa. ¡Al coche señores!... En marcha, caballero de Taverney!

Este besó la mano á su padre, abrazó á su hermana y montó á caballo.

Un cuarto de hora despues, de toda aquella cabalgata no quedó en el camino de Taverney sino un jóven sentado en el umbral de la puerta, y que pálido

y triste seguia con ávidas miradas la última polvareda que levantaba á lo lejos en el camino el rápido galope de los caballos.

Este jóven era Gilberto.

Durante este tiempo, el baron, que habia quedado solo con Andrea, no habia podido recobrar el uso de la palabra.

Singular era el espectáculo que presentaba el salon de Taverney.

Andrea con las manos cruzadas reflexionaba sobre aquella multitud de estraños acontecimientos, inesperados, inauditos que acababan de destruir la monotonía de su vida y creyó estar soñando.

El baron se arrancaba con unas pinzas los pelos largos y encorbados que salian en medio de sus cejas canas, y cortaba, arreglaba y perfilaba sus patillas.

Apoyada Nicolasa en la puerta, miraba á sus amos, mientras que La-Brie con ojos humildes y la boca abierta miraba á Nicolasa.

El baron fué el primero que rompió el silencio.

--Picaro, gritó á La-Brie, te quedas ahí como una estatua, y ese caballero, que pertenece á la casa del rey espera fuera.

La-Brie dió un brinco de costado, cruzó su pierna izquierda con la derecha y desapareció tropezando.

Un instante despues volvió.

--Señor, dijo, ese caballero está allá abajo.

--Qué hace?

--Está dando un pienso á su caballo.

--Déjalo. Y el coche?

--Esperando en el camino.

--Pero han enganchado el tiro?

De cuatro caballos. Oh! que hermosos animales, señor! se están comiendo los granados del parrete.

--Los caballos del rey tienen derecho para comer lo que quieran. A propósito, y el hechicero?

--El hechicero, señor, ha desaparecido.

--Dejando la mesa servida; no es creible. No tengas cuidado, ya volverá ó él en persona ó alguno en su nombre.

--No lo creo, dijo La-Brie. Gilberto lo ha visto marchar con su carro.

--Gilberto le ha visto partir con su carro? repitió el baron pensativo.

--Si, señor.

--Ese holgazan de Gilberto lo vé todo. Vé á arreglar la maleta.

--Ya está arreglada, señor.

--Cómo! ya está arreglada?

--Sí; apenas oí la órden de S. A. R. la delfina, entré en vuestro cuarto y guardé en la maleta vuestras casacas y vuestra ropa blanca.

--Y quién te manda meterte en eso?

--Toma! creí que debia anticiparme á vuestro deseo.

--Imbécil! vamos ayuda á mi hija.

--Gracias, padre mio, tengo á Nicolasa.

De nuevo se puso el baron á reflexionar.

--Pero ah tres veces pícaro! dijo á La-Brie, aquí hay una cosa imposible.

--Cuál, señor?

--En la cual no has pensado porque tu no piensas en nada.

—Decidla señor.

—Y es que S. A. R. se haya marchado sin dejar nada al señor de Beausire, ó que el cochicero haya desaparecido sin decir una palabra á Gilberto.

Oyóse en aqual momento un pequeño silbido en el patio.

—Señor, dijo La-Brie.

—Qué?

—Llaman.

—Quién?

—Ese señor.

—El exento del rey?

—Sí, y mirad á Gilberto tambien que se pasea como si tuviese alguna cosa que decir.

—Pues entonces, vé, animal.

Obedeció La-Brie con su prontitud acostumbrada.

—Padre mio, dijo Andrea acercándose al baron, comprendo lo que os atormenta en este momento. Ya sabeis que tengo 30 luises, y aquel hermoso reloj guarnecido de diamantes que la reina Maria-Lecsiska regaló á mi madre.

—Sí, hija mia, está bien, dijo el baron; pero necesitas un buen vestido para presentarte..... entretanto á mi me corresponde buscar recursos. Silencio aquí viene La-Brie.

—Señor, esclamó La-Brie entrando y trayendo en una de sus manos una carta y en la otra algunas monedas de oro; señor, hé aquí lo que la delfina ha dejado para mí, diez luises! señor, diez luises!

—Y esa carta, bribon?

—Ah! esta carta es para vos, señor; la ha escrito el hechicero.

—El hechicero! y quién te la ha entregado?

—Gilberto.

—Bien te lo decia, animal; dámela, dámela, pronto.

El baron arrancó la carta á La-Brie, la abrió precipitadamente y leyó en voz baja:

«Señor baron, desde que una mano tan augusta ha tocado esa vajilla en vuestra casa, os pertenece; guardadla como una reliquia, y pensad algunas veces en vuestro reconocido huesped.

José bálsamo.

—La-Brie, esclamó el baron transcurrido un instante que permaneció reflecsivo.

—Señor?

—No hay un buen platero en Bar-le-Duch?

—Hay uno, si señor, el que ha soldado aquel vaso de plata que tiene la señorita Andrea.

—Está bien; Andrea, aparta el vaso en que ha bebido S. A. R., y manda llevar al coche el resto de la vajilla. Y tú, picaron, corre á la cueva y haz servir á ese caballero lo que queda aquí de buen vino.

—Es que solo queda una botella, señor, dijo La-Brie con profunda melancolía.

—Y es que tampoco se necesita mas.

La-Brie salió.

—Vamos, Andrea, continuó el baron cojiendo las dos manos de su hija, ánimo hija mia. Vamos á la corte: allí hay muchos títulos vacantes, muchas abadias que dar, algunos regimientos sin coronel, y buen número de pensiones que sin reparo concederan. Es un hermoso pais la corte, sobre todo bien alumbrado por el sol; colócate siempre al lado donde luzcas, hija mia, porque eres bella y vales muy bien la pena que te contemplen. Vé, hija mia vé.

Andrea salió despues de haber presentado su frente al baron y despues de haber este estampado en ella un casto beso de padre.

Nioolasa la siguió.

--Ola! pícaro La-Brie, gritó Taverney saliendo el último; cuidame mucho al señor exento, ¿lo oyes?

--Sí, señor, respondió La-Brie desde el fondo de la cueva.

--Yo, continuó el baron dirigiéndose á su cuarto, voy á arreglar mis papeles... que dentro de una hora nos hallemos fuera de esta: lo oyes? Al fin saldré de Taverney y de una manera que no esperaba. ¡Qué buen hombre es ese hechicero! En verdad que me voy haciendo supersticioso como un diablo. Pero vamos, anda, un poco mas de prisa, miserable La-Brie.

--Señor, tengo que andar á tientas pues que no hay ninguna vela en el castillo.

--A lo que parece, esclamó el baron, la ocasion de abandonar á Taverney no ha podido venir mas á pelo.

XVII.

Los veinte y cinco luises de Nicolasa.

Tan pronto como entró Andrea en su aposento, púsose sin levantar mano á prepararlo todo para la marcha, ayudándola Nicolasa en los preparativos con celo tal, que poco tardó en disiparse la nubecilla que entre ella y su señora habia levantado la desagradable escena de aquella mañana misma.

Andrea la miraba trabajar á hurtadillas, y se sonreia al ver que no habia necesidad de perdonar.

—Es una buena muchacha, se decia á sí misma, leal, agradecida; tiene sus debilidades como toda humana criatura, pero algun defectillo es fuerza tener en este mundo.

Nicolasa por su parte no habia perdido de vista la fisonomia de de su ama, y notó la bondad que se refle-

jaba en su hermoso y tranquilo rostro.

—Qué necia soy, dijo interiormente, en poco ha estado que por ese pícaro de Gilberto me enfadára con la señorita, que me lleva á París, donde casi siempre se hace fortuna!

Era difícil que rodando sobre aquella pendiente rápida dos simpatias la una hácia la otra no se encontrasen, y encontrándose no se pusiesen en contacto.

Andrea dió pié para ello.

—Guardad mis encajes en una caja de carton, dijo.

—En qué caja, señorita? preguntó la camarera.

—Qué se yo?... no tenemos ninguna?

—Sí tal, tengo la que me habeis dado y está en mi cuarto.

Y Nicolasa corrió á buscar la caja de carton con una prisa que acabó de resolver á Andrea á olvidar enteramente sus ofensas.

—Pero esa caja es tuya, dijo viendo volver á Nicolasa, y puedes necesitarla.

—Y qué importa? ahora sois vos quien mas que yo la necesita, y como, hablando en plata, á vos es á quien pertenece verdaderamente la caja....

—Cuando una mujer quiere contraer matrimonio contestó Andrea, por muchos muebles que lleve nunca lleva todos los que son necesarios. Asi es que en este momento la necesitas tú mas que yo.

Nicolasa se ruborizó.

—Necesitas cajas de carton, continuó Andrea para guardar tus adornos de boda.

—Oh! señorita, dijo alegremente Nicolasa meneandose

do la cabeza: mis adornos de boda se colocarán fácilmente y no ocuparán mucho lugar.

—Por qué? Si te casas, Nicolasa quiero que seas feliz y hasta rica.

—Rica!

—Si, rica proporcionalmente, sin duda.

—¿Habeis hallado para mí un arrendatario general?

—No; pero he encontrado para tí una dote.

—De veras? señorita.

—Sabes lo que hay en mi bolsa?

—Sí, señorita, veinte y cinco hermosos luises de oro.

—Pues bien, esos veinte y cinco luises son tuyos, Nicolasa.

—Veinte y cinco luises! esto es una fortuna, esclamó Nicolasa ébria de júbilo.

—Mejor para tí si dices eso seriamente.

—Y me dais esos veinte y cinco luises?

—Te los doy.

Sintió Nicolasa un movimiento de sorpresa, despues de emocion, y en seguida se agolparon las lágrimas á sus ojos y se apoderó de la mano de Andrea, que besó henchida de gozo y respirando agradecimiento.

—Entónces estará contento tu marido, no es verdad? dijo la señorita de Taverney.

—Sin duda, muy contento, dijo Nicolasa; así lo espero á lo menos, señorita.

Y se puso á pensar que lo que habia causado la

negativa de Gilberto era sin duda el temor de la pobreza, y que ahora, que ya era rica, iba á parecer acaso mas apetecible al ambicioso jóven. Entonces juró ofrecer al punto á Gilberto la parte que le correspondia en la pequeña fortuna que debia á la liberalidad de Andrea, queriendo atraérselo por medio del agradecimiento é impedir que corriese hácia el mal. Esto es todo lo que de generoso habia en las intenciones de la doncella.

Verdad es que no faltará quien interprete malévolamente este proyecto, descubriendo tras la generosidad su poquito de orgullo y su deseo de humillar entonces al que la habia humillado antes, pero apresurémonos á contestar á quien tal piense que estamos seguros de que en aquel momento la sumas de las buenas intenciones de Nicolasa sobrepujaba á la de las malas.

Andrea contemplaba á su doncella embebida en aquella meditacion.

—Pobre muchacha! suspiró, ¡ella, que podria ser tan feliz!...

Nicolasa oyó estas palabras y tembló, porque le dejaban columbrar todo un eden de seda, de diamantes, de encajes, de amor, en el que Andrea, para quien la vida tranquila era la felicidad, no habia pensado todavía.

Y sin embargo, Nicolasa apartó la vista de aquella nube de oro y púrpura que flotaba ante los ojos de su alma, y resistió á tan gonerosa seduccion.

—En fin, señorita, dijo, aqui seré tal vez venturosa.

—Reflexcionalo bien, hija mia.

—Si, señorita, lo reflexionaré.

—Obrarás prudentemente; hazte feliz á tu manera, pero no seas loca.

—Verdad es, señorita, y puesto que se presenta la ocasion, debo deciros que estaba muy loca, y sobre todo era muy culpable; pero ya me habeis perdonado ¿no es verdad? cuando una ama.....

—Amas pues sériamente á Gilberto?

—Sí, señorita; le amo, dijo.

—Parece increible, dijo Andrea sonriendo; ¿qué has hallado en él que haya podido agradarte? La primera vez que vuelva á verle será necesario que mire muy despacio á ese señor Gilberto, que así roba los corazones.

Nicolasa miró á Andrea con aire de duda. ¿Habia en aquellas palabras una profunda hipocresia ó una encantadora inocencia?

Andrea no habia mirado bien á Gilberto; esto es lo que se decia Nicolasa; pero de seguro se decia tambien, Gilberto habia mirado á Andrea.

Quiso informarse completamente antes de intentar la demanda que proyectaba.

—Pues qué! ¿no viene Gilberto con nosotras á Paris, señorita? preguntó Nicolasa.

—Y á qué ha de venir? replicó Andrea.

—Pero....

—Gilberto no es un criado; Gilberto no puede ser mayordomo de una casa parisiense. Los ociosos de Taverney, mi querida Nicolasa, son como los pájaros que gorgean en las ramas de mi jardin y en las alamedas del camino. El terreno por pobre que sea los mantiene. Pero un ocioso en París cuesta demasiado caro, y allí no podriamos tolerarle que no hiciera nada.

Y si me caso con él? preguntó Nicolasa.

—Si te casas con él, Nicolasa, os quedareis los dos en Taverney, dijo Andrea con voz firme, y nos guardaréis esta casa que era en otro tiempo tan querida de mi madre.

Asombrada y aturdida quedó Nicolasa, pues no pudiendo hallar el menor misterio en las palabras de Andrea, le parecia incomprensible que la mujer que el dia anterior habia honrado con su preferencia á un hombre, lo entregase á otra sin doblez y sin el menor despecho.

—Sin duda, se decia Nicolasa, son así todas las señoritas de alta clase, y por eso he visto tan pocos pesares profundos en el convento de las Anunciadas; sin embargo, cuántas intrigas en cambio de esto!

Probablemente Andrea adivinó la perpeljidad de Nicolasa, y probablemente tambien vió su espíritu fluctuar entre la ambicion de los placeres de París y la dulce y tranquila medianía de Taverney, porque con voz dulce, aunque firme, dijo:

—Nicolasa, la resolucion que vas á tomar decidirá tal vez de toda tu vida; reflexiónalo bien, hija mia; te queda todavia una hora para decidirte. Bien sé que una hora es poco tiempo, pero te supongo pronta en tus decisiones; mi servicio ó tu marido, yo ó Gilberto. No quiero ser servida por una mujer casada; detesto los secretos de un matrimonio.

—Una hora, señorita! repitió Nicolasa, una hora!

—Una hora.

—Si, teneis razon, es todo lo que necesito.

—Vamos, recoje todos mis vestidos, une á ellos los de mi madre, que sabes venero como reliquias, y vuelve á anunciarme tu resolucion. Cualquiera que sea, toma tus veinte y cinco luises. Si te casas, es tu dote; si me sigues son tus dos primeros años de salario.

Nicolasa tomó la bolsa de mano de Andrea y la besó. La jóven no queria sin duda perder un segundo de la hora que le concediera su señora, pues saliendo del aposento bajó rápidamente la escalera, atravesó el patio y se perdió en la alameda que habia á la entrada del castillo.

Andrea la miró alejarse murmurando:

—Pobre loca, que podria ser feliz! ¿conque es tan dulce el amor?

—Transcurridos cinco minutos, Nicolasa llamaba en los cristales del cuarto bajo que habitaba Gilberto, tan lisonjeramente elevado por Andrea al rango de ocioso y por el baron al de haragan.

Gilberto volvia la espalda á aquella ventana que daba sobre la alameda, y estaba removiendo no se sabe qué cosa en el fondo de su cuarto.

Nicolasa dió algunos ligeros golpecitos en los cristales, y á tal ruido, nuestro jóven abandonó, como un ladron sorprendido *in fraganti*, la obra que le ocupaba, y se movió mas pronto que si le hubiera hecho mover un resorte de acero.

—Ah! esclamó, sois vos, Nicolasa?

—Sí, soy yo, respondió la camarera por detrás de los vidrios con aire decidido pero risueño.

—Bien venida seais, Nicolasa, dijo Gilberto abriendo la ventana de par en par.

Sensible Nicolasa á esta primera demostracion de Gilberto, le alargó una mano que apretó Gilberto cordialmente.

—Esto marcha perfectamente, dijo para sí; ya puedo despedirme de mi viaje á París.

Y esta es la ocasion de alabar sinceramente á Nicolasa, que no acompañó esta reflexion sino con un solo suspiro.

—Sabeis, dijo la jóven apoyándose sobre la ventana, sabeis, Gilberto, que los amos van á dejar á Taverney.

—Lo sé, contestó Gilberto.

—Y sabeis á dónde van?

—A Parìs.

—Y sabeis tambien que estoy de viaje?

—No, no lo sabia.

—Y qué decis á esto?

—Que os felicito por ello, sí es cosa que os agrada.

—Qué decis? preguntó Nicolasa.

—Digo que si es cosa que os agrada; me parece que hablo bien claro.

—Me agrada.... segun, replicó Nicolasa.

—Qué quereis decir? os pregunto yo ahora.

—Quiero decir que dependeria de vos que me desagradase el tal viaje.

—No comprendo, dijo Gilberto sentándose sobre la ventana, de manera que sus rodillas tocaban los brazos de Nicolasa, y ambos podian continuar su conversacion

medio ocultos por las enredaderas de campanillas y capuchinas entrelazadas que tejian un magnífico dosel para sus cabezas.

Bien es verdad que Nicolasa miró tiernamente á Gilberto, pero Gilberto hizo con el cuello y los hombros una señal que queria decir qne tanto comprendia la mirada como las palabras.

--Está bien..... puesto que es menester decìroslo todo, escuchad, dijo Nicolasa.

--Escucho, dijo friamente Gilberto.

--La señorita quiere llevarme á París.

--Ya estoy, dijo Gilberto.

--A menos que....

--A menos qué? repitiò el jòven.

--A menos que no me case aquí.

--Persistís pues en la resolucion de casaros? dijo Gilberto impasible.

--Sí, sobre todo desde que soy rica, contestó Nicolasa.

--Ah! sois rica? preguntó Gilberto con una calma que desconcertó las sopechas de Nicolasa.

--Muy rica, Gilberto.

--Cierto?

--Cierto.

--Y cómo se ha hecho ese milagro?

--La señorita me ha dado un dote.

--Es una gran felicidad; y os doy por ello el parabien, Nicolasa.

--Mirad, dijo la jóven dejando caer en su mano los veinte y cinco luises.

Y dicho esto miró de hito en hito á Gilberto como para sorprender en sus ojos un rayo de alegria ó por lo menos de envidia.

Impasible permaneció Gilberto.

--Por vida, dijo, que no es mala cantidad!

--No es eso todo, continuó Nicolasa; el señor baron va á ser rico. Se trata nada menos que de reedificar la Casa-Roja y embellecer á Taverney.

--Lo crèo.

--Y entonces habrá necesidad de guardar el castillo.

--Sin duda.

--Pues bien! la señorita dá la plaza de...

--De conserge al esposo feliz de Nicolasa, continuó Gilberto con una ironía que no fué en esta ocasion tan velada por el disimulo que dejase de comprenderla la doncella.

Contúvose sin embargo.

--No conoceis Gilberto, replicó, al esposo feliz de Nicolasa?

—De quién quereis hablar?

—Vamos... ¿estoy yo tonta ó no hablo claro? esclamó la jóven, que empezaba á impacientarse.

—Os entiendo perfectamente, dijo Gilberto; me ofreceis que sea vuestro marido, ¿no es eso, señorita Legay?

—Sí, señor Gilberto.

—Y cuando sois rica, se apresuró á decir este, abrigais respecto de mí semejantes intenciones: á la verdad os estoy agradecido.

—De veras?

—Sin duda.

—Pues en este caso, dijo francamente Nicolasa, tocad esta mano.

—Yo?

—Aceptais, no es verdad?

—Rehuso.

Nicolasa dió un salto.

—Teneis muy mal corazon, Gilberto, ó por lo menos muy mala cabeza, y, creedme: lo que haceis en este momento no os hará feliz. Si os amase todavía, y si el hablaros así no fuese mas bien por punto de honra y probidad, me desgarrariais el alma: pero á Dios gracias no he querido que se diga que Nicolasa desprecia á Gilberto cuando es rica y le causa un pesar por un insulto. Ahora, Gilberto, y de aquí en adelante todo habrá concluido entre nosotros.

Gilberto hizo un gesto de indiferencia.

--Ahora ya sabeis lo que pienso de vos, dijo Nicolasa; decidirme yo, cuyo carácter sabeis que es tan libre y tan independiente como el vuestro, decidirme á enterrarme aquí cuando Paris me espera, Paris, que será mi teatro, mi gloria, decidirme á ver todo el dia, todo el año, y toda la vida esa figura fria, impenetrable tras la cual se ocultan tantos villanos pensamientos!... ¡Oh! esto era un sacrificio; no lo habeis comprendido, tanto peor para vos. Sé muy bien que no lloraréis por mi partida, Gilberto, pero sé tambien que me temereis y que hasta os avergozareis de verme allí donde me habrá conducido vuestro desprecio de este

dia. Yo podia ser siempre honrrada; solo me faltaba un apoyo, una mano de amigo que me detuviese á orillas del abismo que veo á mis pies, del abismo por cuya pendiente empiezo á deslizarme y en el cual voy á caer. He gritado: «¡voy á caer, ayudadme, sostenedme» me habeis rechazado, Gilberto; no estrañeis verme rodar, caer y perderme en ese abismo. Dios os pedirá cuenta de ese crímen, Dios os demandará algun dia: ¿qué habeis hecho de esa mujer que podiais salvar y habeis perdido?....Señor Gilberto, Adios.

Y la altiva jòven se retirò sin còlera y sin impaciencia, habiendo acabado como todas las naturalezas privilegiadas, por dejar ver en la superficie el fondo generoso de su alma.

Gilberto cerrò tranquilamente su ventana, y volviò á la misteriosa ocupacion que la llegada de Nicolasa habia interrumpido.

XVIII.

Adios á Taverney.

NICOLASA antes de volver á entrar en el aposento de la señora, detúvose en un tramo de la escalera para apagar los últimos ímpetus de cólera que bullian en su pecho.

El baron la encontró inmóvil, pensativa, apoyada la barba en su mano, las cejas contraidas y aun cuando se hallaba muy ocupado, al verla tan linda la abrazó como hubiera hecho Richelieu á los treinta años.

Saliendo Nicolasa de su meditacion por aquella galante broma del baron, subió precipitadamente al cuarto de Andrea, que acababa de cerrar un cofre.

--Vaya, dijo la señorita de Taverney, has reflexionado ya?

--He reflexionado, señorita, respondió Nicolasa con aire decidido.

--Te casas?

--No, señorita, todo lo contrario.

--Pues y ese grande amor?

--No me valdrá jamas lo que me valdrán las bondades de que me acabais de colmar ahora mismo. Os pertenezco, señorita, y quiero perteneceros para siempre. Ya que ahora conozco á la dueña que me he dado, ¿pensais si conoceré lo mismo al dueño que me daré.

Mucho enterneciò á Andrea esta manifestacion de sentimientos que estaba léjos de creer encontrar en la aturdida Nicolasa. Es inutil decir que el partido que aquella habia tomado era hijo de la desesperacion.

Andrea se sonriò, feliz por hallar una criatura humana mejor de lo que esperaba.

--Haces bien en serme fiel, Nicolasa, añadiò, y puedes estar bien persuadida de que no te olvidaré. Confìame tu suerte, hija mia, y si llego á disfrutar de alguna felicidad, te prometo que participarás de ella.

--Oh, señorita! estoy decidida, os sigo.

--Sin pesar?

--A ojos cerrados.

--Eso no es contestacion, esclamó Andrea, y no quisiera por cierto que pudieses reconvenirme algun dia por haberme seguido ciegamente.

--En todo caso, señorita, solo á mí misma tendré que echarme culpa.

--Supongo que te habrás puesto de acuerdo sobre esto con tu novio.

Nicolasa se ruborizó.

--Yo? dijo.

--Sí, tú, te he visto hablar con él.

Nicolasa se mordió los labios. Su cuarto tenia una ventana paralela á la de Andrea, y sabia que desde esta ventana se veia la de Gilberto.

--Verdad es, señorita, contestò Nicolasa.

--Y le has dicho?

--Le he dicho, replicò Nicolasa, que creyò notar que Andrea la preguntaba, y que, vuelta á sus primeras sospechas por aquella falsa maniobra del enemigo, trató de contestar hostilmente, le he dicho que ya no le amaba.

Decidido estaba que aquellas dos mujeres, la una con su pureza de diamante y la otra con su tendencia natural al vicio, no se entenderian jamás.

Andrea continuò tomando la aspereza de Nicolasa por zalamerìa.

Entretanto contemplaba el baron el tren de su equipaje: una espada vieja que llevaba en Fontenoy, pergaminos que establecian el derecho que tenia de sentarse en los coches de S. M., una coleccion de la *Gaceta*, y algunas cartas formaban la porcion mas voluminosa de su equipaje, equipaje que como Bias lo llevaba debajo del brazo.

La-Brie aparentaba sudar, andando encorvado bajo una maleta casi vacía.

En la entrada del castillo encontraron al exen-

to, que durante todos estos preparativos habia vaciado su botella hasta la última gota.

Habia como galante caballero, vislumbrado el talle fino y la torneada pierna de Nicolasa, y no cesaba de rondar desde el estanque á los castaños para volver á ver aquella encantadora ninfa, tan pronto desaparecida como entrevista bajo las enramadas.

El señor de Beausire, pues ya se recordará que este era su nombre, salió de su éxtasis al oir la voz del baron, que le encargaba que hiciera entrar el coche en el zaguan. Dió un brinco de sorpresa, saludò al señor de Taverney, y mandò con voz sonora al cochero que entrase.

El coche entró. La-Brie depositó en la caja la maleta con una indecible mezcla de alegria y de orgullo.

--¿Conque voy á ir en los coches del rey? dijo en voz baja arrebatado por su entusiasmo y creyendo estar solo.

--En la trasera, mi buen amigo, replicò Beausire con protectora sonrisa.

--Cómo! os llevais á La-Brie, señor? dijo Andrea al baron; ¿y quién guardará á Taverney?

--Pardiez! ese holgazan de filósofo!

--Gilberto?

--Sin duda, ¿no tiene una escopeta?

--Pero con qué se mantendrá?

--Con su escopeta, pardiez! y hará una buena caza, pues no faltan en Taverney mirlos y zorzales.

Andrea mirò á Nicolasa; esta se echó á reir.

--¿Es ese el modo que de compadecerle tienes? dijo Andrea.

--Oh! él es muy diestro, señorita, replicò Nicolasa; no tengais cuidado, que no se dejará morir de hambre.

--Bueno seria dejarle uno ò dos luises, señor, dijo Andrea al baron.

--Para echarle á perder! Sí, sí.... como si no fuera ya bastante vicioso.

--No, para hacerle vivir.

--Se le enviará alguna cosa si pide.

--Bah! dijo Nicolasa, no tengais cuidado, señorita, que llegue á pedir.

--No importa, dijo Andrea: déjale tres ò cuatro doblones.

--No los aceptará.

--No los aceptará! ¿Tanto es pues el orgullo que abriga tu señor Gilberto?

--Oh! señorita, no es mio, á Dios gracias.

--Vamos, vamos, dijo Taverney para poner fin á todos esos pormenores de que se cansaba su egoismo, vamos, váyase al diablo Gilberto; el coche nos espera, no perdamos tiempo, hija mia.

Andrea no replicò: saludò con la vista el pequeño castillo y entrò en el pesado y macizo coche.

El baron se sentó á su lado; La-Brie, vestido con su magnífica librea, y Nicolasa se instalaron sobre el pescante. El cochero montó uno de los caballos á guisa de postillon.

--Pero, ¿dònde se coloca el señor exento? esclama Taberney,

--Voy á caballo, señor baron, contestò Beausire mirando de soslayo á Nicolasa, que se ruborizaba de alegria por haber reemplazado tan pronto un tosco campesino con un elegante caballero.

Pronto se conmovió el coche bajo los esfuerzos de cuatro vigorosos caballos, y los árboles de la alameda, de esa alameda tan conocida de Andrea, comenzaron á deslizarse por ambos lados del coche, y á desaparecer uno á uno, encorvándose humildemente ante el viento como para dar el último adios á los dueños que asi los dejaban. Llegaron cerca de la puerta cochera.

Gilberto se habia colocado de pié, inmóvil en esta puerta. Con el sombrero en la mano, no miraba, y sin embargo, veia á Andrea.

Esta, asomada por la otra portezuela, queria ver todo el tiempo posible su querida casa.

--Parad un poco, gritó al postillon el señor de Taverney.

Este detuvo los caballos.

--Ola, señor holgazan, dijo el baron á Gilberto, ahora vais á ser feliz; ya estais solo, como debe estar un verdadero filòsofo; nada teneis que hacer, ni sufriréis mas regaños. Procurad á lo menos de que no arda el fuego mientras dormis, y cuidad á Mahon.

Gilberto se inclinò sin responder. Creia sentir la mirada de Nicolasa caer sobre él con un peso insoportable; temia ver á la jóven triunfante é irònica, y temia esto como se puede temer la mordedura de un hierro encendido.

--Arrancad, postillon, gritó Taverney.

Nicolasa no se habia reido, como temia Gilberto; habia necesitado mas que su fuerza habitual, mas que su valor personal para no compadecer públicamente al pobre mozo, á quien se abandonaba sin pan sin porvenir y sin consuelo; habia necesitado mirar al de Beausire que tan elegante figura tenia caracoleando con su fogoso caballo.

Y como Nicolasa miraba al señor de Beausire, no pudo ver que Gilberto devoraba á Andrea con los ojos.

Andrea no veia nada al través de sus ojos humedecidos por las lágrimas, sino la casa donde ella habia nacido y donde habia muerto su madre.

El coche desapareció. Gilberto, tan poca cosa ya para los viajeros un momento antes, comenzaba á no ser nada para ellos.

Taverney, Andrea, Nicolasa y La Brie, al pasar la puerta del castillo, acababan de entrar en un nuevo mundo.

Cada uno tenia su pensamiento.

El baron, calculaba que en Bar-le-Duc le prestarian facilmente cinco ò seis mil libras sobre la vajilla dorada de Bálsamo.

Andrea, recitaba en voz baja una plegaria que le habia enseñado su madre para ahuyentar al demonio del orgullo y de la ambicion.

Nicolasa, unia su pañoleta que desarreglaba el viento demasiado poco para lo que queria el señor de Beausire.

La-Brie contaba en el fondo de su bolsillo los diez luises de la reina y los dos de Bálsamo.

El de Beausire galopaba.

Gilberto cerró la gran puerta de Taverney, cuyos goznes gimieron como de costumbre por falta de aceite.

Entonces corrió á su cuarto, y retirando su cómoda, sacó de detrás de ella un lio ya preparado y lo ató á la punta de su baston de madera. Dirigiéndose en seguida á su cama, que la componia un mal jergon de heno, abriò el forro, y sus manos encontraron pronto un papel doblado. Este papel contenia un escudo de seis libras, resultado sin duda de las economias que por espacio de tres ó cuatro años habia podido hacer Gilberto.

Abrió el papel, miró el escudo para asegurarse bien de que no se lo habian cambiado, y lo guardò en el bolsillo de su pantalon, protegido siempre por su papel.

Mahon ahullaba, daba brincos y corriendo á lo largo de todo el espacio que su cadena le dejaba libre; el pobre animal gemia al verse asi abandonado sucesivamente por todos sus amigos, porque con su admirable instinto adivinaba que Gilberto tambien iba á dejarle.

Púsose, pues, á ahullar cada vez mas furiosamente.

--Cállate, le gritò Gilberto, cállate, Mahon.

En seguida como sonriéndose con la idea que á su mente acababa de acudir, añadió:

Ya que á mí me abandonan como á un perro, ¿por qué no han de abandonar al perro como á un hombre?

Reflexionando despues un poco, dijo:

--Pero á mí me abandonan dejándome en libertad de buscarmi vida como Dios me dé á entender. Pues bien, Mahon, haré por tí lo que hacen por mí, ni mas ni menos.

Y desatando la cadena de Mahon:

—Ya estás libre, dijo, búscate ahora la vida como mejor te parezca.

Mahon echó á corre hácia la casa, y hallando cerradas las puertas, dirijióse á todo correr hácia las ruinas las cuales bien pronto le ocultaron á los ojos de Gilberto.

—Bueno, dijo: veremos ahora quien tiene mas instinto de perro ó de hombre.

Dicho esto, salió por la puerta falsa, que cerró con llave, arrojando esta por encima de la tapia hasta el estanque, con esa destreza que tienen los campesinos para disparar las piedras.

Sin embargo, como la naturaleza, monótona en la generacion de los sentimientos, es variada en su manifestacion, esperimentó Gilberto al dejar á Taverney, algo semejante á lo que habia esperimentado Andrea; solo que por parte de esta era el pesar del tiempo pasado, y por la de Gilberto la esperanza del tiempo futuro.

Adios, dijo volviéndose para ver por última vez el castillo cuyo techo se descubria aun entre el som-

brio espesor de los sicomoros y entre las flores de los ébanos; adios, casa, donde tanto he sufrido, donde todos me han aborrecido, donde me han arrojado el pan diciendome que robaba; ¡adios! ¡adios y maldita seas! Mi corazon palpita de alegria y se siente libre desde que tus paredes no me encierran: adios prision! ¡adios infierno, antro de tiranos! adios para siempre! ¡adios!

Y concluida esta impreacion, acaso no tan poética pero indudablemente mas significativa que muchas otras, echó á correr Gilberto, siguiendo el coche cuyo sordo y monòto ruido se oia aun, si bien que muy lejano.

XIX.

El escudo de Gilberto.

TRANSCURRIDA una media hora de correr á todo escape, exhaló Gilberto un ahogado grito de júbilo; acababa de ver á un cuarto de legua delante de él el coche del baron que subia una cuesta al paso.

El jóven entonces sintió interiormente un verdadero movimiento de orgullo, pues veia que con los únicos recursos de su juventud, de su vigor y de su inteligencia, iba á igualar los recursos de la riqueza, del poder y de la aristocrácia.

Con sobrada razon hubiera el baron de Taverney llamado filósofo á Gilberto, si le hubiese visto en el camino, con su baston en la mano, colgado del

hombro su exiguo equipaje, andando á paso largo, saltando repechos para economizar terreno y deteniéndose á cada parada como si quisiera decir desdeñosamente á los caballos:

—No andais tan lijeros como yo, pues me veo obligado á esperaros.

Filósofo! oh! si, seguramente, lo era entonces, si es cierto que pueda darse el nombre de filosofía al desprecio de todo goce y de toda felicidad. Seguramente no estaba acostumbrado á una vida muelle, ¡pero á cuantas personas no hace delicadas el amor!

Preciso es confesar que no puede darse espectáculo mas hermoso y digno del Dios, padre de las criaturas enérjicas é intelijentes, que el que presentaba aquel jóven corriendo, empolvado y sofocado, durante uua hora ó dos, hasta que alcanzaba el coche, y descansando con placer cuando los caballos no podian seguir adelante. De seguro Gilberto en aquel dia hubiera inspirado la mayor admiracion y asombro á cualquiera que hubiese podido seguirle con los ojos del alma, como nosotros le seguimos; ¿y quien sabe si al verle, la soberbia Andrea no se hubiera enternecido, si aquella indiferencia que habia manifestado respecto de su pereza no se hubiera trocado en estimacion á su energia?

De este modo pasó la primera jornada. El baron se detuvo una hora en Bar-le-Duc, lo que dió á Gilberto todo el tiempo necesario no solo para alcanzarle, sino tambien para avanzarle. Gilberto dió la vuelta á la ciudad, porque habia oido dar la órden

de detenerse en casa de un platero, y despues, cuando vió venir el coche, se ocultó entre un matorral, hasta que, pasando el coche, se puso como antes á seguirlo.

Empezaba ya á anochecer cuando el baron alcanzó á los coches de la delfina en la aldea de Brillon, cuyos habitantes, reunidos sobre la colina, hacian resonar los aires con gritos de alegria y votos de prosperidad y bien andanza.

No habia Gilberto comido en todo el dia mas que un poco de pan que tomara de Taverney, pero en recompensa habia bebido á discrecion el agua de un riquisimo arroyo que atravesaba el camino y cuya corriente era tan pura, tan fresca, que á instancias de Andrea se habia detenido el coche; ella misma se habia apeado y sacado un vaso de aquella agua en la taza de oro de la delfina, única pieza de la vajilla que el baron habia conservado, cediendo á las súplicas de su hija.

Oculto tras de uno de los olmos del camino, habia visto Gilberto todo esto, y cuando los viajeros se alejaron acercóse el jóven al mismo sitio, puso el pié sobre el pequeño cerro adonde habia visto subir á Andrea, y bebió el agua en su mano, como Diógenes, en la misma corriente donde acababa de apagar su sed la señorita de Taverney.

Tan pronto como hubo bebido volvió á emprender su carrera.

Unicamente una cosa era la que inquietaba á Gilberto; á saber, si la delfina dormiria en el camino.

Si dormia en el camino, como era probable, pues despues de la fatiga de que se habia quejado en Taverney, debia tener mucha necesidad de reposo; si la delfina, decimos, dormia en el camino, Gilberto podia considerarse en salvo. En este caso los viajeros se detendrian indudablemente en Saint-Dizier. Dos horas de sueño en una granja le bastaban á él para volver la elasticidad á sus piernas, que comenzaban á negarse á llevarle; transcurridas estas dos horas, volveria á ponerse en camino, y andando toda la noche al paso natural, podia ganarles fácilmente cinco ó seis leguas de delantera. ¡Se camina tan bien á los diez y ocho años en una hermosa noche del mes de mayo!

Llegó la noche, envolviendo primero en las sombras el horizonte, y poco despues el camino por donde corria Gilberto. Bien pronto no viò ya del coche sino el gran farol colocado en la izquierda del carruaje, y cuyo reflejo hacia sobre el camino el efecto de una fantasma blanca siempre corriendo por su orilla.

Despues de andar doce leguas llegò la comitiva á Combres, donde los coches se detuvieron un poco. Gilberto creyò que el cielo estaba decidido en su favor, y se aproximò con sumo tiento solo para tener el placer de oir la voz de Andrea. El coche estaba parado: se deslizó en la oscuridad, y se ocultó detrás de una gran puerta. A la claridad de las luces vió á Andrea y oyó á su dulce voz preguntar la hora que era. Otra contestó:

—Las once.

En tal instante no se sentia ya fatigado Gilberto y con el mayor desprecio hubiera rechazado la oferta de subir á un carruaje. En efecto, presentábase ya ante los ojos de su imajinacion dorada, májica, resplandeciente, Versalles. Versalles, la ciudad de los Seyes; y mas allá, á lo lejos, sombría, negruzca, la colosal Paris. Paris, la ciudad del pueblo.

Y en cambio de estas visiones, de estos encantadores ensueños, á los cuales se entregaba su alma, Gilberto no hubiera aceptado todo el oro del Perú.

Dos cosas le sacaron de su éstasis: el ruido que hicieron los coches al marchar y un golpe violento que se diò contra un carro olvidado en el camino.

Su estòmago comenzaba tambien á sentir el terible aguijon del hambre.

—Afortunadamente, decia para sí, tengo dinero, soy rico.

Creemos no habrá olvidado el lector que Gilberto tenia un escudo.

Hasta las doce de la noche no cesaron de rodar los coches.

Llegaron á media noche á Saint-Dizier. Aquí era donde Gilberto esperaba que dormirian los viajeros.

El jòven habia andado diez y seis leguas en doce horas y se sentò al lado opuesto de una zanja.

Pero en Saint-Dizier descansaron solamente, y Gilberto oyò el ruido de los coches que se alejaban de nuevo; los ilustres viajeros no habian hecho mas que refrescar en medio de las antorchas y de las flores.

Entonces si que tuvo Gilberto que echar mano de todo su valor; pósose en pié con una enerjìa de voluntad que le hizo olvidar que diez minutos antes le flaqueaban las piernas.

—Bien, dijo, partid, partid. Yo tambien me detendré en Saint-Dizier, compraré pan y un pedazo de jamon, beberé un vaso de vino, me gastaré cinco sueldos, y con mis cinco sueldos me habré confortado mejor que los *amos*.

Gilberto pronunció la palabra *amos* con su énfasis acostumbrado.

Como habia esperado, entró Gilberto en Saint-Dizier cuando ya comenzaban sus habitantes, despues de haber visto pasar el último soldado de la escolta, á cerrar las ventanas y puertas de sus casas.

Nuestro filósofo vió una posada de muy buena apariencia, y entróse en ella hasta la cocina, donde se hallaba la mesonera muy ocupada en ajustar sus cuentas.

—Perdonad si os interrumpo, dijo Gilberto; dadme, si os place, un pedazo de pan y de jamon.

—No hay jamon, amigo mio, respondió la huespeda. Queréis pollo?

—No, he pedido jamon, por que de eso tengo gana y no de otra cosa; no me gustan los pollos.

—Lo siento, amigo mio, dijo la huéspeda, porque no hay otra cosa. Pero creedme, añadió sonriendo tanto os haré pagar del pollo como del jamon; asi pues tomad medio ó diez sueldos, y tendréis provisiones para mañana. Creiamos que S. A. R. para-

ria en esta poblacion y que venderíamos nuestras provisiones á su servidumbre; pero no ha hecho mas que pasar, y he aquí perdidas nuestras provisiones.

Creeria cualquiera que no quiso Gilberto perder la sola ocasion que se ofrecia de tener úna buena cena; pero esto seria desconocer completamente su carácter.

—Gracias, dijo, me contento con menos; yo no soy príncipe ni lacayo.

—Entonces os la doy, mi pequeño Artaban, dijo la buena muger, y Dios os acompañe.

—Yo no soy un mendigo, buena muger, dijo Gilberto humillado. Compro y pago.

Y Gilberto para unir el efecto á las palabras, sepultò majestuosamente la mano en el bolsillo, de su calzon, donde desapareciò hasta el codo.

Pero oh desgracia! por mas que buscó, escudriñó y registró en aquel vasto bolsillo, no sacó de él otra cosa que el papel en que habia estado envuelto el escudo de seis libras. Esta moneda, traqueteada dentro del bolsillo, habia gastado su cubierta, que era vieja, y despues la tela bastante deteriorada del bolsillo, deslizándose al fin por el calzon abajo y escapándose por la liga suelta y desprendida.

Gilberto habia desatado sus ligas para dar mas elasticidad a sus piernas.

El escudo estaba en el camino, probablemente en la orilla del arroyo cuyas aguas habian apagado la sed á Gilberto.

El pobre jòven habia pagado por seis francos un vaso de agua bebido en la palma de la mano. A lo

menos, cuando Diógenes filosofaba sobre la inutilidad de los vasos de madera, no habia bolsillos que agujerear ni escudos de seis libras que perder.

La palidez, el estremecimiento de vergüenza de Gilberto conmovieron á la buena muger. Otras muchas habrian triunfado al ver castigado á un orgulloso; pero ella sufrió con el tormento que se retrataba en las alteradas facciones de Gilberto.

—Ea, pobre jóven, le dijo, cenad y acostaos aqui; mañana podeis continuar vuestro camino, si es absolutamente necesario.

—Oh! sí, sí, es necesario, dijo, es necesario, no mañana, sino ahora mismo.

—Y cogiendo su lio sin querer escuchar una palabra mas, se lanzò fuera de la casa para ocultar en la oscuridad su dolor y su vergüenza.

Cerróse el postigo. La última luz se apagó en el pueblo, y los mismos perros, cansados del dia, cesaron de ladrar.

Gilberto quedó solo, solo en el mundo: porque nadie hay mas aislado sobre la tierra que el hombre que acaba de separarse de su último escudo, sobretodo cuando este último escudo es el único que ha poseido en su vida.

Muy oscura estaba la noche y dudó largo rato en lo que habia de hacer. Volver atrás para buscar su escudo era entregarse en primer lugar á una pesquisa muy precaria, y á mas, esto le separaba, á lo menos por mucho tiempo, de aquellos coches que ya no podria alcanzar.

Resolvió, pues, continuar su carrera y se puso

en camino; pero apenas habia andado una legua, cuando le acometió el hambre, calmada ó mas bien dormida un instante por el sufrimiento moral, y se despertó mas viva que nunca cuando una carrera rápida comenzó á batir de nuevo la sangre del desgraciado.

Despues, al mismo tiempo que el hambre, la fatiga, su compañera, comenzó á invadir los miembros de Gilberto. Haciendo un esfuerzo inaudito volviò á alcanzar otra vez á los coches; pero se hubiera dicho que habian tramado una conspiracion contra él, porque los carruajes únicamente se detenian para mudar tiros y aun se hacia esto con tal rapidez, que el pobre viajero no podia disfrutar ni aun cinco minutos de reposo.

Gilberto sin embargo, volvió á emprender su caminata. El dia comenzaba á colorar el horizonte. Por encima de una faja de negruzcos vapores, aparecia el sol radiante de brillo y magestad prometiendo uno de esos ardientes dias de mayo que anticipan dos meses el estio. Cómo podria Gilberto soportar el calor del mediodia?

Por un instante le ocurrió á Gilberto la idea, consoladora para su amor propio, de que los caballos, los hombres y Dios mismo se habian ligado contra él. Pero semejante á Ayax, mostró el puño al cielo, y si no dijo como él: «escaparé, á pesar de los dioses» es porque mas conocia el *contrato social* que la *Odisea.*

Llegó no obstante un momento en que comprendió nuestro jóven la insuficiencia de sus fuerzas y el apuro de su posicion. Momento terrible fué

aquel en que Gilberto luchaba entre su orgullo y su impaciencia, y doblò por un instante su energia con toda la fuerza de su desesperacion. Haciendo el último esfuerzo se acercó á los coches que habia perdido de vista, y los volvió á ver al traves de una nube de polvo, á la cual la sangre de que estaban inyectados sus ojos daba un color fantástico; el ruido que hacían al rodar resonaba en sus oidos mezclado con el zumbido de sus arterias. Con la boca abierta, la mirada fija y los cabellos pegados á la frente por el sudor, parecia un hábil autómata que hacia casi todos los movimientos del hombre, pero con mas prontitud y perseverancia. Como desde la víspera traia andadas unas veinte ó veinte y dos leguas, no tardó en llegar el momento en que, rendidas sus piernas, se negaron á llevarle mas adelante; sus ojos no veian ya, sus oidos no oian; le parecia que la tierra estaba movible y daba vuelta sobre un eje; quiso gritar pero ahogóse su voz en la garganta; quiso pararse conociendo qne faltaba tierra á sus piés y agitó el aire con sus brazos como un insensato.

En fin pudo salir la voz de su garganta prorrumpiendo un grito de rabia, y volviendose hácia Paris, descargó contra los vencedores de su valor y de sus fuerzas una serie de terribles imprecaciones. Cogiéndose despues los cabellos á dos manos, dió una ó dos vueltas sobre sí mismo, y cayó en medio del camino con la conviccion, y por consiguiente con el consuelo de haber luchado semejante á un héroe de la antigüedad hasta el último momento.

Al caer, sus puños estaban todavía crispados y sus ojos amenazadores, pero bien pronto cerráronse sus ojos y aflojáronse sus músculos. Estaba desmayado.

—Fuera! fuera! á un lado el rabioso! le gritó en el momento de caer una voz ronca, acompañada del chasquido de un látigo.

Gilberto nada oyó.

—A un lado, ó te aplasto voto á....!

Y acompañó este grito con un vigoroso latigazo aplicado á guisa de estimulante.

Gilberto fué alcanzado y mordido en la cintura por la flexible correhuela del látigo.

Pero nada sentia ya, y permaneció bajo los piés de los caballos que llegaban por un camino secundario que se unia con el camino principal entre Tieblemont y Vanclere, y que en su locura no habia visto ni oido.

Un grito terrible salió del coche que los caballos arrastraban como hace el huracan con una pluma

El postillon hizo un esfuerzo sobre humano; pero á pesar de este esfuerzo, no pudo retener al primer caballo delantero, el cual saltò por encima de Gilberto, pero consiguió sujetar á los otros dos que estaban mas cerca de su mano. Una mujer se asomó casi hasta medio cuerpo por la portezuela del carruaje.

—Oh! Dios mio! esclamò con angustia, habrémos matado á ese infeliz muchacho?

—Mucho me temo que sí, señora, dijo el postillon tratando de descubrir alguna cosa al través del polvo que levantaban los caballos.

—Pobre loco! pobre jóven! parad, parad, no deis un paso mas!

Y la viagera, abriendo la portezuela, se precipitó fuera del carruaje.

El postillon se habia apeado de su caballo y ocupábase en sacar de entre las ruedas el cuerpo de Gilberto, que creía ensangrentado y muerto.

La viajera ayudaba al postillon con todas sus fuerzas.

—¡Háse visto milagro semejante! esclamó este, nada, lo que se llama nada.... ni la mas mìnima lesion, ni una patada!

—Sin embargo, está desmayado.

—De miedo sin duda. Coloquémoslo á orillas del camino, y puesto que teneis prisa, continuemos nuestro viaje.

—Imposible; no puedo abandonar á este jóven en semejante estado.

—Bah! si nada tiene! Volverá en sì sin necesidad de auxílio.

—No, no. Tan jóven! pobre muchacho! Sin duda será algun fujitivo del colegio que habrá querido emprender un viaje superior á sus fuerzas. Mirad que pálido está; se moriria si le dejáramos. No, no le abandonaré. Colocadle en la berlina sobre la banqueta delantera.

El postillon obedeció. La dama habia subido

ya al coche. Gilberto fué depositado transversalmente sobre un buen cojin, apoyada su cabeza en los suaves almohadones del coche.

—Arread ahora, dijo la dama; hemos perdido diez minutos y os doy un doblon por estos diez minutos.

El postillon hizo crujir su látigo por encima de su cabeza, y los caballos, que conocian esta señal amenazadora, partieron al galope, desapareciendo bien pronto entre una nube de polvo.

XX.

Gilberto empieza á no sentir tanto la pérdida de su escudo.

PASADOS algunos minutos, cuando volvió Gilberto en sí, no dejó de sorprenderse viéndose, por decirlo asi, atravesado sobre los piés de una dama jóven que atentamente le miraba.

Tenia esta dama de veinte y cuatro á veinte y cinco años, ojos grandes y pardos, nariz afilada, mejillas algo quemadas por el sol meridional; una boca pequeña de un dibujo caprichoso y delicado daba á su fisonomia abierta y jovial un carácter preciso de finura y circunspeccion. Tenia los brazos mas hermosos del mundo, cuyas hermosas formas modelaban las

mangas de terciopelo carmesí con botones de oro. Los undosos pliegues de un vestido de seda de color oscuro con grandes ramos llenaban casi todo el coche. Porque Gilberto, con no menos sorpresa que en todo lo demas, reparó que estaba en un coche llevado por tres caballos de posta que corrian al galope....

Interesantes, risueñas y espresivas eran las facciones de la dama, y por esto púsose Gilberto á mirarla hasta que estuviese bien seguro de que no soñaba.

—Y bien, hijo mio, dijo la dama despues de un instante de silencio, ¿os sentis mejor?

—Dònde estoy? preguntó Gilberto, recordando oportunamente esta frase de las novelas que habia leido, y que no se pronuncia jamás sino en las novelas.

—En seguridad ahora, mi querido amigo, respondió la dama con un acento meridional de los mas pronunciados. Pero habeis corrido gran peligro de ser despedazado bajo las ruedas de mi coche. ¿Qué os ha sucedido para caer de este modo en medio del camino?

—He sentido mucha debilidad, señora.

—Cómo! debilidad! ¿y de dónde os provenia esa debilidad?

—Habia andado mucho.

—¿Y hace mucho tiempo que estais en camino?

—Desde ayer á las cuatro de la tarde.

—¿Y cuánto habeis andado desde ayer?....

—Creo que diez y seis ó diez y ocho leguas.

—¿En doce ó catorce horas?

Como que no he cesado de correr.

—¿Y adónde vais?

—A Versalles, señora.

—¿Y de dònde venís?

—De Taverney.

—¿Qué es Taverney?

—Un castillo situado entre Pierreffitte y Bar-le-Duc.

—Pero apenas habréis tenido tiempo para comer?

—No solamente no he tenido tiempo, señora, si que tanmpoco he tenido medios.

—Còmo es eso?

—He perdido mi dinero en el camino.

—¿Decis que no habeis comido desde ayer? de suerte que....

—Solamente algunos pedazos de pan que traia conmigo.

—Pobre muchacho! ¿pero por qué no habeis pedido de comer en alguna parte?

Giberto se sonriò desdeñosamente.

—Porque soy orgulloso, señora.

—Orgulloso! conviene ser orgulloso,pero cuando uno se muere de hambre....

—Vale mas morir que deshonrarse.

Miró la dama á su sentencioso interlocutor con una especie de admiracion.

—¿Pero qnién sois vos para hablar así, amigo mio? preguntó.

—Un huérfano.

—Cómo os llamais?

—Gilberto.

—Gilberto dé qué?

—De nada.

—Ah! ah! esclamó la dama, cuya admiracion iba subiendo por grados.

Vió Gilberto que producia buen efecto, y se alegraba interiormente de haber hablado á lo Juau Jacobo Rousseau.

—Muy jóven sois, amigo mio, para andar por los caminos: continuò la dama.

—Habia quedado solo y abandonado en un antiguo castillo que sus dueños acababan de dejar y he hecho lo mismo que ellos: lo he abandonado.

—Sin objeto?

—La tierra es grande, y, á lo que dicen, para nadie falta sitio.

—Bien, murmurò en voz baja la dama, este debe ser algun bastardo del campo que se habrá escapado de la casa de algun hidalgo.

—¿Y decis que habeis perdido vuestra bolsa? preguntó en voz alta.

—Sí.

—Y estaba llena?

—No tenia mas que un solo escudo de seis libras, dijo Gilberto, luchando entre la vergüenza de confesar su pobreza y el peligro de publicar una fortuna demasiado grande para que pudiera suponérsela honradamente adquirida; pero con ese escudo hubiera tenido bastante.

—¡Un escudo de seis libras para un viaje tan largo! ¡Apenas tendrìais para comprar pan durante dos dias!

Y el camino, Dios mio! qué camino! ¿de Bar-le-Duc á Paris decìs?

—Sí.

—¿Creo que habrá á lo menos unas sesenta ò sesenta y cinco leguas?

—No he contado las leguas, señora. He dicho; «es menester que llegue» y nada mas.

—Y dicho esto, ¿os pusisteis en camino, pobre loco?

—Oh! no me faltan buenas piernas.

—Por buenas que sean, se rinden, sin embargo, como acabais de esperimentar.

--Oh! no echeis la culpa á mis piernas, sino á la esperanza que me ha faltado.

--En efecto, me parece haberos visto muy desesperado.

La mas amarga sonrisa se dibujó en los labios del jòven.

--¿Qué pensamientos os atormentan para golpearos la cabeza y arrancaros los cabellos?

--Cómo! señora! ¿habeis visto eso? preguntó Gilberto algo turbado.

--Oh! sí, lo he visto, y tanto, que sin duda vuestra desesperacion os impidiò oir el ruido del carruaje.

Pensó Gilberto que no haria mal en engrandecerse con la relacion de la verdad misma. Su instinto le decia que su posicion era interesante, sobre todo, para una muger.

--Estaba en efecto desesperado, dijo:

--Y por qué? preguntó la dama.

--Por verme imposibilitado de seguir un coche, tras del cual iba corriendo.

--Calle! dijo la jóven sonriendo; pues es verdad que tiene esto trazas de ser una verdadera aventura. ¿Y habria en ello cosa de amores?

No era todavia Gilberto bastante dueño de sí mismo para no avergonzarse.

--Y qué coche era ese, mi pequeño Caton?

--Un coche de la comitiva de la delfina.

--Cómo! cómo! que estaís diciendo? esclamó la jóven; acaso vá la delfina delante de nosotros?

--Si señora.

--Creia que venia detrás, que apenas estaria en Nancy. ¿Conque no le hacen honores por el camino?

--Sí, señora; pero parece que S. A. lleva mucha prisa.

--La delfina mucha prisa! quién os ha dicho eso?

--Lo presumo.

--Lo presumís?

--Sí.

--¿Y de qué viene esa presuncion?

--De que la habia oido decir que descansaria dos ó tres horas en el castillo de Taverney.

--Bien y qué?

Que despues de haber dicho eso, apenas se detuvo tres cuartos de hora.

--Sabeis si recibió alguna carta de Paris?

--He visto entrar con una carta en la mano á

un caballero, cuyo uniforme estaba lleno de bordados.

--Y nombraron á ese caballero delante de vos?

--No; solamente sé que es el gobernador de Strasburgo.

--El señor de Stainville, el cuñado del señor de Choiseul..., oh! aprisa postillon, mas aprisa.

Un vigoroso latigazo respondiò á esta órden, y Gilberto observó que aun cuando el coche corria al galope, aumentaba todavía su velocidad.

--Conque la delfina vá delante de nosotros?

--Si señora.

--Pero se detendrá para almozar, dijo la dama como hablando consigo misma, y entonces la adelantaremos, á no ser que esta noche...¿Se ha detenido á descansar esta noche pasada?

--Sí, en Saint-Dizier.

--Qué ora era?

--Las once, poco mas ò menos.

--Eso era para cenar. Bueno, tendrá que almorzar! Postillon ¿cuál es el primer pueblo importante que hallarémos en el camino?

--Vitry, señora.

--Y cuánto nos falta para llegar á Vitry?

--Tres leguas.

--Donde mudamos de tiros?

--En Vauclerc.

--Bueno. Adelante, y si veis una hilera de carruajes en el camino, avisadme.

--Mientras este cortísimo interrogatorio diri-

gido por la dama del carruaje al postillon, Gilberto habia vuelto á sentirse desfallecido. Al incorporarse la viagera le viò pálido y con los ojos cerrados.

--Ah! pobre muchacho, otra vez vá á ponerse malo, es clamó. Yo tengo la culpa, yo, que le hago hablar cuando se muere de hambre y de sed, en lugar de darle comida y bebida.

Y en seguida, queriendo reparar el tiempo perdido sacó la dama de la bolsa del coche un frasco cincelado, de cuyo cuello pendia atado de una cadena de oro un vasito de plata.

--Bebed primero un poco de esta agua de la Costa, dijo llenando el vaso y presentándolo á Gilberto.

Esta vez Gilberto no se hizo de rogar, ya fuese por la influencia de la linda mano que le presentaba el vaso, ya por que le aquejase la necesidad con mas fuerza que en Saint-Dizier.

--Bueno, dijo la dama, ahora comed un bizcocho; dentro de una hora ó dos haré que almorzeis mas sólidamente.

--Gracias, señora, dijo Gilberto.

Y comió el vizcocho como habia bebido el vino.

--Ahora que estais algo restaurado, dijo la dama, decidme si me quereis por confidenta, decidme ¿qué interes abrigabais en seguir ese coche, que según decís forma parte de la comitiva de la delfina?

--Voy á deciros la verdad en pocas palabras,

señora, dijo Gilberto. Yo vivia en casa del baron de Taverney, cuando S. A. vino á parar en el castillo y mandò al señor de Taverney que le siguiera á Paris. El obedeció. Como soy huérfano, nadie pensó en mí, y me abandonaron sin dinero, sin provisiones sin recurso ninguno. Entonces juré que, puesto que todo el mundo iba á Versalles con el auxilio de buenos caballos y de buenos coches, tambien yo iria á Versalles, pero á pie, con mis piernas de diez y ocho años, y que con ellas llegaria tan pronto como ellos con sus caballos y sus coches. Desgraciadamente me han abandonado mis fuerzas, ó mas bien la fatalidad se ha conjurado contra mí. Si no hubiera perdido mi dinero, habria podido comer, y si hubiese comido esta noche, habria podido alcanzar esta mañana á los caballos.

--Bravo! bravo! á mí me gustan los muchachos de valor! esclamó la dama, y os felicito por ello, amigo mio! Pero me parece que hay en esto una cosa que no sabeis.

--Cuál?

--Que el valor no dá que vivir en Versalles.

--Iré á Paris.

--Es que en cuanto á eso, Paris simpatiza mucho con Versalles.

—Si no se vive con el valor, se vive con el trabajo, señora.

—Bien contestado, hijo mio. ¿Pero con qué trabajo? Vuestras manos no son las de un artesano, ni las de un labrador.

—Estudiaré, señora.

—Me pareceis ya demasiado instruido.

--Sí, porque sé que no sé nada, respondiò sentenciosamente Gilberto recordando la sentencia de Sòcrates.

—¿Y podria sin ser indiscreta, preguntaros qué ciencia estudiaríais con preferencia, mi buen amigo?

—La mejor de las ciencias, señora, es la que permite al hombre ser el mas útil á sus semejantes. Es el hombre en sì tan poca cosa, que debe estudiar el secreto de su debilidad para conocer el de su fuerza. Deseo saber algun dia porqué mi estómago ha impedido á mis piernas llevarme esta mañana; y en una palabra, deseo saber tambien si esa misma debilidad de estómago es la que ha producido en mi cerebro esa cólera, esa fiebre, ese vértigo que me ha hecho caer en medio el camino cuan largo era.

—Ola! me parece que llegaréis á ser un médico escelente, y en verdad que ya hablais admirablemente de medicina. Dentro de diez años os prometo mi clientela.

--Procuraré merecer ese honor, señora, dijo Gilberto.

El postillon se detuvo. Habian llegado á la casa de postas sin haber visto carruaje ninguno.

Indagò la dama y supo que la delfina acababa de pasar hacia un cuarto de hora, y debia parar en Vitry, para mudar de tiro y almorzar.

El postillon mudó caballos.

La jóven dama le dejó salir del pueblo al paso

ordinario; pero cuando pasaron la última casa,

--Postillon, dijo, ¿podriais alcanzar los coches de la delfina?

--Sin duda.

--Antes que lleguen á Vitry?

--Diantre! y van al trote....

--Pero me parece que si nosotros vamos al galope....

El postillon la miró atentamente.

--Triples guias! dijo ella.

--Eso era bueno para haberlo dicho antes, contestò el postillon, y ya estariamos á un cuarto de legua de aquí.

--Mirad, un escudo de seis libras á buena cuenta: reparemos el tiempo perdido.

El postillon se inclinó hácia atrás, y la dama hácia adelante: juntaronse sus manos, y el escudo pasó de la de la viajera á la del postillon.

Recibieron los caballos su correspondiente látigazo, y el carruaje marchó rápido como el viento.

En la casa de postas Gilberto se habia apeado y lavado su rostro y manos en una fuente. Su rostro y sus manos habian ganado mucho, pues se habian alisado sus cabellos, que eran magníficos.

--Vaya! dijo para sí la dama, no es demasiado feo para médico futuro.

Y se sonrió mirando á Gilberto.

Gilberto entonces se habia ruborizado como si hubiese sabido lo que hacia sonreir á su compañera de viaje.

Terminado el diálogo con el postillon, la viajera se volvió á Gilberto, cuyas sentencias y paradojas la divertian mucho.

Solamente de vez en cuando se interrumpia, en medio de una carcajada provocada por alguna respuesta que trascendia á filosofismo á tiro de ballestas, para mirar el camino. Entonces, si su brazo habia tocado el rostro de Gilberto, si su rodilla redonda habia apretado el costado de su compañero, la hermosa viajera se recreaba en ver como enrojecian las mejillas del futuro médico, y como se desviaban modestamente sus humildes ojos.

Asi hicieron una legua poco menos; de repente la dama lanzó un grito de alegria, arrojándose sobre la banqueta delantera con tan poco recato, que esta vez cubriò á Gilberto con todo su cuerpo.

Acababa de descubrir los últimos carruajes de la escolta subiendo penosamente una gran cuesta, sobre la cual se veian hasta veinte coches de los que casi todos los viajeros se habian apeado.

Se desprendió Gilberto de los pliegues del vestido de grandes flores, deslizó su cabeza por debajo de un brazo de la dama, y se arrodillò á su vez sobre la banqueta delantera, buscando con ávidos ojos á la señorita de Taverney en medio de todos aquellos pigmeos que por la cuesta subian.

--Y bien, señora, dijo el postillon ¿qué hacemos ahora?

--Qué hacemos? pasar adelante de la comitiva.

--Imposible, señora; nadie puede pasar á la

--Por qué?

--Porque está prohibido. Cáspita! pasar los caballos del rey! me enviarian á presidio.

--Escucha, amigo mio: arréglate como puedas, pero es menester que los pasemos.

--¿Pues qué, no sois de la escolta? preguntó Gilberto, que hasta entonces habia tomado el carruaje de la dama por un coche de la comitiva que se habia atrasado, y que no habia visto en toda aquella diligencia sino un deseo de incorporarse á la escolta.

--Bueno es instruirse, contestó la jòven dama, pero malo es ser indiscreto.

--Perdonad, señora, contestò Gilberto ruborizado.

--Y bien! qué hacemos? preguntò la viajera al postillon.

--Marcharémos detrás hasta Vitry, y allí, si S. A. se detiene, pedirémos licencia para pasar adelante.

--Sì, pero se informarán de quien soy, y sabrán...., no, no, eso no vale nada; busquemos otro medio.

Señora, dijo Gilberto, si me permitiéseis os daria un consejo.

Dádmelo, amigo mio, y os prometo seguirlo si es bueno.

--Me parece que si tomáramos algun camino que diera la vuelta á Vitry, nos hallaríamos delante de la delfina sin haberla faltado al respeto.

--Dice bien este muchacho, esclamó la dama. Postillon, ¿no hay por esos alrededores ningun camino de travesia?

--Para ir adonde?

--Para ir á donde querais, con tal que dejemos atrás á la delfina.

--Ah! si tal, dijo el postillon, aquí á la derecha está el camino de Marolle; que dá la vuelta á Vitry, y vá á juntarse con el camino real en Lachaussée.

--Bravo! esclamó la jóven; eso es.

--Pero, señora, dijo el postillon, debeis saber que dando ese rodeo alargamos el camino.

--Os doy dos luises si llegais á Lachaussée antes que la delfina.

--Y no temeis que se rompa el carruaje?

--Nada temo. Si el carruaje se rompe continuaré mi camino á caballo.

Y el postillon dirigiendo el coche á la derecha, dejò la calzada, entrò en un camino de travesia y siguiò la orilla de un rio que va á perderse en el Marne, entre Chaussée y Mutigny.

Cumplió el conductor su palabra: hizo todo lo que era humanamente posible para romper el carruaje, pero tambien para llegar.

Veinte veces habia sido lanzado Gilberto sobre su compañera, quien otras tantas habia caido tambien en los brazos de Gilberto.

Este supo ser político sin ser molesto. Supo mandar á su boca que no se sonriera, cuando, sin embargo, sus ojos decian á la jóven que era muy hermosa.

La intimidad nace pronto en los calabozos y en la soledad; al cabo de dos horas de camino de travesía, parecia Gilberto conocer á su compañera hacia ya diez años, y por su parte la jóven hubiera jurado que conocia á Gilberto desde su nacimiento.

Sobre las once salieron al camino real que vá desde Vitry hasta Chalons: un correo á quien preguntaron anunció que no solamente almorzaba la delfina en Vitry, sino que tan cansada se hallaba que dos horas se detendria allí.

El correo añadiò que iba á la casa de postas inmediata para avisar que estubiese todo dispuesto para las tres ò cuatro de la tarde.

El gozo brilló en los ojos de la viajera al saber esta noticia.

Dió al postillon los dos escudos prometidos, y volviéndose hácia Gilberto,

--Ah! pardiez! dijo, tambien vamos nosotros á comer en la primera casa de postas.

Estaba sin embargo escrito que Gilberto tampoco comeria allí.

XXI.

Entra en escena un nuevo personaje.

Veíase el pueblo de Lachaussée donde habian de mudar tiro, en la cima misma de la cuesta que iba á subir la silla de posta.

En aquel entonces componia este pueblo un monton de casas cubiertas de paja, segun el capricho de los habitantes, situadas en medio del camino, y en el ángulo de una selva, cerca de una fuente y siguiendo la pendiente del riachuelo de que hemos hablado, sobre el cual habia colocados puentes ó tablas delante de cada casa.

La única cosa notable que el pueblo aquel ofrecia en tal momento era un hombre que, de pié en me-

dio del camino como si hubiera recibido alguna consigna de un poder superior, pasaba su tiempo tan pronto en escudriñar el camino real, como en contemplar un hermoso caballo tordo de largas crines que, atado á la puerta de una cabaña, conmovia las tablas con sus cabezadas, revelando una impaciencia que disculpaba la silla que llevaba sobre los lomos, la cual anunciaba que esperaba á su dueño.

De vez en cuando, el estranjero, como hemos dicho, despues de esplorar inútilmente el camino, se aproximaba al caballo y lo examinaba á guisa de perito, atreviéndose á pasar una mano sobre sus carnosas ancas, ó pellizcarle sus delgadas piernas. En seguida, cuando habia evitado la coz que á cada tentativa de este género sacudia el impaciente animal volvia á su observatorio y examinaba el camino, que continuaba siempre solitario.

Por fin, viendo que nadie llegaba acercóse á la casa y llamó.

—Quién llama? preguntó una voz de hombre, y abrió la puerta.

—Buen hombre, dijo el estranjero, si vuestro caballo está de venta teneis comprador.

—No está de venta, dijo cerrando la puerta que habia abierto un campesino.

Esta respuesta no debió satisfacer al estranjero que llamó por segunda vez.

Era el sugeto de que hablamos un hombre de unos cuarenta años, alto, robusto y colorado, que llevaba el sombrero ladeado á la moda de los oficia-

les de provincia que quieren asustar á los parisi enses.

Llamó tres veces. En seguida añadió con un acento que revelaba la mayor impaciencia.

--Muy poco político sois, buen hombre, dijo, y os prevengo por lo mismo que si no abris vuestra puerta voy á derribarla ahora mismo!

A esta amenaza volvió á abrirse la puerta y apareció el mismo semblante.

--Pero no os he dicho ya que el caballo no está de venta? respondió por segunda vez el campesino, que diablos! debe bastaros el saber esto.

--Y cuando os digo que necesito un caballo corredor....!

--Si necesitais un caballo corredor, id á tomar uno en la casa de postas. Allí hay hasta sesenta de las caballerizas de S. M. y podreis escojer. Pero dejad su caballo á la persona que no tiene mas que uno.

--Pues os repito que este es el que yo quiero.

--No puede ser; es un caballo árabe.

--Precisamente por eso quiero comprarlo.

--No dudo que tendréis deseos de comprarlo; pero desgraciadamente no está de venta.

--Pero ¿á quien pertenece?

--Sois muy curioso.

--Y tú muy discreto.

--Pues bien; pertenece á una persona que se halla hospedada en mi casa, y que quiere á ese animal como querria á un hijo.

--Quiero hablar á esa persona.

--Está durmiendo.

--Es hombre ó mujer?

--Mujer.

--Pues bien, dí á esa mujer que si necesita quinientos doblones estoy pronto á dárselos por este caballo.

--Oh! oh! esclamó el labriego abriendo unos ojos tamaños como uños, quinientos doblones! es dinero!

--Añade, si quieres, que es el rey quien desea poseer este caballo.

--El rey?

--En persona.

--Vamos, os chanceais, ¿vos no sois el rey, verdad?

--Pero lo represento.

--Representais al rey? dijo el campesino quitandose el sombrero.

--Vé pronto, amigo mio, el rey tiene prisa.

Y el hércules dirijió hácia el camino una mirada escudriñadora.

--Cuando la señorita despierte, dijo el campesino se lo diré.

Es que me falta tiempo para esperar que ella despierte:

--Y qué hacemos entonces!

--Pardiez! despiértala.

--Oh! jamás.

--Pues bien, voy á despertarla yo mismo. Aguarda, aguarda.

Y el personaje que pretendia representar á S. M. avanzò para llamar á la ventana superior con un gran látigo con puño de plata que tenia en la mano.

Pero el látigo, ya levantado, se bajó sin haber tocado siquiera á la ventana, porque al mismo tiempo vió su dueño una silla de posta que llegaba al grande pero último trote por tres fatigados caballos.

--Desde luego el estranjero conoció el coche y se lanzó á su encuentro con una carrera que hubiera hecho honor al caballo árabe cuya posesion ambicionaba.

--Este coche era la silla de posta que conducia á la viajera ángel de la guarda de Gilberto.

Al ver el postillon aquel hombre que le hacia señas, y dudando por otra parte que pudiesen llegar sus caballos hasta la casa de postas, se alegrò de hacer aquella parada.

--Chon! mi buena Chon! gritó el estranjero; ¿eres tú? buenos dias, buenos dias.

--Yo misma, Juan, contestó la viajera interpretada con aquel singular nombre ¿Y que haces aqui?

--Vaya una pregunta! te esperaba.

Y el hércules saltó sobre el estribo, y por la ventanilla de la portezuela estrechó á la jóven entre sus brazos no dejando de imprimir repetidos besos en sus frescas mejillas.

De repente reparó en Gilberto, el cual no conociendo ninguna de las relaciones que pudieran existir entre los dos nuevos personajes que acabamos de

poner en escena, presentaba una cara ceñuda, muy parecida á la de un perro á quien le quitan un hueso.

--Calla, dijo, que es lo que ahí traeis?

--Un pequeño filósofo de los mas divertidos, respondió la señorita Chon poco cuidadosa de ofender ó lisonjear á su protejido.

--Y donde le has hallado?

--En el camino. Pero no es eso de lo que se trata.

--Es verdad, respondiò el llamado Juan. Y bien ¡nuestra vieja condesa de Bearn!...

—Es cosa hecha.

—Cómo! es cosa hecha?

—Sí, vendrá.

—Vendra?

—Sí, sí, sí, dijo la señorita Chon con la cabeza.

Los personajes de esta escena continuaban uno en el estribo y otro en el interior del coche.

—Qué le has dicho? preguntó Juan.

—Que era la hija de su abogado, el señor Flageot, que iba á pasar por Verdum, y que tenia el encargo de anunciarle de parte de mi padre que ya estaba anotado en el registro su proceso.

—Es eso todo lo que digiste?

—Sin duda. Solo añadí que era indispensable su presencia en París.

—Qué dijo entonces?

—Abriò sus ojos, tomò un polvo de rapé, dijo que Flageot era el primer hombre del mundo y dió las órdenes necesarias para su partida.

—Magnifico! Te nombro mi embajador estraordinario. Ahora almorcemos.

—Sí, sí, porque este pobre muchacho se muere de hambre; pero démonos mucha prisa.

—Vaya, y por qué?

—Porque van á llegar.

—La vieja litigante? bah! mientras que la precedamos dos horas, el tiempo necesario para hablar al señor de Mampeu.

--No es la vieja es la delfina.

--Bah! la delfina debe estar todavia en Nancy.

--Está en Vitry.

--A tres leguas de aquì?

--Ni mas, ni menos.

--Diablo! ¡Eso es ya otra cosa! Vamos, postillon, vamos.

--A dònde, señor?

--A la casa de postas.

--Subís ó bajais?

Me quedo donde estoy. Andad.

El carruaje partiò llevando en su estribo al viajero; cinco minutos despues paraba delante de la casa de postas.

—Pronto, pronto, dijo Chon, chuletas, un pollo, huevos, una botella de vino de Borgoña, cualquier cosa; tenemos que partir al instante.

—Perdonad, señora dijo el maestro de postas, avanzando hácia el umbral de la puerta; si teneis que marcharos al momento, será con vuestros caballos.

—Como! con nuestros caballos? dijo Juan saltando del estribo.

—Sì, sin duda, ò con los que os han traido.

—Es imposible, dijo el postillon; han doblado la jornada; mirad en que estado se hallan estos pobres animales.

—Oh! es verdad! dijo Chon, es imposible que puedan ir mas adelante

—Pero quién os impide que me deis unos caballos?

—Me lo impide el no tenerlos.

—Pues, debeis tenerlo.... hay un reglamento; ¡qué diablo!

—Señor, el reglamento me obliga á tener quince caballos en mis cuadras.

—Y bien?

—Y bien! yo tengo diez y ocho.

—Eso es mas de lo que pido, puesto que no necesito mas que tres.

—Sin duda, pero están fuera.

—Todos diez y ocho?

--Todos diez y ocho.

--Veinte y cinco rayos! esclamó el viajero.

--Vizconde! vizconde! dijo la jòven.

--Sì, sí. Chon, dijo el vizconde, no tengas cuidado, me moderaré. ¿Y cuando volverán tus caballos? continuò el vizconde dirigiéndose al maestro de posta.

--Qué sé yo? eso depende de los postillones: acaso dentro de una hora y acaso dentro de dos.

--¿Sabeis, dijo el vizconde Juan hundiendo su sombrero sobre la oreja izquierda y poniéndose en jarras, sabeis ó no sabeis que yo jamás me burlo?

--Mejor quisiera que os chancearais, señor.

--Ea, que enganchen, y que sea pronto, dijo Juan, ó me enfado.

--Venid á la cuadra conmigo, señor, y si hallais un solo caballo, os lo regalo.

--Bribon! ¿y si encuentro sesenta?

--Será lo mismo que si no encontraseis ninguno: puesto que esos sesenta caballos pertenecen á S. M.

--Y qué importa?

--Que los caballos de S. M. no se alquilan.

--Entonces, para qué están aquí?

--Para el servicio de la señora delfina.

--Como! ¿sesenta caballos en el pesebre y ninguno para mí?

--Pero ya conoceréis...

--Yo no conozco otra cosa sino que tengo prisa.

--Lo siento.

--Y como la delfina no estará aquí hasta la noche.... continuò el vizconde sin inquietarse por la interrupcion del maestro de postas.

--Qué decís? dijo este lleno de asombro.

--Digo que los caballos estarán aquí de vuelta antes que llegue la delfina.

--Señor, esclamó el pobre hombre, ¿acaso tendriais el atrevimiento...?

--Diablo! dijo el vizconde entrando en la caballeriza, queréis incomodarme?

--Pero, señor....

--Tres solamente. Yo no pido ocho caballos como SS. AA. RR., aunque tengo derecho para ello... á lo menos por alianza; tres me bastarán.

--Pues no tendréis ni uno solo, esclamó el dueño de la posta, lanzándose entre los caballos y el estranjero.

--Bribon! dijo el vizconde palideciendo de cólera, sabeis quien soy?

--Vizconde! gritó la voz de Chon.

--Chon, dices bien.

Y transcurrídos unos breves instantes esclamó:

--Ea, escasear palabras y vamos al grano.

--Volviéndose entonces hácia el huésped con el aire mas encantador del mundo.

--Mi querido amigo, dijo, voy á poner vuestra responsabilidad á cubierto:

--Y de qué modo? preguntó el huésped poco tranquilo todavía á pesar del rostro amable de su interlocutor.

--Me serviré á mí mismo. He aquí tres caballos de igual alzada: los tomo.

--Qué decís? los tomais?

--Sí.

--Llamais á esto poner mi responsabilidad á cubierto?

Sin duda, porque no me los habeis dado, sino que yo los he cojido.

--Os digo que es imposible.

--Ea, donde se ponen los arreos aquí?

--Que nadie se mueva! gritó el maestro de postas á dos ò tres mozos de mulas que vagaban por el patio y por la caballeriza.

—Ah, picaros!

--Juan! mi querido Juan! gritò Chon, que estando abierta la puerta veia y oia todo lo que pasaba. ¡Por Dios, modérate, amigo mio! cuando uno tiene una mision que desempeñar debe revestirse de paciencia.

--A todo me resigno menos á esperar, dijo Juan con serenidad, y como perderia mucho tiempo si esperara á que esos bribones me ayudasen, quiero enganchar yo mismo el tiro.

Y en efecto, uniendo los hechos á las palabras, descolgó sucesivamente de la pared tres arreos que depositò sobre el lomo de los tres caballos.

--Por piedad, Juan! gritó Chon, por piedad!

--Quieres llegar ó nó? dijo el vizconde rechinando los dientes.

--¡Quiero llegar, ya se vé que sí; ¡como que está todo perdido si no llegamos.

--Pues entonces dejame hacer lo que debo!

Y el vizconde, separando de los otros caballos los tres que habia escojido, y que no eran los peores, marchó hácia el coche guiándolos por medio de las riendas.

--Mirad lo que haceis, caballero, gritó el maestro de postas siguiendo á Juan: el robo de estos caballos es un crímen de lesa-majestad.

--Yo no los robo, imbécil, los tomo prestados, y nada mas.

El maestro de postas se lanzó sobre los caballos, pero antes que los hubiese tocado, el viajero lo habia rechazado bruscamente.

—Hermano mio! hermano! esclamó la señorita Chon.

—Ah! es su hermano, murmurò Gilberto respirando mas libremente en el fondo de su carruaje.

Abrióso en aquel instante una ventana precisamente en frente de la quinta, del otro lado de la calle, y apareciò un hermoso é interesante rostro de mujer asustada por el ruido que oia.

--Ah! sois vos, señora, dijo Juan mudando de conversacion.

--Cómo! yo; dijo la jòven en mal francés.

--Me alegro de que hayais despertado. ¿Quereis venderme vuestro caballo?

--Mi caballo?

--Sí, el caballo tordo, el árabe que está atado á la puerta. Ya os habran dicho, supongo, que doy por él quinientos doblones.

--Mi caballo no se vende, señor: dijo la jóven cerrando la ventana.

--Ea, está visto que hoy todo se conjura contra mí, dijo Juan, pues no quieren venderme ni alquilarme un caballo. Diablo! cojeré á la fuerza el caballo árabe si no me lo venden, y rebentaré á los mecklemburgueses si no me los alquilan. Vén acá, Patricio.

El lacayo del viajero dió un brinco desde el pescante al suelo.

--Engancha, dijo Juan al lacayo.

--A mí, muchachos! Socorro! gritó el huésped.

Acudieron á sus voces dos criados.

--Juan! vizconde! gritaba Chon agitándose dentro del coche y haciendo inútiles esfuerzos para abrirlo; estás loco? tú sin duda quieres que nos hagan trizas á todos!

—Hacernos trizas! ¿y quién es el guapo que ni siquiera se atreverá á tocarnos el pelo de la ropa? Somos tres contra tres. Ea, jóven filòsofo, gritó Juan con todos sus pulmones á Gilberto que no se meneaba siquiera, pues tan grande era su asombro. Ea, á tierra, á tierra! y á ver si nos lucimos, si sois bueno para algo, ya sea á palos, á pedradas ò á puñetazos! Apeaos, ¡qué demonio! pareceis un santo de yeso.

Con mirada inquieta y suplicante á la vez interrogó Gilberto á su protectora, y esta le retuvo por el brazo.

El maestro de postas se desgañitaba en gritar, tirando hácia su lado á los caballos, que Juan tiraba hácia el otro.

En fin, la lucha debia tener un término. El vizconde Juan, rendido, jadeante, y desesperado, descargò sobre el defensor de los caballos tan fuerte puñetazo, que fué á caer en una charça en medio de una multitud de asustados ánades.

—Socorro! gritó; al asesino! al asesino!

Entretanto el vizconde, que parecia conocer el valor del tiempo, se apresuraba á enganchar.

—Socorro! en nombre del rey! continuó gritan-

do el huésped tratando de que se le unieran los dos azorados sirvientes.

—¿Quién reclama socorro en nombre del rey? esclamó de repente un hombre á caballo que se arrojó al galope en el patio de la casa de postas, y detuvo á su fogoso animal, mojado de sudor y espuma, delante de los actores de la escena.

—El señor Felipe de Taverney! murmuró Gilberto acurrucándose mas en el fondo del coche.

Chon, que no perdia nada, oyó el nombre del caballero nuevamente aparecido.

XXII.

El Vizconde Juan.

Felipe de Taverney, pues que era el mismo, saltò de su caballo al ver aquella estraña escena que comenzaba á reunir alrededor de la casa de postas á todas las mujeres y muchachos del pueblo de Lachaussée.

Al ver el maestro de postas á Felipe, fué á arrojarse, por decirlo así, á los piés de aquel protector inesperado que la providencia le enviaba.

—Señor oficial, gritó, ¿sabéis lo que pasa?

—No, contestó friamente Felipe; pero vais á decirmelo, amigo mio.

—Pues bien, quieren apoderarse á viva fuerza

de los caballos de S. A. R. la señora delfina.

Felipe aplicó el oìdo, como hombre á quien se anuncia una cosa increible.

—¿Y quién es el que apoderarse intenta de los caballos? preguntó.

—Este caballero, dijo el maestro de postas señalando con el dedo al vizconde Juan.

—¿Este caballero? repitió Felipe.

—Sì, señor, yo mismo, dijo el vizconde.

—Os equivocais, dijo Felipe encojiéndose de hombros, os equivocais, y en caso de no equivocaros ó ese caballero está loco, ó no es hidalgo.

—En ambas cosas os engañais, señor oficial, dijo el vizconde.

—Pues entonces, ¿còmo os atreveis á poner la mano sobre los caballos de la delfina?

—En primer lugar, aquí hay sesenta caballos, y S. A. R. no puede emplear mas que ocho; y seria ciertamente una desgracia, que tomando yo tres á la casualidad, cojiera precisamente los de la delfina.

—Es muy cierto que hay sesenta caballos, dijo Taverney; no deja tambien de ser cierto que S. A. R. solo emplea ocho, pero ninguna de esas dos cosas impide que todos esos caballos, desde el primero hasta el último, sean de S. A. R., y no podeis admitir distincion en lo que compone el servicio de la princesa.

—Ya veis, sin embargo, que se admite, contestó con ironìa, puesto que cojo estos arreos. ¿Será preciso que yo vaya á pié cuando pícaros de lacayos corren con cuatro caballos? Diablo! que hagan lo que yo, que

se contenten con tres, y les quedarán todavia de repuesto.

—Si esos lacayos van con cuatro caballos, señor mio, dijo Felipe estendiendo el brazo hácia el vizconde como para indicarle que no debia empeñarse en el camino que habia tomado, es porque una órden de S. M. les manda que vayan asi. Haced, pues, el favor de mandar á vuestro ayuda de cámara que vuelva á conducir los caballos al sitio mismo de donde los habeis sacado.

Fueron pronunciadas estas palabras con tanta firmeza como política, y á no ser un miserable, se debia contestar á ella políticamente.

—Acaso tendriais razon, mi querido oficial, en hablar así, contestó el vizconde, si entrase en vuestra consigna cuidar de estos animales; pero no sé todavía que los guardias del delfin hayan ascendido al grado de palafreneros; cerrad, pues, los ojos y decid á vuestra gente que haga lo mismo, y buen viage.

—Estais en un error, caballero, sin ascender ò descender al grado de palafranero, lo que yo hago en este momento pertenece á mis atribuciones, pues la misma delfina me envia delante para que cuide de que estén dispuestos los tiros.

—Entonces ya es diferente, respondiò Juan; pero permitidme que os diga que desempeñais un oficio bien triste, y si de ese modo principia la jóven dama á tratar al ejército....

—¿De quién estais hablando en esos términos? interrumpió Felipe.

—Pardiez! de la austriaca.

Taverney palideció.

—Os atreveis á decir, caballero!... esclamò.

—No solo me atrevo á decir, sino á hacer, continuó Juan. Vamos, Patricio: enganchemos pronto porque tengo mucha prisa.

Felipe cogió al primer caballo por la brida.

—Caballero, dijo Felipe de Taverney con voz tranquila, ¿me haréis el favor de decirme quién sois?

—¿Teneis empeño en saberlo?

—Sí.

—Pues bien, soy el vizconde Juan Dubarry.

—Cómo! sois hermano de la...

—Que hará que os pudrais en la Bastilla si añadis una sola palabra.

Y el vizconde se dirigió y subió al coche.

Felipe se aproximó á la portezuela.

—Señor vizconde Juan Dubarry, dijo, vais á hacerme el honor de bajar, ¿no es verdad?

—Siento no poder complaceros, dijo el vizconde, tratando de cerrar la portezuela.

—Si vacilais un segundo, caballero, replicó Felipe, impidiendo con su mano izquierda que se cerrase la portezuela, os doy mi palabra de honor de atravesaros con mi espada.

Y con la mano derecha que habia quedado libre desenvainó su tizona.

—Ah! no por Dios! esclamó Chon, eso es un asesinato. Renunciad á esos caballos, Juan, renunciad.

—Ola! me amenazais, replicò el vizconde montado en cólera y tomando su espada que estaba sobre la banqueta delantera del coche.

—Y el hecho seguirá á la amenaza si tardais un minuto, uno solo, lo entendeis? dijo el jóven haciendo silbar su espada.

—Si no tratais de ganar á este oficial con la dulzura y la prudencia, dijo Chon al oido de Juan, jamás llegaremos á marchar de aquí.

—No hay dulzura ni violencia que me detenga en el cumplimiento de mi deber, dijo Felipe inclinándose con política, pues habia oido el encargo que la jóven dama hacia al vizconde; aconsejad esa misma obediencia á este caballero, ó en nombre del rey, á quien represento, me veré obligado á matarle si consiente en batirse, á ponerle preso si se niega.

—Y yo os digo que marcharé á pesar vuestro, replicó el vizconde saltando fuera del coche y desenvainando al mismo tiempo su espada.

—Allá lo verémos, dijo Felipe poniéndose en guardia.

—Mi teniente, dijo el alferez que mandaba á las inmediatas òrdenes de Felipe seis hombres de la escolta, mi teniente es menester....

—Nadie se mueva por que este es un asunto personal; vamos, señor vizconde, estoy á vuestras órdenes,

--Chon lanzaba gritos agudos, y Gilberto hubiera querido que el coche fuera tan profundo como un pozo á fin de ocultarse mejor.

Juan comenzó el ataque; su habilidad era rara en ese ejercicio de las armas que exije mas cálculo que destreza fisica, pero la còlera le robaba visiblemente parte de las fuerzas. Felipe, por el contrario, parecia manejar su espada como un florete y ejercitarse en una sala de armas.

El vizconde cortaba, avanzaba, saltaba á derecha y á izquierda y gritaba dando tajos á guisa de maestro de esgrima.

Felipe, por el contrario, apretando los dientes, con sus ojos dilatados, firme é inmóvil como una estátua veia y adivinábalo todo.

Duranto dos ó tres minutos fué sostenido el combate sin que nada produjesen los mandobles, los gritos y las retiradas de Juan; pero tambien sin que Felipe, quien sin duda estudiaba el juego de su adversario, lograse hasta entonces tocarle una sola vez.

De repente el vizconde Juan dió un salto hácia atrás lanzando un grito

Al mismo tiempo la vuelta de su manga se tiñó de sangre, y algunas gotas se deslizaron á lo largo de sus dedos.

Acababa Felipe de atravesar el antebrazo de su adversario.

—Estais herido? preguntó.

—Lo siento, voto á cribas! grito Juan poniéndose pálido y dejando caer su espada.

Felipe la levantó del suelo y se la entregó.

—Ea, amigo mio, escarmentad y no volvais á hacer semejantes locuras.

--Diablo! si las hago, tambien las pago, respondió el vizconde. Ven pronto, mi pobre Chon, ven, añadiò dirijiéndose á su hermana, que acababa de apearse del carruaje y corria á socorrerle.

--Me haréis la justicia de confesar, señora, dijo Felipe, que yo no tengo la culpa; y siento en el alma haberme visto en la necesidad de sacar la espada delante de una mujer.

Y saludando se retiró.

--Recoged esos caballos, amigo mio, y llevadlos á su sitio, dijo Felipe al maestro de postas.

Juan mostró el puño á Felipe, y este se encogió de hombros.

--Ah! esclamó el maestro de postas, precisamente vuelven ya tres caballos, miradlos. Courtin, Courtin! enganchadlos al punto á la silla de este caballero.

--Pero, nuestro amo... dijo el postillon.

--No hay que replicarme, dijo el huesped, el señor tiene prisa.

--No os aflijais, señor, gritaba el maestro de postas; mirad tres caballos que llegan.

--Bueno, contestò Dubarry, no es decir que no me alegre, pero mejor hubieran hecho en llegar media hora antes.

Y golpeando el suelo con el pié miraba su brazo atravesado de parte á parte, que Chon, fajaba con su pañuelo.

Entre tanto habia vuelto á montar Felipe en su caballo, y daba sus òrdenes como si nada hubiese sucedido.

—Partamos, partamos, dijo Chon arrastrando á Dubarry hácia la silla.

Y mi árabe? dijo. Vayase al diablo; está visto que este es un dia de desgracia para mí.

Y entró en el coche.

--Por cierto que solo me faltaba esto, dijo viendo á Gilberto; ahora no podré estender mis piernas.

--Señor, dijo el jóven, sentiria molestaros.

--Vamos, vamos, Juan, dijo Chon déjame á mi pequeño filósofo.

--Que monte en el pescante, pardiez!

Gilberto se ruborizó.

--Yo no soy un lacayo para montar en el pescante, respondió.

--Ola! esclamó Juan.

--Dejadme bajar.

--Bajad con mil diablos, gritó Dubarry.

--No, no; poneos en frente de mí, dijo Chon deteniendo al jóven por el brazo; de esta manera no incomodaréis á mi hermano.

E inclinándose al oido del vizconde añadió:

--Conoce al hombre que acaba de herirte.

Un rayo de alegría brillò en los ojos del vizconde.

--Muy bien: en este caso que se quede. Cómo se llama ese oficial?

--Felipe de Taverney.

En aquel momento pasaba este cerca del coche.

--Ola! amigo mio, gritó Juan; ahora estais muy

orgulloso; pero á cada uno le llega su San Martin.

--Lo verémos cuando gusteis, contestó Felipe impasible.

--Sí, sí, lo veremos, señor Felipe de Taverney, gritò Juan tratando de sorprender el efecto que su nombre, lanzado así inopidamente haria en el jóven oficial.

Felipe en efecto levantó la cabeza con viva sorpresa, en la cual entró un lijero sentimiento de inquietud; pero recobrándose al punto y quitándose el sombrero con la mayor gracia del mundo, dijo:

--Buen viaje, señor Dubarry.

El coche partiò con rapidez.

--Voto á sanes! esclamó el vizconde haciendo un gesto, ¿sabes que estoy sufriendo horriblemente, mi querida Chon?

--En la primera posada que hallarémos, dijo Chon, pedirémos un médico miéntras este muchacho almuerza.

--Ah! es verdad, dijo Juan, todavìa no hemos almorzado. Por lo que toca á mì, el dolor hace que me olvide del hambre, solo tengo sed.

--Quieres beber un vaso de agua de la Costa?

--Sí, dámelo.

--Señor, dijo Gilberto, me atreveria á haceros una observacion.

--Hacedla.

--Los licores son un veneno en la situacion en que os hallais.

--Ah! de veras?

Y volviéndose á Chon preguntó:

--Es médico tu filósofo?

--No, señor, no soy médico, aunque, si Dios lo quiere, lo seré algun dia, respondió Gilberto: pero he leido en un tratado, para el uso de los militares, que la primera prohibicion que se debe hacer á un herido es el uso de los licores, vino y café.

--Ola! habeis leido eso? Pues entonces obedezco y callo.

--Si quisierais darme vuestro pañuelo iria á mojarlo en aquella fuente, envolveria despues en él vuestro brazo y setiririais algun alivio.

--Sí, si, haced ese favor, amigo mio, dijo Chon; postillon, parad.

--El postillon paró, y Gilberto fué á mojar el pañuelo del vizconde en un arroyuelo.

--Ese muchacho, dijo Dubarry, nos vá á estorbar mucho para hablar.

-Hablarámos en patués, respondió Chon.

--Tentaciones me vienen de gritar al postillon que eche á correr y dejarle alli con mi pañuelo.

--Hariais mal, porque puede sernos muy útil.

--En qué?

--Me ha dado noticias de la mayor importancia.

--Acerca de quién?

--Acerca de la delfina, y como has visto ahora mismo nos ha dicho el nombre de tu adversario.

--Pues bien que se quede.

En este momento volvia Gilberto con su pañuelo empapado en agua fria.

La aplicacion del lienzo alrededor del brazo del vizconde le hizo mucho provecho, como habia previsto Gilberto.

--Tenias razon pardiez; me siento mejor, dijo el vizconde, hablemos.

Gilberto cerró los ojos y abrió los oidos, pero fué engañado en su esperanza. Chon contestó á la invitacion de su hermano en ese dialecto brillante y viva desesperacion de los oidos parisienses que no distinguen en el patués provenzal mas que un zumbido de consonantes ásperos mezclados con vocales armónicas.

Por mas dueño que fuese Gilberto de sí mismo hizo un movimiento de despecho que no dejó de reparar Chon, y para consolarle le dirigió una graciosa sonrisa.

Esta sonrisa hizo comprender á Gilberto una cosa, á saber: que se le guardaban consideraciones, á él gusano de la tierra; y en aquel momento no se consideró de menos valor que un vizconde honrado con las bondades del rey.

Si Andrea le viese en aquel coche!

Gilberto se embriagó de orgullo á esta idea; es preciso decir tambien que por lo qne toca á Nicolasa ni siquiera pensò en ella.

Los dos hermanos comenzaron á emprender su conversacion en patués.

--Calle! esclamó de repente el vizconde asomando la cabeza por la portezuela y mirando hácia atrás.

--Qué? preguntó Chon.

El caballo árabe que nos sigue.

--Qué caballo árabe?

--El que he querido comprar.

—Toma, toma! dijo Chon y lo monta una mujer. Oh! qué hermosa criatura!

—¿De quién hablais, de la mujer ó del caballo?

—De la mujer.

—Llámala, Chon; acaso tenga menos miedo de tí que de mí... Daria mil doblones por ese caballo.

—Y por la mujer? preguntó Chon riendo.

—Me arruinaria por ella; llámala, llámala.

—Señora! señora! gritó Chon; pero la jóven dama, de grandes ojos negros, envuelta en un manto blanco y cubierta su cabeza con un sombrerito del mismo color, de airoso y ondulante plumaje, pasò como una flecha por la orilla del camino gritando.

—¡*Avanti*, *Djerit*, *avanti*!

—Es una italiana, dijo el vizconde; cáspita con ella, si no padeciera me apearia del coche y correria hasta alcanzarla y conocerla.

—Ya la conozco yo, dijo Gilberto.

—Diablo! este muchacho es el almanaque de la provincia, y conoce á todo el mundo.

—Còmo se llama? preguntò Chon.

—Lorenza.

—Y quién es?

—La mujer del hechicero.

--De qué hechicero?

--Del baron José Bálsamo.

Trocaron los dos hermanos una mirada, y un

breve espacio permanecieron fijos los ojos del uno en los de la otra.

La hermana parecia decir.

--He hecho bien en guardarlo?

El hermano parecia contestar.

--Sí, voto á cribas!

XXIII.

La condesa Dubarry.

BIEN nos permitiran nuestros lectores que, abandonando á la señorita Chon y al vizconde Juan en el camino de Chalons, les franqueemos la entrada en la casa de otra persona de la misma familia.

Los aposentos que en Versalles ocupara Adelaida, la hija de Luis XV, habian sido destinados por este monarca para la condesa Dubarry, su querida, un año despues, poco mas ò menos, no sin observar muy de antemano el efecto que este golpe de Estado produciria en la corte.

Con sus desenvueltos modales, su bullicioso carácter y sus turbulentos caprichos, habia la favorita

transformado la silenciosa mansion de los Reyes en un ruidoso mundo de placeres, cuyos habitantes tenian por santo y seña el moverse mucho, el estar muy alegres y el hacer mucho ruido.

Desde aquella habitacion, muy estrecha y limitada sin duda, si se atiende al poder de la que la ocupaba, partia á cada instante la òrden de una fiesta ó la señal de un sarao.

Pero lo que ciertamente parecia mas estraño en las magnìficas escaleras de aquella parte del palacio era la increible afluencia de personas que desde por la mañana, es decir, á eso de las nueve, subian adornadas y brillantes para instalarse humildemente en una antecámara llena de curiosidades menos curiosas que el ìdolo que los elejidos estaban llamdos á arar en el santuario.

Al dia siguiente al en que pasaba en la casa de postas del pueblo de Lachaussée la escena que hemos ya descrito, sobre la nueve de la mañana, es decir, á la hora consagrada, Juana de Vaubernier, envuelta en un peinador de muselina bordada que dejaba adivinar bajo el riquìsimo encaje sus piernas torneadas y sus brazos de alabastro, Juana de Vaubernier, despues señorita de Lange, y por último condesa Dubarry, por la gracia de Dios y de Juan Dubarry, su antiguo protector, salia del lecho, no dirèmos semejante á Venus, pero indudablemente mas hermosa que Venus para todo el que prefiere la verdad á la ficcion.

Unos cabellos de un castaño oscuro, desprendiéndose en airosas espirales; un cútis de raso blan-

co y tan transparente, que ponia de manifiesto unas bellìsimas venas azules; unos ojos tan pronto lánguidos como vivos; una boca pequeña, sonrosada, dibujada á pincel con el mas puro carmin y que no se abria sino para dejar ver una doble fila de perlas; hoyuelos en todas partes, en las mejillas, en la barba y en los dedos; una garganta amoldada sobre la de Venus de Milo; una flexibilidad de culebra, hé aquì los encantos que la condesa Dubarry se disponia á dejar ver á los elegidos de su pequeña corte; hé aquí los encantos que S. M. Luis XV, el elegido de la noche, no dejaba, sin embargo, de venir á contemplar por las mañanas como los demas, aprovechándose de aquel proverbio que aconseja á los viejos que no dejen perder las migajas que caen de la mesa de la vida.

Mucho tiempo hacia ya que la favorita no dormia. A cosa de las ocho habia llamado para que permitiesen á la luz del dia, su primer cortesano, entrar en su cuarto; poco á poco, al través de espesas cortinas primero, y despues al través de otras menos opacas, habia sido introducido el sol, que radiante aquel dia y acordándose de sus buenas conquista mitológicas, habia venido á acariciar á aquella hermosa ninfa, que en vez de huir como Dafne el amor de los dioses, se humanizaba hasta el punto de sobrepujar muchas veces al amor de los mortales. No habia pues ya ni hinchazon ni perplejidad en los ojos brillantes como carbunclos que consultaban sonriendo con un espejito de mano incrustado de oro á piedras preciosas.

El flexible cuerpo de aquella deidad, de la cual hemos dado una idea, aunque imperfecta, se habia poco á poco deslizado del lecho en que reposaba, arrullado por los mas poéticos ensueños, hasta la alfombra de armiño donde dos lindos piés, que hubieran hecho honor á Cendvillon, habian hallado dos manos que tenian dos chinelas, de las que una sola hubiera podido enriquecer á un leñador del bosque natal de Juana, si este leñador la hubiese encontrado por casualidad.

En tanto que la seductora estátua se erguia, animándose poco á poco, le echaban sobre los hombros una riquisima manteleta de encajes de Malines; en seguida pasaban á sus menudos piés, emancipados por un momento de sus chapines, medias de seda color de rosa de un tejido tan fino, que nadie hubiera sabido distinguirlas de la piel que acababan de cubrir.

—¿Hay nueva alguna de Chon? fué lo primero que preguntó á su camarista.

--No, no señora; respondió esta.

--¿Ni del vizconde Juan?

--Tampoco.

--¿Se sabe si Rischi las ha recibido?

--Esta mañana se ha enviado á preguntar en casa de vuestra hermana.

--¿Y no hay cartas?

--No, señora.

--Ah! qué incómodo y pesado es esperar de ese modo! dijo la condesa con un gesto encantador

¿por qué no se ha de inventar un sistema de correspondencia por medio del cual se recibieran en un instante las cartas dirijidas desde cien leguas de distancia? Ah! por Dios que les tengo lástima á los que hoy caigan en mi mano! ¿Hay mucha gente en la antecámara?

--¿Y sois vos quién hace esa pregunta?

--Caspita! La delfina se acerca, y nada estraño seria que me abandonasen por ese sol, pues yo no soy mas que una pobre estrella. ¿Quiénes han venido? Sepamos.

—El señor de Aiguillon, el príncipe de Subisa, el señor de Sartines y el presidente de Maupeon.

—¿Y el duque de Richelieu?

—No ha parecido todavía.

—Ni hoy, ni ayer! Que te estaba yo diciendo Dorotea? Teme comprometerse. Enviarás mi correo al palacio de Hannover á saber si el duque está enfermo.

—Está bien. Decidme, señora, ¿pensais recibir á todos á la vez, ò dar audiencia particular?

—Pienso dar audiencia particular. Necesito hablar al señor de Sartines; haz que entre solo.

Apenas la camarista trasmitiò la òrden de la condesa á un lacayo que permanecia de pié en el corredor que conducia desde las antecámaras á la cámara de la condesa, cuando el subdelegado de policía se presentó vestido de negro, moderando la severidad de sus ojos por medio de una sonrisa del mas feliz agüero.

--Felices dias, mi enemigo, dijo sin mirarle la condesa, que le veia en su espejo.

--Yo, vuestro enemigo, señora!

--Sí, vos. El mundo se divide para mi en dos clases de personas: amigos y enemigos. No admito los indiferentes, y en caso de admitirlos, los coloco en la clase de mis enemigos.

--Y teneis razon, señora. Pero decidme, ¿còmo he merecido, á pesar de mi adhesion bien conocida á vuestra persona, ser colocado en una ó en otra de estas dos clases?

--Dejando imprimir, circular, distribuir, vender, entregar al rey multitud de versos, folletos y libelos dirigidos contra mì. ¡Esto es infame, odioso y sobre todo absurdo!

—Pero, en fin, señora, yo no soy responsable...

—Sí, tal, lo sois, porque sabeis quién es el miserable que hace todo eso.

—Señora, si no fuese mas que un solo autor, no tendríamos necesidad de encerrarlo en la Bastilla, porque sucumbiria bien pronto bajo el peso de sus obras.

—Sabeis que es muy galante y lisonjero todo lo que decís?

—Si fuese vuestro enemigo, señora no os lo diria.

—Vamos, es verdad; no hablemos mas de eso. En la actualidad estamos en buena armonia y me alegro de que asi sea; pero todavía hay una cosa que me inquieta.

—Y es, señora?

—Que tambien estais en buena armonia con los Choiseul.

—Señora, el de Choiseul es primer ministro; dá sus órdenes, y yo debo cumplirlas.

—Conque si el señor de Choiseul os dá la órden de que me persigan y maten á pesares, dejaréis obrar á los que me persigan y traten de asesinarme! Oh! pues os doy las gracias.

—Discurramos, dijo de Sartines, que se tomó la libertad de sentarse sin que la favorita se lo insinuara siquiera, porque todo se disimulaba al hombre mas esperimentado de Francia; ¿qué he hecho yo por vos hace tres dias?

—Me habeis avisado que salia de Chantelsup un correo para activar la llegada de la delfina.

—Y hace esto un enemigo?

—Y en todo ese negocio de la presentacion, en el cual, como sabeis, cifro todo mi amor propio, ¿còmo os habeis portado conmigo?

—Lo mejor que me ha sido posible.

—Señor de Sartínes, no sois muy franco.

—Ah, señora, me injuriais! ¿quién encontró en una taberna, y esto en menos de dos horas, al vizconde Juan que necesitábais para enviarle no sé donde, ò por mejor decir bien sé á dónde?

--Bueno, mejor hubiera sido que me hubieseis dejado perder á mi cuñado, dijo la Dubarry riendo, un hombre aliado á la familia real de francia.

--En fin, señora, todos estos son, sin embargo, servicios.

--Sí, eso ha sido hace tres dias; ¿pero ayer qué habeis hecho por mí?

--Ayer, señora!

--Oh! ¡os cuesta trabejo recordar! ayer debiais haberos mostrado servicial como los otros.

--No os comprendo, señora.

--Oh! yo me comprendo, veamos; responded señor, ¿qué habeis hecho ayer?

--Por la mañana ó por la noche?

--Primeramente por la mañana.

--Por la mañana, señora, he trabajado como de costumbre.

--Hasta qué hora habeis trabajado?

--Hasta las diez.

--Y en seguida?

--En seguida convidé á comer á uno de mis amigos de Lion que habia hecho la apuesta de venir á París sin que yo lo supiese, pero saliéronle mal las cuentas, pues que uno de mis lacayos le esperaba en la barrera.

--Y despues de la comida?

--He enviado al subdelegado de policia de S. M. el emperador de Austria las señas de un famoso ladron que no podia hallar.

--Y dònde estaba?

--En Viena.

--¿Es decir que desempeñais, no solamente la policia en París, sino tambien en las cortes estranjeras?

--En mis momentos do ocio, si, señora.

--Bien, tomo acta de eso. ¿Y despues de haber despachado el correo, qué hicisteis?

--Estuve en el teatro de la Opera.

—A ver la pequeña Guimard. Pobre Subisa!

—No, señora, sino á prender á un famoso escritorcillo, que yo habiá dejado tranquilo mientras se dirigió solamente á los arrendadores generales, y que habia tenido la audacia de dirijirse á dos ó tres grandes señores.

—Me parece que debiais haber dicho la torpeza, señor subdelegado. Y despues de la ópera?

—Despues de la opera?

—Sí. Es mucha indiscrecion la mia, no es verdad?

—No: despues de la opera... Esperad que me acuerde.

—Ah! parece que aquí es donde os falta la memoria.

—No tal. Despues de la ópera... Ah! ya me acuerdo.

--Me alegro.

--Bajé, ó mas bien subí, á la casa de dicha dama que sostiene juego, y yo mismo la conduje al For-d' Evegne.

--En su coche?

--No en un fiacre

--Y despues?

--Cómo despues! os lo he dicho todo.

--No, algo os habeis dejado.

--Volví á subir á mi fiacre.

--¿Y vamos á ver, que hallasteis en vuestro fiacre?

Sonrojòse el señor de Sartines.

Ola! esclamó la condesa palmoteando, ¿conque he tenido el honor de avergonzar á un subdelegado de policía?

--Señora, murmurò el de Sartines.

--Pues bien! yo os lo diré, yo, que estaba en aquel fiacre, replicó la favorita; encontrásteis allí á la duquesa de Grammont.

--La duquesa de Grammont! esclamó el subdelegado de policía.

--Sí, la duquesa de Grammont en persona que venia á suplicaros le facilitaseis la entrada en el cuarto del rey.

--En verdad, señora, esclamò el señor de Sartines agitándose en su sillon, en verdad os digo que depongo mi cartera en vuestras manos, pues ya no soy yo quien ejerce la policía, sino vos.

--En efecto, señor de Sartines, tengo la mia como veis; vivid alerta. Sí! sí! ¡la duquesa de Gram mont en un fiacre caminando al paso! ¿sabeis lo qu e mandé hacer en seguida?

--No; pero tengo un miedo herroroso. Afortunadamente era ya tarde.

--Eso no importa, ya sabeis que la noche es la hora de venganza.

--Y qué habeis hecho?

—Así como tengo mi policía secreta, tengo tambien mi corte literaria particular, compuesta de estudiantillos y poetillas andrajosos y hambrientos como comadrejas.

--Tan mal les alimentais?

--Yo no los alimento del todo, porque si engordasen se tornarian bestias como el señor de Subisa; la grasa absorve la hiel, esto es cos sabida.

--Continuad, me haceis estremecer.

--He pensado, pues, en todas las maldades que habeis dejado cometer á Choiseul contra mí. Esto me ha picado, y he dado á mis pequeños Apolos los programas siguientes:

1.° El señor de Sartines, disfrazado de procurador, visita en la calle del Arbol Seco, cuarto piso, á una inocente jóven, á quien no se avergüenza de entregar una miserable suma de trescientas libras cada fin del mes.

--Señora, esa es una buena accion que quereis empañar.

—Las que son verdaderamente buenas acciones no se empañan nunca.

2.° Disfrazado el señor de Sartines de reverendo padre misionero, se introduce en el convento de carmelitas de la calle de S. Antonio.

—Señora llevaba á esas buenas hermanas noticias de Oriente.

—Del pequeño ò del grande.

3.° El señor de Sartines, disfrazado de subdelegado de policía, recorre á media noche las calles metido en un fiacre mano á mano con la duquesa de Grammont.

—Ah, señora! dijo el de Sartines aterrado, quereis desconceptuar hasta ese punto mi administracion?

—Tambien vos dejais desconceptuar la mia, dijo la condesa riendo. Pero escuchad.

—Escucho.

—Mis Apolos han puesto manos á la obra, y han compuesto, como se compone en el colegio, en narracion, version y amplificacion, un epigrama, una cancion y un *vaudeville*.

--Oh! Dios mio!

--Atroces todos tres. Esta mañana los regalaré al rey, asì como el nuevo *pater noster* que dejais correr contra él; ya sabeis:

«Padre nuestro que estás en Versalles, deshonrado sea tu nombre, como merece, conmovido está el tu reino, despréciase tu voluntad asi en la tierra como en el cielo; el pan nuestro de cada dia dánoslo hoy, pues que tus favoritos nos lo han quitado, y perdona á nuestros parlamentos que sostienen tus intereses, como nosotros perdonanos á tus ministros que los han vendido. No sucumbas á las tentaciones de la Dubarry, pero libranos de tu diablo de canciller.

Amen.»

--¿Dónde habeis descubierto tambien eso? dijo el de Sartines juntando las manos y lanzando un suspiro.

--Oh! no necesito descubrir nada; tienen conmigo la galantería de enviarme todos los dias lo mejor que aparece de este género. Tambien yo he tenido el honor de hacer estos envios cotidianos.

--Oh! señora.

--Asi que, por reciprocidad, recibiréis mañana l[illegible], la cancion y el *vaudeville* en cuestion.

--Por qué nó ahora mismo?

--Porque necesito tiempo para distribuirlos. Por otra parte, ya sabeis que es costumbre que la policia sea la última en saber lo que está pasando. Oh! os divertirán mucho. Yo me he reido esta mañana por espacio de tres cuartos de hora, y lo que es el Rey se ha puesto enfermo de tanto como se ha reido, esa es la causa de su tardanza.

--Estoy perdido, esclamó Sartines dándose fuertes palmadas con ambas manos sobre su peluca.

--No, no estais perdido, al contrario, estais hallado en unas canciones. ¿Por ventura estoy yo perdida para la bella borbonesa? No, me irrito y nada mas, lo cual contribuye á que yo tambien quiera hacer rabiar á los demas. Ah! qué versos tan encantadores! Me han gustado tanto que he mandado dar vino blanco á mis escorpiones literarios, que en este momento deben hallarse completamente ébrios.

--Ah! condesa, condesa!

--Voy á deciros primeramente el epígrama.

--Por piedad!

Oh Francia! ¿será siempre tu destino.
doblar tu voluntad y tu querer
ante necios caprichos femeniles
que en leyes convirtiera una mujer?

--Oh! no, me equivoco, este es el que habeis dejado correr contra mí. Como hay tantos, me confundo. Aguardad, aguardad; ya me acuerdo, es este:

¿Habeis visto, señores, una muestra
que ha hecho para varios perfumistas

un pintor de San Lucas?... oh! es idea!
es idea, señores, peregrina!
Figurad que nos pinta una botella
y en forma de menudas pildorillas
mete los nombres de Maupeon y Boynes,
de Terrey y Sartines, y en seguida
un rótulo le pone á la botella
donde aquestas palabras hay escritas:
Específico fiel de los ladrones
que roban al estado en comandita.

—Ah! cruel, me convertiréis en tigre.

—Ahora pasemos á la cancion; la de Grammont es quien habla:

Mi buen amigo
subdelegado,
fino es mi cútis....
¿no es cierto acaso?
Fino es mi cútis,
sedoso y blanco.
Decidlo al rey
que es propio al caso
del alto empleo
que estais llenando.

--Señora! señora! esclamó Sartines furioso.

--Oh! tranquilizáos, dijo la condesa, todavía no se han tirado mas de diez mil ejemplares, porque es preciso imprimir la *vaudeville*.

--Conque teneis una prensa?

--Donosa pregunta! ¿No tiene una el señor de Choiseul?

--Desgraciado de vuestro impresor.

--Ah! si, perseguidle; la licencia está en mi nombre.

--Esto es odioso! ¿y el rey se rie de todas estas infamias?

—No solo se rie, sino que proporciona consonantes cuando deja de encontrarlos la estupidez da mis Apolos.

—Oh! ¿sabeis que os sirvo y me tratais asi?

—Sé que me vendeis. La duquesa es Choiseul, y quiere mi ruina.

--Señora, os juro que me ha cojido desprevenido.

--Luego confesais?...

--Puesto que es necesario!

--Por qué no me habeis avisado?

--Venia para eso.

--No es verdad.

--Palabra de honor!

--Apuesto el doble.

--Señora, os pido perdon, dijo el subdelegado de policia cayendo de rodillas.

--Haceis bien.

--La paz en nombre del cielo, condesa!

--¿Cómo siendo vos hombre y ministro teneis tanto miedo á unos cuantos versos malos?

--Ah! si no temiera mas que eso!

--¿Y no reflexionais cuántos malos ratos pueden causar una cancion, á mi, á mi, que soy una mujer?

--Vos sois una reina.

--Sì, una reina no presentada.

--Os juro, señora, que jamás os he hecho mal.

--No, pero habeis permitido que me lo hagan.

--El menos posible.

--Ea, quiero creerlo.

--Creedlo.

--Trátase, pues, ahora de hacer todo lo contrario del mal: se trata de hacer el bien.

--Ayudadme; no puedo menos de conseguirlo.

--Estais por mí, si ò no?

--Sí.

--Llegará vuestra lealtad hasta el punto de sostener mi reputacion?

--Vos misma pondreis los límites que gusteis.

--Reflecsionad que mi imprenta está lista, que trabaja dia y noche, y que dentro de veinte y cuatro horas mis estudiantes tendrán hambre, y cuando tienen hambre muerden.

--Seré prudente. ¿Que deseais?

--Que no se opongan obstáculos á nada de lo que yo intente.

--Oh! por lo que hace á mí me comprometo á ello.

--Hé ahí una palabra que no me gusta, dijo la condesa golpeando el suelo con el pié, y que trasciende á griego ó Cartaginés: la fé púnica.

--Condesa....

--Así es que no la acepto; esa es una escapatoria. Es de creer que nada quereis hacer, y el señor de Choiseul obrará. No quiero eso ¿lo entendeis? todo ó nada. Libradme de los Choiseul, bien sea su-

getándolos ó arruinándolos ó condenándolos á la impotencia, ó de lo contrario os aniquilo y arruino; y os prevengo que no será la cancion mi única arma.

—No amenaceis, señora, dijo el de Sartines pensativo, porque esa presentacion ha llegado á ser de una dificultad que no pod eis concebir.

—Ha llegado á ser, esa es la palabra, porque han puesto á ella obstáculos.

—Oh!

—Podeis quitarlos de en medio?

—No puedo solo, se necesitan cien personas.

—Se tendrán.

—Un millon.

—Esto corresponde á Terrey.

—El consentimiento del rey.

—Lo tendré.

—No lo dará.

—Lo tomaré.

—Aun cuando tengais todo eso, necesitaréis una madrina.

—Se busca.

—Es inútil: hay una liga contra vos.

—En Versalles?

—Todas las damas se han negado hacer su corte al señor de Choiseul, á la señora de Grammont, á la delfina y en fin al mogigato.

—Desde luego el partido mogigato se verá obligado á cambiar de nombre si la señora de Grammont está en él. Este es ya un descalabro.

—Os obstinais inútilmente, creedme.

—Me falta poco para llegar al término.

—Ah! ¿para eso habeis enviado á vuestra hermana á Verdum.

—Justamente. Ah! ¿sabeis eso? dijo la condesa descontenta.

Tambien yo tengo mi policia, contestò el de Sartines riendo.

—Y vuestros espías?

—Y mis espías.

—En mi casa?

—En vuestra casa.

—En mis caballerizas ó en mis cocinas?

—En vuestras antecámaras, en vuestro salon, en vuestro gabinete, en vuestra alcoba, debajo de vuestra cama.

—Pues bien como primera prenda de alianza dijo la condesa, nombradme esos espìas.

—Oh! no quiero indisponeros con vuestros amigos, condesa.

—Entonces, la guerra.

—La guerra! cómo decís eso?

—Lo digo como lo pienso; retiraos; no quiero veros mas.

—Ah! esta vez os tomo por testigo. ¿Puedo revelar un secreto..... de Estado?

—Un secreto de alcoba.

—Eso es lo que yo queria decir; hoy está allí el Estado.

—Quiero mi espía.

—Qué vais á hacer de èl.

--Echarle.

--En ese caso dejad la casa limpia como la palma de la mano.

-Sabeis que es horroroso lo que me estais diciendo?

--Es horroroso por cierto. Oh, Dios mio! sin esto seria imposible gobernar; bien lo sabeis vos, que sois tan escelente politica.

--La Dubarry apoyò su codo sobre una mesa de mármol.

--Teneis razon, dijo, dejemos eso. ¿Las condiciones del tratado?

--Fijadlas vos que sois la vencedora.

--Soy magnánima como Semiramis: qué quereis?

--No hablaréis jamás al rey sobre las reclamaciones sobre las harinas, reclamaciones á las cuales, maliciosamente habeis prometido vuestro apoyo.

--Convenido; y en prueba, podeis llevaros todos los memoriales que he recibido sobre este asunto: están en ese escritorio.

--Recibid en cambio este trabajo de los pares del reino sobre la presentacion.

--Trabajo que debiais entregar á S. M.?

--Sin duda.

--Cómo si lo hubieseis mandado hacer?

--Sí.

--Bien, pero que diréis?

--Diré que lo he entregado. Esto hará ganar tiempo, y vos sois demasiado astuta para no aprovecharlo.

Se abrieron en aquel momento las dos hojas de la puerta, y entró un ugier anunciando:

--El rey.

Los dos aliados se apresuraron á ocultar su prenda de alianza y se volvieron para saludar á S. M. Luis XV.

XXIV.

Luis XV.

LUIS XV entró con la frente erguida, con gentil talante, con los ojos animados de la mas pura energía y la sonrisa en los labios.

Veíanse á su paso por la puerta, abierta de par en par, dos hileras de cabezas inclinadas y pertenecientes á cortesanos que deseaban ser nuevamente introducidos, desde que veian en la llegada de S. M. una ocasion de hacer á un tiempo su còrte á dos potencias.

Al cerrarse las puertas, como el rey no habia hecho seña á nadie que le siguiera, se halló solo con la condesa y el señor de Sartines.

No mencionamos ni á la cámarera-confident

ni á un negrito, porque ni la una ni el otro se hallaban presentes.

--Buenos dias, condesa, dijo el rey, besando la mano de la Dubarry. A Dios gracias, veo habeis descansado bien.--Buenos dias, Sartines. ¿Se trabaja hoy aquí? ola, ola! papeles tenemos! haceis bien en ocultármelos. Oh, que hermosa fuente, condesa!

--Señor, contestó esta, es, como puede ver V. M., una fuente de china. Las aguas, soltando la llave que tiene detrás, hacen silvar pájaros de porcelana y nadar peces de cristal; despues se abren las puertas de la pagoda para dar paso á una fila de mandarines.

--Pues eso es cosa lindìsima condesa.

--En este momento pasó el negrito vestido de esa manera fantástica y caprichosa conque se vestian en aquella época los Orosmanes y los Otelos. Llevaba un pequeño turbante con plumas, una túnica de brocado de oro que dejaba ver sus brazos de ébano, un calzon abofellado de raso blanco que bajaba hasta la rodilla, y un cinturon de vivísimos colores que sujetaba este calzon á un chaleco bordado; un puñal guarnecido de piedras preciosas brillaba en su cintura.

--Diablo! esclamó el rey, ¡magnifico está hoy Zamora!

El negro detúvose con placer delante de su espejo.

—Señor, tiene que pedir un favor á V. M.

—Señora, dijo Luis XV sonriendo afectuosamente, me parece que Zamora es muy ambicioso.

--Por qué, señor?

--Porque ya le habeis cencedido el favor mas distinguido que pudiera apetecer.

--Cual?

--El mismo que á mí.

--Me perdonaréis si os digo que no os comprendo, señor?

--Le habeis hecho vuestro esclavo.

El señor de Sartines se inclinó sonriendo y mordiéndose los lábios.

--Oh! sois encantador, señor, esclamó la condesa.

En seguida, acercándose al oido del rey.

--La Francia, yo te adoro, le dijo en voz baja.

Luis se sonrió á su vez.

--Y bien! preguntó, ¿qué deseais para Zamora?

--La recompensa de sus largos y numerosos servicios.

--Tiene doce años.

--De sus largos y numerosos servicios futuros.

--Ah! ah!

--Sí, señor; pues me parece que cuando por tanto tiempo se han estado premiando los servicios pasados, ya es hora de recompensar los servicios futuros; de este modo podeis estar mas seguro de no ser pagado con ingratitud.

--Esa es una idea como otra cualquiera, dijo el rey ¿que pensais de ella, señor de Sartines?

--Que todos los leales verán en ella una prenda de la recompensa de sus servicios, y por consiguiente, señor, la apoyo con todas mis fuerzas.

--En fin, veamos, condesa, ¿que pedis para Zamora?

--¿Señor, conoceis mi pabellon de Luciennes?

--Tan solo he oido hablar de él.

--Vos teneis la culpa, pues cien veces os he invitado á que lo visitárais.

--Ya conoceis la etiqueta, querida condesa; á no estar de viaje, el rey no puede dormir sino en los castillos reales.

--Precisamente esta es la gracia que vengo á pediros. Convirtamos á Luciennes en castillo real, y nombremos gobernador de él á Zamora.

--Esa seria una paródia, condesa.

--Ya sabeis, señor que me gustan mucho.

--Daria pié para que gritasen los demas gobernadores.

--De todos modos han de poner el grito en el cielo.

--Sí, pero esta vez con razon.

--Tanto mejor! han gritado tantas veces sin ella! Zamora, arrodillaos y dad gracias á S. M.

--Y de qué? preguntó Luis XV.

El negro se arrodilló.

--De la recompensa que os dá por haber llevado la cola de mi vestido y hecho rabiar llevándola á esos cortesanos de reata aduladores é ipócritas.

--Es feo de veras, dijo Luis XV, y dejó escapar una sonora carcajada.

--Levantáos, Zamora, dijo la condesa; estais nombrado

--Pero en verdad, señora...

--Me encargo de hacer que se espidan los decretos, los despachos y las provisiones; es asunto que me pertenece. El vuestro, señor, es poder venir, sin rebajaros á Luciennes. Desde hoy, mi rey, tendréis un castillo mas.

--¿Sabéis, Sartines, el medio de negarle alguna cosa?

--Acaso exista, pero todavia no se ha hallado.

--Y si se encuentra, señor, puedo aseguraros una cosa, y es que será el señor de Sartines quien haga ese bello descubrimiento.

--Qué decís, señora? preguntó el subdelegado de policía temblando.

--Imagiuáos, señor, que hace tres meses que pido al señor de Sartines una cosa y que la pido inútilmente.

--Y qué cosa pedìs? preguntó el rey.

--Oh! bien lo sabe.

--Yo, señora, os juro. ..

--Está en sus atribuciones? preguntò el rey.

--En las suyas ó en las de su sucesor.

--Señora, eselamó Sartines, me inquietais de veras.

--Qué le pedís?

--Que me busque un hechicero.

Sartines respiró.

--Para mandar que lo quemen? dijo el rey. Oh! hace mucho calor; esperad á que sea invierno.

--No, señor, para darle una varita de oro.

--¿Luego ese hechicero os ha predicho alguna desgracia que no os ha sucedido?

—Todo lo contrario, señor, me ha predicho una felicidad que me ha sucedido.

—Completamente?

--Poco menos.

--Contadme eso, condesa, dijo Luis XV sentándose en un sillon con el aire de un hombre que no sabe con seguridad si vá á divertirse ó á fastidiarse, pero que se aventura á ello.

--Voy á decíroslo, pero os advierto que no dispensaréis mas que la mitad de la recompensa....

--Toda, si es necesario.

--En buen hora, hé ahí una palabra real.

--Escucho.

--Y yo empiezo: Érase que se era....

--Esto comienza como una conseja de hadas, dijo el rey.

--Es verdaderamente una conseja, señor, contestó la Dubarry.

--Ah! tanto mejor; me gustan los encantadores.

--Erase, pues, una pobre jòven, que en aquella época no tenia pajes, ni coche, ni negro, ni peluca, ni titi.

--Ni rey, dijo Luis XV.

--En efecto, señor.

--Y qué hacia esa jóven.

--Trotaba.

--Cómo! trotaba?

--Sí, señor, por las calles de Paris, á pié como

una simple mortal; solo que trotaba mas de prisa, porque se decia que era hermosa, y con razon temia ella que esta hermosura, le valiese algun mal encuentro.

--Ah! ya! ¿esa jóven era pues una Lucrecia? preguntó el rey.

--Bien sabe V. M. que desde el año.... no sé cuantos de la fundacion de Roma, no las hay.

--Oh! Dios mio! ¿será que os hayais hecho literata, condesa?

--No señor, porque á ser literata, habria dicho una fecha falsa, pero al fin hubiera dicho alguna.

--Es verdad, dijo el rey, continuad.

--Trotaba, pues, trotaba... trotaba... atravesando las Tullerías, cuando de repente observó que le seguian.

--Ah diablo! esclamó el rey; ¿y entonces se detuvo?

--Oh, Dios mio! qué mala opinion teneis formada de las mugeres! Bien se conoce que no habeis tratado mas que con marquesas, duquesas, y.....

—Y princesas, ¿no es verdad?

--Soy demasiado politica para contradecir á V.M. Pero lo que mas la asustaba era que caia del cielo una niebla que á cada minuto se hacia mas espesa.

--Sartines, ¿sabeis lo que hace la niebla?

El subdelegado de policía, cogido de improviso, principió á temblar.

--No, señor, contestò.

--Ni yo tampoco, contestó Luis XV. Continuad, querida condesa.

--Asustada la jóven, echó á correr, y ya habia pasado la reja y se hallaba en la plaza que tiene el honor de llevar el nombre de V. M., cuando de repente vió delante de ella al desconocido que la seguia, y del cual habia ya creido verse libre. Entonces lanzó un grito.

--Tan feo era?

--Todo al contrario, señor, era un apuesto y gallardo jòven de veinte y seis á veinte y ocho años, de rostro moreno, ojos rasgados y voz dulce y sonora.

--Y vuestra heroina, tenia miedo, condesa? Pardiez! forzoso es confesar que seria muy asustadiza!

--No lo fué tanto cuando le vió; señor. Sin embargo, la situacion no era para tranquilizar á una mujer, porque gracias á la niebla, si aquel desconocido hubiese abrigado malas intenciones, no habia medio de esperar socorros, así es que juntando las manos esclamó:

--Oh, caballero! suplicoos encarecidamente que no me hagais daño.

El desconocido meneó la cabeza con encantadora sonrisa y contestó:

--Pongo á Dios por testigo de que no abrigo tal intencion.

--Pues qué quereis?

--Obtener de vos una promesa.

--Qué promesa?

--La de concederme el primer fovor que os pida cuando...

--Cuándo? repitió la jóven con curiosidad.

--Cuando seais reina.

--Y qué hizo la jóven? preguntó el monarca.

--Señor, como creia no comprometerse á nada, prometió.

--Y el hechicero?

--Desapareció.

--¿Y el señor de Sartines no quiere buscar al hechicero? pues digo que hace mal.

--Señor, yo quiero, pero no puedo.

--Ah! señor subdelegado, he ahí una palabra que no deberia estar en el diccionario de la policía, dijo la condesa.

--Señora, le seguimos la pista.

--Ah! sí, esa es la frase sacramental.

--Es la verdad: pero ya conoceréis que son poca cosa las señas que dais.

--Cómo! jòven, hermoso, color moreno, cabellos negros, ojos rasgados, voz sonora....

--Cáspita! ¡y con qué fuego hablais de él, condesa! Sartines, os prohibo que busqueis á ese jóven.

--Haceis mal, señor, porque yo no tengo que pedirle mas que una simple noticia.

--Ola! con qué se trata de yos?

--Sin duda.

--Y qué mas teneis que pedirle? Su prediccion se ha cumplido.

--Lo creéis así?

--Sin duda. Sois reina.

--Casi.

--Por consiguiente nada mas tiene que deciros.

--Còmo que no? tiene que decirme cuándo será presentada esta reina. No basta reinar de noche, señor, es menester reinar tambien un poco de dia.

--Eso no depende del hechicero, dijo Luis XV alargando los labios como un hombre que vé pasar la conversacion á un terreno desagradable.

--Pues entonces, de quién depende?

--De vos.

--De mí?

--Sí, buscad una madrina.

--Entre vuestra necias cortesanas! V. M. sabe muy bien que es imposible, porque todas ellas están vendidas á los Choiseul, á los Praslin.

--Condesa, creía que habiamos convenido en que no hablaríamos mas ni de uno, ni de otro.

--Yo no he prometido eso, señor.

--Pues bien, os pido una cosa.

--Cuál?

--Que los dejemos donde están y que os quedeis donde estais. Creedme, el mejor puesto es el vuestro.

--Pobres negocios estranjeros! Pobre marina!

--Condesa, en nombre del cielo no nos ocupemos de politica cuando estemos juntos.

--Sea; pero supongo que no quereis impedirme que me ocupe de ella estando sola.

--Oh! estando sola ya varia de aspecto.

La condesa alargò la mano á un canastillo lleno de fruta, cojió dos naranjas y las hizo saltar alternativamente en su mano.

—Salta Praslin, salta Choiseul, dijo, salta Praslin Choiseul.

—Y bien, dijo el rey, qué haceis?

—Uso del permiso que me ha dado V. M. Hago saltar al ministerio.

Entró Dorotea en este momento, y dijo una palabra al oido de su señora.

—Oh! es verdad, esclamó esta.

—Qué es eso? preguntó el rey.

—Chon, que llega de su viaje, señor, y que desea presentar sus homenajes á V. M.

—Que venga, que venga. En efecto, hace cuatro ò cinco dias que conocia que me faltaba una cosa, sin saber qué.

—Gracias, señor, dijo Chon entrando.

--En seguida aproximándose al oido de la condesa, dijo:

—Ya está corriente.

Al oir esto no pudo la condesa reprimir un grito de júbilo.

—Qué hay? preguntó Luis XV.

—Nada, señor, que estoy loca de contento al verla, y nada mas.

—Y yo tambien. Buenos dias, Chon, buenos dias.

—Me permite V. M. que diga algunas palabras á mi hermana? preguntó Chon.

—Di las que quieras, hija mia. Entre tanto voy á preguntar á Sartines de donde vienes.

—Señor, dijo el de Sartines que queria esquivar la pregunta, dignese V. M. concederme un instante-

—Para qué?

—Para hablar de cosas de la mayor importancia.

—Oh! tengo muy poco tiempo, señor de Sartines, dijo Luis XV bostezando de antemano.

—Señor, dos palabras nada mas.

—Sobre qué?...

—Sobre esos profetas, iluminados y desenterradores de milagros.

—Bah! charlatanes. Dadles patentes de juglares, no serán ya temibles.

—Señor, me atreveria á insistir para decirá V. M. que la situacion es mas grave de lo que cree, y que no trascurre un solo dia sin que se abran nuevos conciliábulos masònicos. Señor, os digo formalmente; lo que empezó por ser una reunion de personas, una sociedad, ha acabado por ser una secta, una secta en la cual se afilian todos los enemigos de la monarquía: los ideólogos, los enciclopedistas y los filósofos. Sé, á mas, que se trata de recibir á Voltaire con grandes ceremonias y homenajes.

—Bah, bah! si está muriéndose.

—Quién, Voltaire? oh! no crea V. M. tal cosa.

—Se ha confesado.

—Es una astucia.

—En hábito capuchino.

—Esa es una impiedad. Señor, todo eso se agita, se escribe, se habla; todas esas son intrigas. Debe saber tambien V. M. que por ciertas palabrás escapadas á algunos hermanos indiscretos se sabe á pun-

to fijo que están aguardando á un jefe de un momento á otro.

—Pues bien, Sartines, cuando llegue ese jefe lo recojeréis en la Bastilla y entonces se dirá todo.

—Señor, esas gentes tienen muchos recursos.

—Y tendréis menos que ellos, vos, vos, subdelegado de policía de un gran reino?

—Señor, han obtenido de V. M. que espulse á los jesuitas, cuando lo que debian haberle pedido era la de los filósofos.

—Vaya, vaya! volveis á vuestros tajadores de plumas.

—Señor, son plumas muy peligrosas las que se cortan con la navaja de Damiens.

Luis XV palideció.

—Esos filòsofos que despreciais, señor, continuó Sartines....

—Qué?

—Perderán la monarquía, os lo aseguro.

—Cuánto tiempo necesitan para eso?

El subdelegado de policía miró á Luis XV.

—Pero señor, cómo queréis que yo sepa eso? quince años, veinte, treinta quizá.

—Oh! pues entonces, querido, dijo Luis XV, dentro de quince años ya no existirè; hablad de eso á mi sucesor.

Y el rey volviò la espalda al subdelegado, dirigiéndose hácia la Dubarry, quien por su parte parecia esperar este momento.

—Oh! Dios mio, esclamò lanzando un gran sus-

piro, ¿qué es lo que me dices, Chon?

—Sì, qué dice? preguntó el rey: poneïs ambas un rostro tan lúgubre...!

—Ah, señor! dijo la condesa: es que motivos hay para ponerlo.

—Vamos á ver, y eso porqué? que ha sucedido?

--Pobre hermano!

--Pobre Juan!

--Crees tú que será preciso cortárselo?

--Se confia que no.

--Cortarle el qué? preguntò Luis XV.

--El brazo, señor.

--Cortar el brazo del vizconde! y por qué?

--Por que está gravemente herido.

--Gravemente herido en el brazo?

--Oh! sí, señor.

--Por causa de alguna refriega, en alguna casa de baños ó de juegos....

--No señor, en el camino real.

--Pero cómo ha sucedido eso?

--Han querido asesinarle; esto es todo lo que hay.

--Pobre vizconde! esclamó Luis XV, que aunque se compadecia muy poco del prójimo poseia maravillosamente el arte de fingir que era compasivo. ¿Han querido asesinarle? oh! eso es muy sério, ¿verdad, Sartines?

Este, mucho menos inquieto que el rey en la apariencia, pero mucho mas conmovido en realidad, se aproximó á las dos hermanas.

--¿Es posible que hayan ocurrido semejante desgracias señoras? preguntó con ansiedad.

--Oh! si señor, ¡y tanto como es posible! contestò Chon con voz entrecortada por los sollozos.

--Asesino!... y cómo?

--En una celada.

--En una celada!... pero, Sartines, dijo el rey, me parece que esto es de vuestra incumbencia.

--Contadnos eso, señora, dijo Sartines; pero os suplico que vuestro justo resentimiento no exajere las cosas. Seremos mas severos siendo mas justos, porque los hechos vistos de cerca y friamente pierden con frecuencia parte de su gravedad. Vamos por parte. ¿Qué es lo que os han dicho?

--Oh! no me lo han dicho, esclamó Chon, lo he visto con mis propios ojos.

--Y bien, ¿qué es lo que has visto Chon? preguntó el rey.

--He visto que un hombre se ha arrojado sobre mi hermano, le ha obligado á echar mano á la espada y le ha herido gravemente.

--Ese hombre estaba solo? preguntò Sartines.

--No señor; iba acompañado de otros seis.

--Pobre vizconde! dijo el rey mirando siempre á la condesa para juzgar del grado preciso de su afliccion y arreglar á ella la suya. Pobre vizconde! obligado á batirse!

Vió en los ojos de la condesa que no era aquello ninguna chanza y por lo mismo añadiò con aire compunjido.

--Y quedar herido!

--Pero por qué ha ocurido esa riña? preguntó el

subdelegado de policía procurando siempre cojer la verdad en los rodeos que ella hacia para escaparse.

—Por el motivo mas frívolo que pueda darse: unos caballos de posta que disputaron al vizconde, el cual tenia prisa de traerme al lado de mi hermana, á quien yo habia prometido venir esta mañana misma.

—Ah! esto pide venganza, dijo el rey, verdad, Sartines?

--Asi lo creo, Señor, respondió el subdelegado de policia, y voy á tomar mis informes. ¿Teneis la bondad de decirme, señora, el nombre del agresor, su profesion y demas pormenores?

--Su profesion? creo qne es militar, oficial de gendarmes del delfin. En cuanto á su nombre, se llama Bavconey, Faverney.... Taverney, si, eso es, Taverney.

--Señora, dijo el señor de Sartines, mañana dormirá en la Bastilla.

--Que apostamos que no? dijo la condesa, que hasta entonces habia guardado el mas diplomático silencio, qué apostamos que no?

--Cómo que no? dijo el rey. Por qué no se ha de prender al bribon? Bien sabeis que no puedo sufrir á los militares.

--Yo, señor, repitió la condesa con la misma severidad, os digo qae no harán nada al hombre que ha querido asesinar á Dubarry.

--Ah! es cosa particular, condesa, replicò Luis XV, ¿me haréis el favor de esplicarme eso?

---Es muy facil. No faltará quien lo defienda.

--Quién?

--Aquel por cuyas instigaciones ha obrado.

--¿Y ese le defenderá contra nosotros? oh! es muy serio lo que decís, condesa.

--Señora, balbuceò Sartines que veìa acercarse el golpe, y que en vano trataba de evitar.

--Contra vos, sí, contra vos, lo repito. A bien que ¿sois ò no el soberano?

El Rey sintió el golpe que habia visto venir Sartines y se puso en guardia.

--Bueno, dijo, héte aqui que vamos á arrojarnos en las razones de Estado y á buscar en un miserable duelo motivos del otro mundo.

--Ah! ya lo estais viendo, dijo la condesa, me abandonais, y á ese asesinato, en que ahora mismo conveniais, lo llamais duelo, porque sospechais su origen.

--Como mas os plazca, condesa, dijo Luis XV.

Y dicho esto se aproximó á la fuente de que hemos hablado, soltando y empezando inmediatamente á cantar los pájaros, nadar los peces y á salir los mandarines.

—¿No sabeis de dònde parte el golpe? preguntò la condesa torturando las orejas de Zamora que estaba tendido á sus plantas.

—No, pardiez, dijo Luis XV.

—Ni lo sospecheis siquiera?

—Os juro que no. Y vos, condesa?

—Yo lo sé, y voy á decíroslo, pero segura estoy de que nada nuevo os diré.

—Condesa, condesa, dijo Luis XV, tratando de recobrar su serenidad, ¿sabéis que dais un mentis al rey?

—Señor, acaso sea un poco indiscreta, es cierto, pero¿ creeis que he de dejar tranquilamente á Choiseul que asesine á mi hermano?

—Siempre venis á parar á Choiseul, dijo el rey con voz furiosa, como si no esperase oir aquel nombre que hacia diez minutos temia ver figurar en la conversacion.

—Ah! señor, si os obstinais en no ver que es mi mas cruel enemigo, yo lo veo claramente, porque no se toma el trabajo de ocultar el ódio que me profesa.

—El es incapaz de odiar á nadie hasta el punto de querer asesinarle, querida condesa.

—Para los Choiseul todos los estremos se tocan.

—Ah, querida amiga! volvemos á las razones de Estado.

—Dios mio! Dios mio! ved pues sino es esto condenable, señor de Sartines.

—No, señora, porque lo creeis....

—Creo que no me defendeis, y aun diré mas; estoy segura de que me abandonais, esclamó la condesa con violencia.

—Oh! no os enfadeis condesa, dijo Luis XV. No solamente no seréis abandonada, sino que seréis defendida y tan bien....

—Tan bien?

—Tan bien que muy caro le ha de costar al agresor de ese pobre Juan, os lo aseguro.

—Si, eso es, se romperá el instrumento y se guardará la mano que lo ha dirigido.

—¿No es justo castigar al que ha dado el golpe? á ese Taverney?

—Sin duda, es justo, pero nada mas es que justo: lo mismo que haceis por mí lo haríais por el último mercader de la calle de San Onorato. Os prevengo que no quiero ser tratada como los otros, pues si no haceis por aquellos á quienes guardais algun cariño, mas que lo que harías por los indiferentes, prefiero el aislamiento y la oscuridad de estos últimos; á lo menos no tienen enemigos que los asesinen.

—Ah! condesa! condesa! dijo tristemente Luis XV, yo que me habia levantado tan alegre, tan feliz, tan contento; y vos os empeñais en echarme á perder mi encantadora mañana.

—Me gusta por cierto lo que decís, y ¿es encantadora mi mañana cuando asesinan á mi familia?

No obstante la inquietud que inspiraba al rey la tempestad que rujia en torno suyo, no pudo reprimir una sonrisa al oir la palabra, asesinan.

La condesa se levantó furiosa.

—Ah! esclamó, ¿es así como me compadeceis?

—Bah! bah! no os enfadeis.

—Quiero enfadarme.

—Haceis mal, pues cuando os sonreis sois encantadora, y os poneis muy fea cuando os enojais.

—¿Qué me importa á mí la hermosura? Me impide acaso que sea víctima de las intrigas?

—Tranquilizaos, condesa.

—No, no, elegid; ó yo, ó Choiseul.

—No puedo elegir, porque ambos me sois necesarios.

—Entonces me retiro.

—Vos?

—Sí, dejo el campo libre á mis enemigos. Oh! moriré de pena; pero, ¿qué os importa que yo muera? El de Choiseul quedará satisfecho y esto os consolará.

—Pues bien! yo os juro, condesa, que él no os aborrece, y que por el contrario os estima mucho, pues es un hombre muy galante, añadió el rey procurando que Sartines oyese bien estas últimas palabras.

—Un hombre muy galante? me exasperais, señor, un hombre galante que hace asesinar á las gentes.

—Oh! dijo el rey, no sabemos todavía.

—Y despues, se aventuró á decir el subdelegado de policía, una riña entre militares es tan comun, tan natural.

—Ah! ah! replicó la condesa, y vos tambien señor de Sartines.

El subdelegado comprendió el valor de *ese ut quoque* y retrocedió ante la cólera de la condesa.

—Hubo un momento de silencio sordo y amenazador.

—Mirad, Chon, dijo el rey en medio de aquella consternacion general, mirad, gozaos en vuestra obra.

Chon bajó los ojos con hipòcrita tristeza.

—El rey perdonará, dijo, si el dolor de la hermana ha podido mas que la lealtad de la súbdita.

—Ya, ya! murmuró el rey.... vamos condesa no guardeis rencor.

—Yo no tengo rencor, señor, pero me voy á Luciennes y despues á Boloña.

—Por mas? preguntò el rey.

—Sí, señor: dejo un pais en que el ministro infunde miedo al rey.

—Señora,.... dijo ofendido Luis XV.

—Permitidme que no falte por mas tiempo al respeto de V. M.; me retiro.

Y en efecto, levantóse la condesa pero no sin òbservar á hurtadillas el efecto que su movimiento producia.

Luis XV lanzò un suspiro que significaba:

—Me estoy fastidiando horriblemente.

No se le escapó á Chon el verdadero significado de este suspiro, y por lo mismo comprendió que seria peligroso para su hermana llevar mas lejos la querella.

Cogióla pues por el vestido obligandola á que se detuviese, y dirigiéndose al rey, añadió:

—Señor, el amor que mi hermana profesa al pobre vizconde le ha arrastrado demasiado lejos.... yo tengo la culpa, á mí me toca repararla.... me coloco entre los mas humildes súbditos de V. M.; le pido justicia para mi hermano; no acuso á nadie, á nadie, porque persuadida estoy que la prudencia del rey sabrá distinguir.

—Oh, gracias á Dios! eso es lo mismo que yo pido, justicia, justicia y nada mas. Si un hombre no ha cometido un crimen, que no se le impute; y si lo ha cometido, que se le castigue.

Y al pronunciar estas palabras, Luis XV miraba atentamente á la condesa, queriendo recobrar si era posible la alegria de aquella mañana que tan feliz se habia prometido y que tan triste era sin embargo.

Complaciente y amable era la condesa y se compadeció de aquella ociosidad del monarca, ociosidad que le llenaba de tedio en todas partes escepto á su lado.

La favorita medio se volviò, pues ya habia empezado á marchar hácia la puerta.

—Pido por ventura otra cosa? dijo con edificante resignacion; pero quiero que no se rechacen mis, sospechas cuando las manifiesto.

—Vuestras sospechas son sagradas para mí, condesa, esclamò el rey; y si adquieren la menor certidumbre, ya veréis lo que hago. Pero estoy discurriendo que hay un medio muy sencillo...

—Cuál, señor?

—Que traigan aquí á Choiseul.

—Oh! bien sabe V. M. que jamás viene aquì. Se desdeña de entrar en la habitacion de la amiga del rey. Su hermana no es asì, no desearia otra cosa.

El rey se sonrió.

—Choiseul remeda al delfin, continuò la condesa furiosa. No quieren comprometerse.

—El delfin es un religioso, condesa.

—Y Choiseul un hipócrita, señor.

—Os digo, querida amiga, que tendreis el placer de verle aquí, pues voy á llamarle. Tenemos que hablar de un asunto de Estado; es menester que venga, y harémos que se esplique en presencia de Chon, que lo ha visto todo. Harémos un careo, como se dice en el palacio de la Justicia. ¿No es verdad, Sartines? Qué vayan á buscar á Choiseul.

—Y á mí que me traigan mi tití, Dorotea; mi tití, mi tití! esclamó la condesa.

A estas palabras, dirijidas á la camarera que se hallaba en el vecino aposento, y que pudieron ser oidas desde la antecámara, puesto que se pronunciaron en el momento en que abria la puerta el ujier enviado á casa del señor de Choiseul, contestó una voz cascada y tartamuda:

—El tití de la señora condesa debo ser yo, y por lo tanto me apresuro á presentarme.

Y se vió entrar á un hombre pequeño y jorobado, vestido con la mayor magnificencia.

—El duque de Tresmes! esclamò la condesa disgustada; no os he mandado llamar, señor duque.

—Pero habeis preguntado por vuestro tití, señora, dijo el duque saludando al rey, á la condesa y á Sartines, y como no he visto entre todos los cortesanos mono mas feo que yo, no he vacilado en presentarme.

Y se echó á reir el duque enseñando una fila de dientes tan largos que la condesa no pudo menos de reirse tambien.

—Me quedo? preguntó el duque, como si este hubiese sido el favor que mas hubiera ambicionado en su vida.

—Preguntádlo al rey, él es aquì el soberano, señor duque.

El duque se volvió hácia el rey, como suplicante.

—Quedaos, duque, quedaos, dijo el rey, alegre por acumular tantas distracciones á su alrededor.

El ujier de servicio abriò en este momento la puerta.

—Ah! dijo el rey con cierto enojo mal reprimido; es ya el señor de Choiseul?

—No, señor, respondió el ujier, es monseñor el delfin que desea hablar á V. M.

Estremecióse de júbilo la condesa porque creia que era aquello una estratajema del delfin para acercarse á ella; pero Chon, que pensaba en todo frunció el ceño.

—Y bien! dònde está el delfin? preguntó el rey impaciente.

—En el cuarto de V. M. y allí aguarda que V.M. se digne ir.

—Parece que todo el mundo se ha empeñado en no dejarme un momento de tranquilidad, murmuró el rey.

Pero comprendiendo de repente que esa audiencia solicitada por el delfin le ahorraba, á lo menos momentáneamente, su escena con Choiseul, se alegró.

—Allá voy, dijo, allá voy. Adios, condesa. Ya veis qué desgraciado soy; ya veis como todos me importunan.

--V. M. se retira? esclamó la condesa, cuando va á venir Choiseul?

--Qué quereis? el primer esclavo es el rey. Ah! si los señores filósofos supieran lo que es ser rey, y rey de Francia sobre todo!

--Pero señor, quedaos.

--Oh! no puedo hacer esperar al delfin. Sin esto no falta quien diga que yo no amo mas que á mis hijos.

--Pero en fin ¿qué he de decir á Choiseul?

--Decidle que vaya á buscarme á mi cuarto.

Y deseando evitar toda observacion, besó la mano de la condesa, que temblaba de cólera, y desapareció corriendo, como era su costumbre, siempre que temia perder el fruto de una batalla ganada con sus contemplaciones y astucias.

--Oh! se nos vuelve á escapar! esclamó la condesa restregándose las manos con despecho.

El rey no oyò estas palabras.

La puerta se habia cerrado detrás de él y atravesaba la antecámara diciendo:

--Entrad, señores, entrad. La condesa consiente en recibiros, no obstante de hallarse muy triste por el accidente ocurrido á ese pobre Juan.

Miráronse con asombro los cortesanos, pues ignoraban qué desgracia podia haber sucedido al vizconde.

Muchos creyeron que habia muerto.

Amoldando por lo mismo sus fisonomias á las circunstancias, los mas alegres se mostraron los mas tristes, y entraron.

XXV.

El salon de los péndulos.

UN jóven al parecer de unos diez y seis años, de sonrosado cútis y de ojos lánguidos y apagados, paseábase perezosamente por uno de los mas espaciosos salones de Versalles, al cual se le habia dado el nombre de *salon de los péndulos*.

Brillaba sobre el pecho de este jóven, una gran placa de brillantes, á la cual daba mas brillo y realze su traje carmesí, mientras que el cordon azul caia sobre su cadera rozando con la cruz que sostenia una banda de raso blanco bordada de plata.

Nadie hubiera podido desconocer ese perfil

la vez severo y noble, majestuoso y risueño que formaba el tipo característico de los Borbones de la primera rama, y de los cuales era á un tiempo la imágen mas viva y exagerada el jóven que presentamos á la vista de nuestros lectores; únicamente con reparar en la filiacion, tal vez degenerada, de esos nobles rostros, desde Luis XIV y Ana de Austria, se hubiera podido decir que el de que nos ocupamos no podia trasmitir sus faciones á un heredero, sin que mediase una especie de alteracion del tipo primitivo, sin que la hermosura natural de este tipo, de que él era la última copia, se cambiase en una figura de exageradas facciones, sin que el dibujo, en fin, llegase á convertirse en una animada caricatura.

En efecto, Luis Augusto, duque de Berry, delfin de Francia, que llegó á ser con el tiempo el rey Luis XVI, tenia la nariz borbónica, mas larga y aguileña que los de su raza; su frente ligeramente aplastada era mucho mas espaciosa que la de Luis XV, y tenia tan marcada la noble barba heredada de su abuelo, que aunque delgada todavia en aquella época, ocupaba no obstante una tercera parte de su rostro.

A mas, su andar era lento y embarazoso; aunque erguido en su talle, parecia torpe en el movimiento de sus piernas; solamente sus brazos, y, mas que todo, sus dedos tenian la actividad, la flexibilidad, la fuerza, y si se nos pasa la espresion esa fisonomia que en los demas se halla escrita sobre la frente, la boca y los ojos.

Silencioso y cabizbajo se paseaba el delfin por

aquel *salon de péndulos*, por aquel mismo salon, en el cual, muchìsimos años antes, entregara Luis XIV á Pompadour la orden por medio de la que el parlamento desterraba de la nacion á los discípulos de Loyola.

Entreteniase el delfin en sus meditaciones, pero no tardó mucho en cansarse de ellas, ó mas bien de pensar en lo que le ocupaba, y mirando alternativamente los péndulos que adornaban el salon, se divirtió, como Cárlos V, en observar las diferiencias, siempre invencibles, que conservan entre sí los relojes mejor arreglados; manifestacion estraña, pero sencillamente formulada, de la desigualdad de las cosas materiales, arregladas ó no por la mano de los hombres.

Paróse de pronto delante del gran reloj situado entonces en el fondo de la sala en el mismo sitio donde está hoy todavia, el cual, por medio de una hábil combinacion de mecanismos, señala los dias, los meses, los años, los cuartos de luna, el curso de los planetas, en fin, todo lo que interesa á esa otra máquina mucho mas sorprendente y admirable que se llama hombre, en el movimiento progresivo de su vida hácia su muerte.

Contemplaba el delfin con toda la minuciosa atencion de un aficionado aquel reloj que siempre habia cautivado su admiracion, y se inclinaba tan pronto á la derecha como á la izquierda para examinar tal ò cual rueda cuyos dientes agudos como finas agujas, mordian otro resorte mas fino todavía. Despues

de examinar bien un lado del reloj púsose á mirarle de frente, y á seguir con la vista la precipitacion de la rápida ajuga que se deslizaba sobre los segundos, semejantes á esas moscas de agua que corren sobre los estanques y las fuentes con sus largas patas, sin arrugar siquiera el liquido cristal sobre que incesantemente se agitan.

De aquella contemplacion al recuerdo del tiempo trascurrido solo habia un paso, y recordó por lo mismo el delfin que hacia ya muchos segundos que estaba aguardando.

Paróse de repente la aguja sobre la cual el jòven príncipe tenia fija la vista y en aquel mismo instante, como por encanto, las ruedas de bronce cesaron en su rotacion de equilibrio, los ejes de acero descansaron en sus agujeros de rubies, y un profundo silencio reinó en aquella máquina, donde poco antes vibraba el ruido y hormigueaba el movimiento. Habian cesado los sacudimientos, las ondulaciones, las vibraciones de las campanas y el rápido movimiento de las agujas y ruedas.

La máquina estaba parada y el relój habia muerto.

Acaso algun grano de arena fina como un átomo, se habria introducido en el diente de una rueda ó acaso el génio de aquella maravillosa máquina descansaba fatigado de su eterno movimiento.

Al ver el delfin esta muerte repentina, esta apoplegía fulminante, olvidó completamente el objeto de su venida y hasta el tiempo que habia trascurrido des-

de que esperaba; se olvidò sobre todo de que la hora no ha sido lanzada en los espacios de la eternidad por los sacudimientos de un volante, ó retardada sobre la pendiente de los tiempos por el dècreto momentáneo de un movimiento de metal, sino que está muy bien marcada sobre el reloj eterno que ha precedido á los mundos y que debe sobrevivirles, por el dedo eterno é invariable del Supremo Ser.

En su consecuencia conmenzó por abrir la puerta de cristal de la Pagoda donde dormia el génio, y metió la cabeza en el interior del reloj para ver desde mas cerca, si bien no tardò en ser entorpecido é incomodado en su observacion por el gran volante.

Deslizò entonces delicadamente sus tan inteligentes dedos por la abertura de bronce y desató el volante.

No era esto suficiente, pues por mas que miró el delfin por todos lados, la causa de aquel letargo permaneció invisible á sus ojos.

Supuso entónces el principe que el relojero de palacio se habia olvidado de subir el péndulo y que este se habia parado naturalmente. Tomó entonces la llave colgada en su zócalo y comenzó á hacer girar los resortes con el aplomo y la seguridad de un inteligente; pero despues de dar tres vueltas fué preciso detenérse, pues era prueba que el mecanismo estaba sometido á un accidente desconocido, y el resorte, aun que tirante, no volvió á funcionar mas.

El delfin sacó de su bolsillo una suave lima de concha con hoja de acero, y con la punta dió vuel-

ta á una rueda. Todas las ruedas chillaron por espacio de medio segundo, pero paráronse en seguida.

La enfermedad del reloj era cosa grave.

Entonces con la punta de su lima principió Luis á desmontar muchas piezas cuyos tornillos colocó cuidadosamente sobre el escritorio.

Despues, arrastrado por su entusiasmo, continuó desmontando la complicada máquina y visitó hasta sus rincones mas secretos y misteriosos.

De repente lanzó un grito de alegria: acababa de descubrir que un tornillo de presion al jugar en su espiral habia aflojado un resorte y detenido la rueda motriz.

Entonces se puso á apretar el tornillo y en seguida, con una rueda en la mano izquierda y su lima en la derecha, volvió á meter su cabeza en la caja.

Absorto estaba en esta tarea y mirar y remirar el interior del reloj, cuando una voz anunció:

—El rey.

Pero Luis no oyò mas que el melodioso tic-tac nacido bajo su mano como el latido de un corazon que un hábil médico vuelve á la vida.

Así que el rey entró, comenzó por mirar á todas partes sin reparar al pronto en el delfin, del cual solo se veian las piernas abiertas, pues el tronco del cuerpo y la cabeza estaban ocultos por la caja.

Luis XV, se aproximó y tocó al delfin.

--Qué diablo haces ahì? le preguntò.

Luis se retiró precipitadamente, si bien con todas las precauciones necesarias para no estropear nada del

hermoso mueble cuya restauracion habia emprendido.

--Ya lo vé V. M. ,dijo el jóven avergonzado de haber sido sorprendido en aquella ocupacion; me distraia miéntras veniais.

--Sí, en estropear mi reloj! vaya una diversion!

--Todo lo contrario, señor, lo estaba componiendo. La rueda principal no trabajaba ya pues estaba entorpecida por este tornillo que vé V.M. He apretado el tornillo, y ahora marcha perfectamente.

--Pero vas á quedarte ciego mirando allì dentro; por todo el oro del mundo no meteria mi cabeza en semejante nido.

--Señor, no tenga V.M. cuidado. Yo soy quien desmonto, vuelvo á montar y limpio ordinariamente el magnífico reloj que V.M. me regaló el dia que cumplí catorce años.

--Bueno, pero deja momentáneamente tu mecánica, si es que quieres hablarme.

--Yo señor? dijo el jóven avergonzado.

--Sin duda, puesto que me han mandado decir que me esperabas.

--Verdad es, señor, contestò el delfin bajando los ojos.

--Y bien que me querias? responde. Si nada tienes qne decirme, me marcho á Marly.

Y ya Luis XV trataba de esfumarse, segun su costumbre.

El delfin dejó su lima y su rueda sobre un sillon lo que indicaba que tenia efectivamente alguna cosa importante que decir al rey, puesto que interrumpia su interesante tarea.

--Necesitas dinero? preguntó vivamente el monarca. Si es eso, espera, voy á enviártelo.

Y Luis XV dió un paso mas hácia la puerta.

--Oh! no,señor, contestó el jòven Luis; tengo todavia mil escudos de mi pension del mes.

--Vaya una economia! esclamò el rey ¡y qué bien me lo ha educado el señor de Lavangnyon! en verdad que pienso le ha dado precisamente todas las virtudes de que yo carezco.

El jóven principe hizo un esfuerzo violento sobre sì mismo.

---Señor, dijo, ¿se halla todavía muy lejos la delfina?

--No lo sabes tú lo mismo que yo?

---¿Yo? preguntó el delfin con cierto embarazo.

--Tù, ya se vé que sì! no nos leyeron ayer su itinerario? debia parar el lùnes ùltimo en Nancy, y ahora debe estar á cuarenta y cinco leguas de Paris poco mas ó menos.

--Señor, no le parece á V. M., continuó el prìncipe, que la delfina viene con demasiada lentitud?

--No, no, dijo Luis XV, me parece que viene muy de prisa, si tomamos en cuenta que es una señora, y que en todo el camino se la hacen festejos que la obligan á detenerse, y sin embargo, anda diez leguas diarias.

--Señor, eso es muy poco, dijo el delfin tímidamente.

Lleno de asombro contemplaba el rey Luis XV,

aquella impaciencia que tan lejos estaba de sospechar.

--Ola! esclamó con cierta sonrisa burlona: ¿parece que tienes prisa?

Sonrojóse el delfin mucho mas de lo que estaba.

--Os aseguro, señor, murmurò que no es el motivo que V. M. supone.

--Tanto peor; yo quisiera que fuera ese el motivo. Qué diablo! tú tienes diez y seis años; dicen que es muy linda la princesa; por consiguiente, ¿qué estraño que estés impaciente? Pero tranquilizate, la delfina llegará.

--Señor, ¿no se podrian abreviar un poco esas ceremonias en el camino? dijo el delfin.

Es imposible: ha atravesado ya sin detenerse dos ò tres pueblos donde debia haber descansado.

--Entonces ese viaje vá á ser eterno. Y ademas, señor, creo una cosa, se aventuró á decir el delfin tìmidamente.

--Qué crees? Vamos, habla.

--Creo que se hace mal el servicio, señor.

--Còmo? qué servicio?

--El servicio del viaje.

--Còmo? puedes decir semejante cosa, cuando he enviado 30, 000 caballos al camino, 30 coches, 60 furgones y no sé cuantos cajones, los furgones, los coches y los caballos en una lìnea, habria para ocupar el camino desde París hasta Strasburgo? ¿Còmo puedes crer que con todos esos recursos se hace mal el servicio?

--Pues bien, señor, á pesar de la bondad de V. M.,

estoy casi cierto de lo que digo; acaso solo he empleado un término impropio, y en lugar de decir que el servicio estaba mal organizado.

Levantó el rey la cabeza al oir estas palabras, y fijó sus ojos en los del delfin, pues comenzaba á comprender que se ocultaban muchas cosas en las pocas palabras que S. A. R. acababa de decir.

--¡Treinta mil caballos, repitio el rey, treinta coches, sesenta furgones, dos regimientos empleados en este servicio!.... Vamos á ver, decidme, señor mio, si se ha visto jamás entrar una delfina en Francia con un cortejo semejante á este.

--Confieso, señor, que todo se ha dispuesto de una manera régia, y como V. M. sabe hacer las cosas; pero, ¿ha encargado bien V. M. que esos caballos, esos coches y todo ese material en una palabra, se dediquen única y esclusivamente al servicio de la delfina y de su comitiva?

Por tercera vez el rey mirò á Luis; una vaga sospecha acababa de atormentarle, un recuerdo casi imperceptible comenzaba á iluminar su espíritu, al mismo tiempo que notaba cierta analogía confusa entre lo que decia el delfin y cierta cosa desagradable que acababa de esperimetar.

--Me gusta la pregunta! dijo el rey; ¿quién duda que todo eso es para la delfina? Hé aquí por qué te digo que no puede menos de llegar pronto; ¿pero porqué me miras así? vamos, añadiò con tono firme y que al delfin pareció amenazador, ¿te divierte acaso estudiar mis facciones como los resortes de tu mecánica?

El delfin, que abria la boca para hablar, se calló repentinamente al oir tales palabras.

--Pues bien, esclamó el rey con vivacidad, ¿me parece que no tienes nada que decirme, eh? ¿estás contento, no es verdad?.... tu delfina va á llegar pronto, su servicio se hace perfectamente, eres rico como Creso, y con solo tu patrimonio, que es mucho mayor. Ahora, pues, que nada te inquieta, hazme el favor de volverme á componer mi reloj.

El delfin no se moviò.

--¿Sabes, dijo Luis XV riendo, que tengo tentaciones de darte el empleo de primer relojero de palacio, con su sueldo correspondiente, se entiende?

Bajó el delfin la cabeza intimidado por la mirada del rey, y volvió á cojer la lima y la rueda que habia dejado sobre el sillon.

Entretanto Luis XV se dirigia pausadamente hácia la puerta.

--¿Qué diablo querrá decir con su servicio mal hecho? decia el rey mirándole: vamos, vamos, al fin conseguimos evadirnos de otra escena; se conoce que él está de muy mal humor.

En efecto, el delfin que por lo comun mostrábase siempre tan apático y resignado, daba entonces con el pié violentos golpes en el suelo.

--Decididamente, murmuró Luis XV riendo, no me queda mas tiempo que para h[illegible]r.

Y en el momento en que abri[illegible] de par en par la puerta para salir, halló en el umbral [illegible]l señor de Choiseul que hizo una profunda reveren[illegible]

XXVI.

La casa sin gobierno.

AL encontrarse cara á cara y tan impensadamente con el nuevo actor que acababa de entrar en escena como á propòsito para impedir su salida, Luis XV diò algunos pasos atrás.

--Ah! diablo! dijo para sì, no me acordaba de este. Bueno, casi me alegro que haya venido, porque vá á pagar por los demas. Ola! sois vos? esclamò. Os habia mandado llamar, lo sabiais?

--Sì, señor, respondiò francamente el ministro, y me estaba vistiendo para venir á verte á V. M. cuando recibì la òrden.

--Bien. Tengo que hablaros de muy graves asuntos. Y al decir esto, frunciò Luis XV el entrecejo, queriendo empezar por intimidar al ministro, pero desgraciadamente para el rey, el ministro Choiseul era uno de los hombres menos intimidables del reino.

—Y yo tambien, si place á V. M., respondiò inclinándose, tengo que hablarle de asuntos muy graves.

Al mismo tiempo dirigió una mirada al delfin medio oculto por la caja del reloj.

—El rey se interrumpiò.

—Tambien por este lado, dijo para sì; héme aquí cojido en el triángulo sin poder escaparme ahora.

—Debeis saber, se apresurò á decir el rey á fin de descargar el primer golpe sobre su antagonista, que el pobre visconde Juan ha estado á punto de ser asesinado.

—Es decir, que ha recibido una estocada en el brazo. Cabalmente ese era el asunto sobre el que deseaba llamar la atencion de V. M.

---Si, comprendo, ¿queréis prevenir los susurros?

—Deseo anticiparme á los comentarios, señor.

—¿Luego conoceis este asunto? preguntó el rey con aire significativo.

—Perfectamente.

—Ah! escla[illegible]ó el rey, lo mismo me habian dicho personas bien e[illegible]eradas.

Choiseul permaneció impasible.

Entretanto continuaba el delfin examinando los agudos dientes de una rueda, pero, aunque absorto al parecer en su entretenimiento, no por eso perdia una sola palabra de la conversacion.

—Ahora voy á deciros, replicò el rey, como ha pasado el suceso.

—¿Cree V. M. hallarse bien informado? preguntó el ministro.

—Oh! en cuanto á eso...

—Pues entonces *escuchamos*, señor.

—Escuchamos? repitió el rey.

—Sin duda, monseñor el delfin y yo.

—Monseñor el delfin? repitió el rey, cuyas miradas pasaron de Choiseul respetuoso á Luis Augusto atento: ¿y qué tiene que ver el delfin con eso?

—Es cosa que atañe á monseñor, continuó Choiseul haciendo un saludo dirigido al jóven principe, porque se trata de la señora delfina.

—De la delfina! esclamó el rey estremeciéndose.

—Sin duda; ¿lo ignoraba acaso V. M. ?Pues entonces forzoso será decir que V. M. estaba mal informado.

—La delfina y Juan Dubarry! dijo el rey, esto va á ser curioso. Vamos, vamos, esplicaos, Choiseul, y sobre todo no me oculteis nada, aunque sea la delfina la que ha herido á Dubarry.

—Señor, no ha sido la delfina, contestó Choiseul siempre tranquilo, sino uno de los oficiales de su escolta.

—Ah! esclamò el rey dando á su ministro un repen-

tino tinte de seriedad; un oficial á quien conoceis, ¿no es verdad, señor Choiseul?

—No, señor, no le conozco, pero en cambio es un oficial qué V. M. debe conocer, si V. M. se acuerda de todos sus buenos servidores; un oficial, cuyo nombre, en la persona de su padre, ha resonado en Philibsburgo, en Fontenoy, en Mahon, un Taverney-Casa-Roja.

El delfin respiró al parecer este nombre con el aire de la sala para conservarlo mejor en su memoria.

—Veo que teneis malas intenciones, esclamó el rey aparentando furor cuando solo esperimentaba despecho; quereis hacerme la fábula de Europa, esponerme á la burla de mi primo, el rey de Prusia; en una palabra, quereis que realice la casa sin gobierno de ese bribon de Voltaire! Pues bien, no lo haré, no; no quiero daros ese gusto. Comprendo mi honor á mi manera y lo guardaré á mi manera tambien.

—Señor, dijo el delfin con su inagotable dulzura, pero con su eterna constancia, pido perdon á V. M.; no se trata de su honor, sino de la ofensa que á la señora delfina se ha hecho.

—Monseñor tiene razon, señor, una sola palabra de V. M., y nadie volverá á empezar.

—¿Y quién habia de volver á empezar si no ha comenzado? Juan es un tonto, pero no un malvado.

—Sea, dijo Choiseul, achaquémoslo á tontería, y que él se disculpe como pueda de su tontería con Taverney.

—Ya os he dicho, esclamó Luis XV, que nada

de eso me concierne; que Juan dé sus disculpas, es muy dueño de darlas, ó que no las dé, si asi le place: tiene tambien libertad para hacerlo.

—El negocio abandonado de esa suerte á sí mismo hará ruido señor, dijo Choiseul: tengo el honor de decirselo con tiempo á V. M.

—Tanto mejor, esclamó el rey: por mucho que sea el ruido que se haga permaneceré sordo para no oir todas vuestras necedades.

—¿Eso quiere decir entonces, replicó el implacable ministro, que V. M. me autoriza para anunciar que concede la razon al vizconde Dubarry?

—Yo! esclamò Luis XV, yo! dar la razon á nadie en un asunto de que nada puedo sacar en claro! estoy viendo que lo que decididamente se quiere es arrastrarme al ùltimo estremo, oh! guardaos bien, señor duque.....Luis, os prevengo por vos mismo, que seias mas comedido conmigo en adelante..... os dejo pensar en lo que os digo porque estoy ya cansado, desesperado y no puedo mas. Adios, señores, voy á ver á mis hijas; voy á salvarme en Marly, donde tal vez gozaré alguna tranquilidad, si es que no me seguìs allá tambien.

En este momento, y cuando el rey se dirigió hácia la puerta, se abrió esta y se presentó un ujier en el umbral.

—Señor, dijo, S. A. R. la señorita Luisa espera en la galeria para despedirse de V. M.

—Para despedirse de mì! esclamò estupefacto Luis XV: y á dònde vá?

—S. A. dice que V. M. le ha dado permiso para dejar el palacio.

—¡Vamos, otro acontecimiento! hé ahì á mi santurrona que hace de las suyas! En verdad que ignoro haya en el mundo un hombre mas infeliz que yo!

Y dicho esto saliò precipitadamente del salon.

—S. M. nos deja sin respuesta, dijo el duque al delfin; ¿qué le parece á S. A. R.?

—Ah! ya suena, esclamó el jóven príncipe escuchando con una alegria fingida ó verdadera las palpitaciones de su reloj, libre ya de la enfermedad que le paralizára.

El ministro frunció el entrecejo, y salió hácia atrás del salon de los péndulos, donde quedò solo el delfin.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.